

# CREACIONES,

POR

EDUARDA MANSILLA DE GARCIA.

---

SIMILIA SIMILIBUS. EL RAMITO DE ROMERO.  
DOS CUERPOS PARA UN ALMA.  
LA LOCA. KATE. SOMBRAS. BEPPA.

---

BUENOS AIRES,  
IMPRESA DE JUAN A. ALFONSO, MÉXICO, 635.

—  
1883.



SIMILIA SIMILIBUS

PROVERBIO EN UN ACTO.



*A MI EDA.*





## PERSONAJES.

---

MAURICIO ex-oficial del ejército francés, treinta años.

CÁRLOS DUMÉNIL, ex-oficial de ingenieros, aficionado á la pintura y médico homeópata, veintinueve años.

LUISA DUVERNÓY, diecisiete años.

*(La escena pasa en la quinta del padre de Luisa á poca distancia de París).*

---

## ESCENA PRIMERA.

---

MAURICIO. — LUISA.

*Antes de levantarse el telon, se oyen acordes de piano que duran algunos instantes. Luisa sentada tocando; Mauricio apoyado en el piano, mirándola afectuosamente.*

---

LUISA.

¿Y así alejados, pasaron Vds. los primeros años de su infancia? ;Cuán dolorosa debe haber sido para Vd. esa separación!

MAURICIO, *con frialdad.*

De ninguna manera. (*Responiéndose*) Ó mejor dicho . . . . dolorosa.

Pero á decir verdad, los niños hallan tantos medios de distraerse, que soportan mejor que los hombres los dolores de la ausencia.

LUISA, *con melancolía.*

¡Oh! Sí, la ausencia es un tormento muy cruel.

MAURICIO *hace un movimiento de impaciencia.*

¡Ah!

LUISA.

¿No ha recibido Vd. aún su correspondencia?

MAURICIO.

No, señorita! (*Ap.*) ¡Cuánto le ama!

LUISA.

¿Y esa licencia de que Vd. me habló el otro día? Ó será acaso que . . . .

MAURICIO.

Hable Vd., Luisa . . . . Por ver una sonrisa

en esa encantadora boca . . . . . sería capaz de . . . .

LUISA, *con coquetería.*

¿De qué, zalamero? . . . . ¿Quizá de ir Vd. mismo á buscarle? . . . .

MAURICIO, *rápidamente.*

Eso no . . . . (*Con lentitud*) ¿Pero olvida Vd. que su corazón está comprometido?

LUISA.

No lo crea Vd. Mauricio. Un momento no ceso de pensar en aquella á quien él ama. En esa deliciosa criatura á quien creo conocer; con cuánto fuego la pinta. (*Candorosamente*) ¿Recuerda Vd. las palabras con que termina su penúltima carta?

MAURICIO, *con indiferencia.*

No las recuerdo . . . .

LUISA.

Son éstas: (*Recitando lentamente*) «Vivo sólo para ella; no sé si todo el mundo ama de igual manera, pero el amor en mi pecho no es un sentimiento egoísta: yo me olvido, me consumo por

ese amor; y para evitar una pena á la que amo, diera dichoso cien veces mi vida. »

MAURICIO.

(*Ap.*) Sabe la carta de memoria . . . .

LUISA.

Así he de amar yo, cuando ame.

MAURICIO.

(*Ap.*) ¡Ay! No sabe ella misma que así lo ama ya.

LUISA.

El amor, créame Vd., es el sufrimiento; ante todo es el sacrificio. (*Con ingenuidad*) Además, ese es el ejemplo que nos dan los amantes modelos de todos los tiempos; amar es sufrir. ¿No querrá Vd. negarlo? . . .

MAURICIO, *con seriedad.*

Yo podría decir á Vd., Luisa, que pienso de otra suerte; pero veo sus ideas á ese respecto por demas arraigadas. La influencia que sobre Vd. han ejercido Miss Willson y sus herofanas inglesas, es demasiado intensa.

LUISA, *con descontento.*

No comprendo lo que quiere Vd. decir; y no



tardará, ya lo veo, en llamarme, como de costumbre, sentimental.

MAURICIO.

No; pero si su santa madre, que era Francesa, todo lo más Francesa posible, hubiera podido velar ella misma sobre la educacion de Vd., de seguro, Luisa, su hija tendria sobre las afecciones verdaderas, ideas ménos . . . .

LUISA, *secamente.*

¿Ménos qué? .

MAURICIO, *con tristeza.*

Ménos mulsanas . . . .

LUISA, *friamente.*

Si; yo soy demasiado poética, y Vd., tal vez, demasiado . . . prosaico.

MAURICIO, *con mal humor.*

Afortunadamente, mi hermano es todo lo poético que puede apetecerse.

LUISA, *friamente.*

Misa Willson me espera para concluir mi tra-

duccion del Tasso . . . . Si Vd. me lo permite.  
*( Da algunos pasos como para retirarse. Vuélve, tien-*  
*de la mano á Mauricio. )* Á la inglesa . . . . Sin  
 rencor. ¿Verdad? *( Váase ).*

MAURICIO, *contemplándola.*

¡Deliciosa . . . . por demas deliciosa!

## ESCENA II.

CÁRLOS. — MAURICIO.

CÁRLOS, *dentro.*

Aquí debe ser. Una verja, una calle de árbo-  
 les, y, sobre todo, ni una alma viviente.

MAURICIO.

La voz de Carlos ! . . .

CÁRLOS, *entrando.*

Y Carlos en cuerpo y alma. *( Se estrechan la*  
*mano ).*

MAURICIO.

¡Querido amigo!

CÁRLOS.

Aquí me tienes rápido como el telégrafo y aburgado como . . . .

MAURICIO, *interrumpiéndole.*

Como tú sólo.

CÁRLOS.

Bien, bien. Me has llamado, y aquí estoy. ¿Qué mérito hay en ello? ¿Veamos qué ocurre? Tus cartas son tan misteriosas, cuanto desconsoladoras.

MAURICIO, *suspirando.*

¡Ay, Carlos! (*Le ofrece una silla y se sientan*). Me encuentro en tal estado, que no sé si estoy ya loco ó á punto de enloquecerme.

CÁRLOS, *con tranquilidad.*

Comprendo; estás enamorado; y segun he podido vislumbrar, dentro de ese caos de interjecciones y adjetivos con que tus cartas están erizadas, sobre todo la última, estás ferozmente celoso. ¡Mal negocio, muchísimo!

MAURICIO, *con calor.*

Si que lo estoy, y celoso como un tigre, celoso como un Otelo, celoso como . . . .

CÁRLOS, *interrumpiéndole.*

Como todos los enamorados . . . .

MAURICIO.

¡Ay! No como todos los enamorados, que mi caso es único, excepcional.

CÁRLOS.

Entiendo. Los enamorados reclaman patente de invención. Pero vamos á lo que interesa, ó mejor dicho, detengámonos en un punto capital . . . . capitalísimo.

MAURICIO.

¡Polbre de mí!

CÁRLOS.

Mira, déjate de lamentos y hablemos con formalidad. Podrás decirme, por qué te obstinas en casarte con una mujer de quien estás celoso? Y nota que no me extraña esa adoración; pero no se trata de adorar sino de casarse . . . . lo cual es otro

cuento . . . . ; Mal principio, Mauricio! Casarte con el corazón agitado por las dudas; creeme, eso es imprudente, es temerario. El matrimonio es una fortificación que no debe tomarse nunca por usalto, a menos de estar seguro de haber abierto brecha, que diantre!

MAURICIO.

Tienes y no tienes razón . . . . Escúchame con calma, Carlos, y sobre todo, no me vengas con reproches ni observaciones, por favor, que ya harto castigado estoy de mi debilidad . . . . de mi . . . . majadería . . . .

CÁRLOS.

Sea . . . . Pero, dime á lo ménos el nombre del que . . . .

MAURICIO. *interrumpiéndole.*

Es inútil. Ya sabes que al separarnos este invierno, te hablé de un proyecto de boda.

CÁRLOS.

Me dijiste que apenas conocías á la jóven, pero que ambas familias, ó más bien el padre de tu futura y el tuyo habian sido antiguas camaradas.

MAURICIO.

Sí; el excelente señor Duvernoy veló de lejos sobre mi educacion, despues de muerto mi padre.

CÁRLOS.

Sí; y hablando con propiedad, descendió tanto tu educacion quanto tu patrimonio. El buen señor se proponia hacer de tí un sabio. ¡Tú un sabio! Peregrina idea, que no podia brotar más que de la cabeza de un . . . .

MAURICIO.

No lo maltrates . . . . vive enteramente consagrado á la ciencia; no se ha ocupado nunca en otra cosa. La química le debe grandes descubrimientos.

CÁRLOS.

Enhorabuena; pero la química no le ha enseñado á educar bien á su hija, que, á juzgar por tus celos, no es sino una coqueta.

MAURICIO.

Pobre Luisa! . . . . No le haces justicia.

CÁRLOS, *pasa á la derecha.*

*(Con incredulidad).* Déjame en paz! *(Con-*

*(Cambiando de tono)* ¿Pero querrás decirme si tu rival es Inglés como la institutriz?

MAURICIO, *con hesitación.*

No es Inglés.

CÁRLOS.

Lo siento; hubiera servido tus intereses con doble celo, pero hay algo superior á mis fuerzas; perdonar á los Ingleses la mala pasada que nos jugaron allá en Crecy y en Azincourt. Ese recuerdo me llega al alma, será una necesidad, lo concedo; pero no puedo evitarlo. *(Cambiando de tono)* Decías que tu rival . . . . .

MAURICIO, *con calor.*

Digo que este rival es más temible, más poderoso que todos tus Ingleses pasados y futuros, porque ese ser poderoso . . . .

CÁRLOS.

No te comprendo . . . . ¿está aquí?

MAURICIO.

No, ó más bien . . . .

CÁRLOS.

## MAURICIO.

¡Sí; búrlate de mí; te lo permito; este rival aborrecido, este rival temido es mi hermano, un hermano.

## CÁRLOS.

¿Tu hermano? ¡Qué hermano es ese llovido del Cielo! ¡Comprendo! (*Pausa*). ¿En tu viaje á Normandía has descubierto que papá? . . . Pero, qué estoy diciendo, soy un necio, caramba! La tontería es contagiosa.

## MAURICIO.

¿Recuerdas esa fotografía, que iluminaste aquel día de lluvia en el castillo de mi tía?

## CÁRLOS.

Y quedó tan admirable, que desde entonces me he entregado en cuerpo y alma á ese género de trabajo artístico. ¡Qué éxito fabuloso! Pero es indudable, no hay como el uniforme para embellecer un retrato. (*Registrando los bolsillos y sacando algunas tarjetas fotográficas*). Aquí tengo algunas bellísimas, aunque de otro género. (*Enseñándole la fotografía*). Mira qué colorido, qué relieve. (*Ella contempla como satisfecho de su propia obra*).



## MAURICIO.

Al diablo con tus pintarrajos: ese colorido y ese relieve han causado todo el daño. ¡Ay! Carlos, habías favorecido demasiado mi retrato.

## CÁRLOS.

Cada vez comprendo menos! Pero, empiezo por negar se pueda quitar á un artista el derecho sacratísimo de favorecer un retrato. El público, el vulgo en fin, no lo niego, nos mira, nos juzga siempre á su manera. Pero esa no es la buena; por fortuna llega día en que uno, uno solo quizá, nos ve, nos comprende, creeme, nos ama de veras: para ese solo se pintó el retrato, y basta.

## MAURICIO.

Déjame en paz con tus teorías. (*Carlos hace un movimiento de desden*). Llego, la veo.

## CÁRLOS.

Pero ¿á quién? ¿A cuál?

MAURICIO, *con viveza*.

A ella, á Luisa! (*Con pasión*) ¡Adorable criatura! . . . Su padre quiere casarnos inmediatamente.

CÁRLOS.

¿Y tú?

MAURICIO.

Yo deseo ante todo ganar su corazón. Me creía ya en buen camino; pero un día . . .

CÁRLOS.

¿Un día?

MAURICIO.

La bendita fotografía, olvidada entre las hojas de un libro cue, Luisa la recoge, y apénas la perciben sus ojos, mi prometida exclama: ¡Ay! ¡Qué jóven tan bello!

CÁRLOS.

¿Y eso qué importa?

MAURICIO.

Vas á verlo. Después de devorar el retrato con los ojos, sin dejar un instante de contemplarlo detenidamente, con voz dulcísima pregunta: «¿Su hermano de Vd.?» Yo me turbo, pierdo la serenidad y balbuceante respondo: «Sí, mi hermano.»

CÁRLOS.

¡Pero hombre! (*Pasa al lado opuesto*).

MAURICIO, *con viveza*.

Desde ese momento, Luisa no ha cesado de hablarme de ese hermano. Me interroga, me acusa y me tortura sin cesar.

CÁRLOS, *riendo á carcajadas*.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Vaya una comedia!

MAURICIO, *con gravedad*.

No te rías, Carlos, que el caso es serio, es doloroso.

CÁRLOS.

Vaya un caso ¡celoso! y celoso de tí mismo.  
¡Ah farsante! (*Le golpea el hombro*).

MAURICIO.

No te burles, Carlos, que ese hermano es joven, tiene cinco años ménos que yo. su frente tersa no está surcada por esta cruel cicatriz y en su cabellera ondeada no aparece una sola cana.

## CÁRLOS.

¡Calla, necio! ¡Ea, valor! El amor está ahí y es todo lo que hace falta. Mauricio, el corazón de una joven es como esos grandes ríos perdidos de la América, que, como ha dicho un sabio de chispa, corren á la ventura por esas grandes llanuras, sin saber adónde conducir el rico caudal de sus aguas. Hay que decirles: por allí.

## MAURICIO.

De error en error, de debilidad en debilidad, he llegado á crearme una situación tan difícil cuanto peligrosa. Luisa me interroga sin cesar, me hace repetidas preguntas sobre ese hermano, quiere saberlo todo, y yo, pobre de mí, en vez de desengañarla . . . .

CÁRLOS, *interrumpiéndole.*

¿Pero? . . . .

## MAURICIO.

Compadéceme, Carlos. ¿Pero cómo resistir á la tentación? Para comprenderlo, fuera necesario haber visto las miradas, las sonrisas de esa encantadora criatura, que al escuchar mis palabras parece prestar oído á melodía dulcísima. No te sorprendas, que por tenerla así, pendiente de mis labios, con sus rasgados ojos fijos en los míos,

no sé que no hubiera hecho. Dia á dia, le he contado toda clase de historias y poco á poco, pero bien á mi pesar, he llegado á crearme un hermano admirable, perfecto, único . . . de quien está perdidamente enamorada.

CÁRLOS.

¡Qué atrocidad!

MAURICIO.

Y no es eso todo . . . .

CÁRLOS.

¿Hay más, todavía?

MAURICIO.

Ya lo creo; este hermano modelo, me escribe todos los dias, largas, interminables cartas, que ella oye leer con avidez por encima de mi hombro y yo, pobre de mí, embriagado con el perfumé de su aliento virginal, le hablo de amor; ella me escucha encantada, sus rizos rubios acarician mi rostro, y . . . . ¡Ah! juego terrible y delicioso, que destroza mi corazón!

CÁRLOS.

Pero hombre! Vaya una ocurrencia estrafalaria!

## MAURICIO.

En esas cartas mi hermano se dice enamorado de . . . .

CÁRLOS, *interrumpiéndolo.*

¡Bravo! ¡Bravo! Bien pensado. Por un lado exultas la imaginación de la muchacha y por otro la desencantas. Perfectamente.

## MAURICIO.

¡Te engañas! Mi incomparable Luisa, que no comprende sino el amor desgraciado, está cada día más enamorada.

## CÁRLOS.

¡De modo que esa muchacha está completamente loca!

## MAURICIO.

No; pero es novelesca y tiene diecisiete años.

## CÁRLOS.

¡Eh! Quién sabe! Tu sistema puede dar todavía buen resultado, que Hahnemann, aunque desconocido, no deja por eso de ser un gran genio. ¡Hum! ¡Hum!

MAURICIO.

¡Tú siempre homeópata!

CÁRLOS.

Siempre! Mira. (*Saca el reloj*) Me nace una idea; voy á dejarla crecer, y dentro de media hora me tienes á tu disposicion. Si encontramos lo que buscamos, estamos salvados. Felizmente, tengo aquí mi caja. (*Se toca el bolsillo*) Similia . . .

MAURICIO.

Te acompañaré hasta la verja. (*Se van*).

## ESCENA III.

LUISA, sola.

Estoy absorta, parece increíble; quién hubiera podido suponerlo! ¡Ella! Miss Willson! (*Mirando hacia el fondo*). Qué susto he tenido hace un momento. ¡Todavía no estoy en mí! Ese desconocido . . . Esa voz, cuánto me ha conmovido. Mi corazón ha palpitado con violencia durante un instante, al creer que era él, su hermano, mi ideal, mi sueño. Confieso que tuve miedo, y creo que me escapé, por no encontrarme frente á frente con él. Si con sólo mirarme, y lo creo posible; llegara á adivinar cuánto pienso en él, cuánto le amo, porque es preciso llamar las cosas por su nombre, Mauricio mismo me lo ha dicho! Yo amo á su

hermano, no cabe duda. Cuán dulce es amar á pesar del sufrimiento! ¡Por que yo sufro! (*Contemplando un medallón que saca del bolsillo del delante!*) Qué aire tan noble! tan distinguido! y qué precioso uniforme. ¡Cómo me gustan los uniformes! ¡Cómo me gustan los guerreros! ¿Hay nada más hermoso y más sublime, que un hombre que se sacrifica y muere por su patria? (*Pausa. Pensativa. Al retrato*) Tú amas y no eres amado. ¡Ay! desde que sé que eres desdichado, siento que te adoro. (*Besa el retrato, y despues de contemplarlo algunos instantes, se lo coloca en el seno*) Aquí sobre mi corazón. (*Pausa*) Y decir que el amor, ese sentimiento divino puede ir á . . . . . hasta unirse el corazón de la pobre Miss Willson, tan grave, tan reservada, tan . . . . . fea. Está enamorada y es correspondida; no deja de ser gracioso y me hace reír á pesar mio. (*Riendo*).

---

#### ESCENA IV.

LUCIA. -- MAURICIO *que entra por el fondo.*

—  
LUCIA.

Venga Vd. Mauricio, tengo una noticia, una gran noticia.



LUISA, *con viveza y alegremente.*

Miss Willson tiene novio; lo adora, se adoran,  
casan!

MAURICIO, *con frialdad.*

¿Y porqué nó?

LUISA, *con extrañeza.*

Cómo, ¿encuentra Vd. esto natural?

Y no parece más sorprendido que si se trata-

. . . . .

MAURICIO.

¿De Vd., Luisa? No, por cierto. Ella ama,  
(*suspira*) es amada. ¿Porqué nó ha de ca-  
irse?

LUISA.

(*Ap.*) Me ha quitado la gana de reír. (*Alto*)  
Miss Willson acaba de anunciarme su proyecto de  
atrimonio. Es toda una larga historia, que hasta  
esta hoy ha guardado secreta.

MAURICIO.

Secreto que á Vd. le sorprende y le desagra-  
va un poco, según veo.

LUIBA

Efectivamente; no comprendo su reserva, ni . . . pero imagino que con razon, debió pensar que el amor de su primo Tom, á quien conozco desde que aprendí á deletrear, no podia interesarme mucho; ese primo es un primo *poco interesante*.

MAURICIO.

No á los ojos de Miss Willson, de seguro. Vd. dice que lo ama mucho!

· LUISA, *con desden*.

Ella lo dice.

MAURICIO.

No pareco Vd. muy convencida.

LUIBA.

Le confieso á Vd. que me cuesta comprender, pueda darse nombre de amor, al sentimiento vulgar que inspira un sér tan insignificante. . . tan . . . ¿qué le diré á Vd.? . . tan *cache* como ese primo Tom.

MAURICIO, *seriamente*.

Segun Vd., señorita, un enamorado debe tener el aire. . . . .

LUISA, *interrumpiéndolo.*

De un enamorado. Ríase Vd. ó ríñame, Mauricio; pero yo no comprendo los enamorados de otro modo, que como Romeo, Edgardo ó Tancredo. Para mí, un enamorado debe ser joven, hermoso, seductor.

MAURICIO.

¡Ah! Luisa, el amor como los rayos de la luna, embellece todo lo que toca.

LUISA, *sonriendo.*

¿Y despues dirá Vd. que es prosáico?

MAURICIO.

No soy yo quien lo digo. Es Vd., y con harta frecuencia.

LUISA, *con coqueteria.*

Pero no siempre lo pienso.

MAURICIO.

(Ap). ¡Es adorable!

LUISA, *hablando consigo misma.*

Jane Eyre amó sin embargo á Rochester,

que no era hermoso. Ah, pero tambien . . . . .

**MAURICIO, con ironía.**

No olvidemos las excepciones.

**LUISA, con expansion.**

Dígamo Vd., Mauricio, francamente, ¿cree Vd. que se pueda querer á un hombre que se conoce desde muchos años, á quien se ha visto en las circunstancias más . . . . . ménos oportunas, que tiene las manos coloradas, los ojos grises, chicos é insignificantes y los tacos de los zapatos torcidos?

**MAURICIO, con alguna sequedad.**

Es Vd. en extremo observadora, señorita.

**LUISA.**

No; pero cuando era pequeñita, para mí el pobre Tom era un espanta-pájaros, un verdadero mamarracho. Fijo siempre en la ventana de mi sala de estudio, allí en Inglaterra; porque ya he dicho á Vd., que pasé cuatro años en casa de los padres de Miss Willson.

**MAURICIO se inclina asintiendo.**

**LUISA.**

El pobre muchacho, plantado allí como un

alrededor seco, se pasaba las horas con aquellos tristes ojos grises devorándonos con miradas famélicas. Las hermanas de Miss Willson le llamaban el mendigo, y se burlaban de él á su gusto. Un día oyó que decía á Miss Willson: « Me iré á América! » desde ese momento ya no se le vió más, y lo olvidamos.

MAURICIO.

Sí, lo olvidaron Vds., pero no Miss Willson.

LUISA.

Así parece. Ahora le escribe que ha ganado algun dinero . . . . y que la quiere siempre . . . . Es lacónico.

MAURICIO, *congraciedad.*

¡Es sublime! . . . (*Con entusiasmo*) ¡Ah! Calle Vd., Luisa, no hable con ligereza de lo que no comprende. Todo ama en la naturaleza, desde los vistosos colibríes de alas de fuego, hasta los moluscos inertes de térreo color. ¿Sabe Vd. cuántos sufrimientos, cuántas privaciones, cuántas angustias, cuántos sacrificios, representa ese poco de dinero, una miseria, sin duda, que el pobre mendigo viene á ofrecer á la mujer que ama?

LUISA.

¿Pero? . . .

MAURICIO.

¡Y ella! Como el creyente que oculta cerca de su corazon la santa reliquia que tiembla de ver expuesta á la mirada de los profanos.

LUISA, *interrumpiéndole.*

¿De los profanos?

MAURICIO.

No se enfade Vd. ¿Quién de Vds. hubiera comprendido el amor del pobre Tom?

LUISA.

Confieso que las cosas vistas así, tienen otra fisonomía. ¡Pobre Miss Willson! ¡Y yo que me burlaba de su melancolía y la llamaba solterona sensible!

MAURICIO

¡Niña desapiadada!

LUISA.

Era una chanza, y le aseguro á Vd. que si hubiera podido soñar, imaginar por un momento . . . . la hubiera . . . .

MAURICIO.

La hubiera Vd. torturado mil veces noche y día.

LUISA, *con sequedad.*

No me comprendo Vd., y siempre será lo mismo.

MAURICIO, *con gravedad.*

Lo temo, señorita, y estoy á punto de ausentarme.

LUISA, *vivamente.*

¿Cómo? Marcharse? Dejarnos? ¿Y justamente cuando Miss Willson me anuncia su partida para el sábado? (*Con resentimiento*) Tiene tanta prisa . . . .

MAURICIO, *tristemente.*

De ser dichosa . . . . ¡Ah! déjela Vd. partir y que por esta vez su egoísmo . . . .

LUISA, *interrumpiéndolo.*

Es Vd. duro, es Vd. injusto! ¿Cómo? No le ocurre á Vd. que yo también quiero? . . .

MAURICIO, *sin dejarla concluir.*

¡Ah! sí, su gran pasión . . . . su Romeo.

LUISA, *tristemente.*

No; quiero á Miss Willson, que me ha servido de madre durante cinco años, y me deja casi sola.

MAURICIO.

Perdóneme Vd., Luisa, pero . . . .

LUISA.

Pero Vd. me cree un poco alocada y nada afectuosa.

MAURICIO.

Yo no he dicho . . . .

LUISA.

Pero Vd. lo piensa, es lo mismo. Y comprendo la ansiedad que tiene Vd. por salir cuanto ántes de una casa, que está muy lejos de ser divertida.

MAURICIO.

Para mí ella encierra . . . .

LUISA.

Sí, ella encierra amigos sinceros. Mi padre lo



quiere á Vd. como á un hijo, y de ese cariño estoy  
casi celosa.

MAURICIO.

¿Vd., Luisa?

LUISA, *tendiéndole la mano.*

No; seamos hermanos.

MAURICIO, *retirando la mano.*

¡Ah! Eso de ningún modo.

LUISA, *secamente.*

Es Vd. rencoroso, caballero; no importa, yo  
conservaré siempre por Vd. un sentimiento frater-  
nal, y en la mesa, se lo prometo, nadie se sentará  
jamás entre papá y yo.

MAURICIO, *con ironía.*

Doy á Vd. expresivas gracias, señorita; pero á  
pesar del reconocimiento que inunda mi corazón,  
veo que no hemos nacido para . . . .

LUISA.

¿Para comprendernos? ¡Ay! Que sí, y si me  
atrevice . . . . Pero está Vd. hoy tan grave, tan

soleinne, tan hermano mayor, tan viejo, que nunca tendré valor . . . .

*Voz dentro, de CARLOS, que dice.*

¡Mauricio, Mauricio!

LUISA.

Oigo la voz de su amigo de Vd.; quiero que me lo presente, pero ántes voy á alisarme un poco estos rizos rebeldes: Vd. sabe que soy coqueta. (*Se va*).

MAURICIO, *se inclina.*

(*Tristemente*). ¡Coqueta para todos, ménos para el hermano mayor! . . . .

## ESCENA V.

MAURICIO. — CARLOS.

CARLOS, *entrando con un lio de papeles.*

Aquí me tienes! Uf! Qué detestable pueblacho. (*Abriendo el lio de papeles*). No he encontrado sino un solo librero, y ese casi idiota y careciendo hasta

de lo más indispensable para su comercio . . .  
**Miral** (*Enseñándole una fotografía*) No habia sino estas Aspacias más ó ménos escotadas. (*Fijándose en Mauricio*) ¿Pero qué tienes? ¡Qué cara tan fúebre! ¿Qué te acongoja? He tratado á toda prisa, es cierto, de dar á la fisonomía de esta *bull-dog*, con cabellos de oro, una expresion presentable, algo de . . . y ¡qué diantre! no lo he conseguido. Pero la cosa no es fácil, y desafio hasta al mismo Correggio. (*Enseñándole la fotografía*) ¿Qué te parece? (*Toma un pincel que sacara de un estuche*) Naturalmente, mediante algunas pinceladas hábiles, (*hace lo que dice*) suplo la escasez del truje y agrego aquí (*indicándolo*) la manga que falta. ¿No te parece? (*Sigue pintando*).

#### MAURICIO.

Si! (*Se pasa por la escena con los brazos cruzados, se sienta á una mesa á escribir cartas, á medida que las escribe, las rompe*).

#### CÁRLOS, pintando.

Tu opinion y hasta un consejo, pueden serme útiles. (*Se enjuga la frente con un pañuelo*) ¡Qué calor! (*Sigue pintando*). Pero esta nariz insolento es desesperante! (*Rompe la fotografía. Pausa*) Voy á empezar otra. (*Toma otra y sigue pintando*) El librero imbécil me ha prometido para la próxima semana, otras damas ménos célebres; son sus palabras. ¡Ah! he puesto demasiada sombra; he

hecho una especie de Lady Macbeth de feria. Pero dime, Mauricio, mi trabajo no te interesa? (*Se levanta y se acerca á Mauricio con el pincel en una mano y una fotografia en la otra*) Mira, este es mi plan!

MAURICIO.

Perdóname, Cárlos, no tengo tiempo.

CÁRLOS.

¿Pero hombre? Te falta el tiempo para recibirme despues de haberme tú mismo llamado, y que yo . . . . (*corriendo á la mesa*). Me ocurre una idea luminosa! (*Pintando rápidamente*) Voy á vestirla de amazona, eso la cubrirá; y con el sombrerito inclinado sobre la frente y un poco de buena voluntad, parecerá toda una Diana Vernon. (*Sigue pintando*).

MAURICIO, *hablando consigo mismo.*

Escribiré de Paris.

CÁRLOS, *con entusiasmo.*

¡Admirable! ¡Admirable! (*Levantándose, á MAURICIO*) ¿Qué te parece?

MAURICIO, *sin hacerle caso.*

Está muy bien, está perfecto como semejanza, Pero espérame que ya vuelvo. (*Váse*).

---

## ESCENA VI.

CARLOS, solo, preocupado mirando la fotografía á distancia.

¿Cómo semejanza? ¡Pero entonces! (*Riendo á carcajadas*) ¡Qué mamarracho, Dios mío! qué mamarracho! (*Tirando el pincel*) Tules originales son desesperantes, y no llegaré nunca á nada de verosímil con estos modernos Circees. (*Al público*) Vean Vds. Mi plan es racional y basado puramente en el gran principio homeopático *Similia similibus curantur*, ó lo que es lo mismo *un clavo saca á otro clavo*. Quería curar el mal por el mal. Hacer creer á esta loquilla, que este retrato, es decir, el retrato que hubiera podido tener, pero que no tengo, era la propia imagen de aquella que Mauricio ama y de quien es adorado con todas las potencias de su alma. Esta es mi idea. Mauricio, enamorado de otra mujer, se convierte por el hecho mismo, á los ojos de Luisa en un hombre posible, en un hombre amable con ó sin *calombourg*; en un hombre que puede ser amado, que debe ser amado, por todas las mujeres, porque jóvenes ó viejas no aman ni amarán nunca sino á aquel que creen que otros aman; á lo ménos, esta es mi valiente experiencia. Y á tener tiempo, pudieran probar á Vds. que la moda misma no es sino amor elevado á una alta potencia. Una vez, el tal hermano muerto, excluido, desaparecido, no se trataba ya, sino de transferir sobre la cabeza de Mauricio, el

amor desgraciado de Luisa, amor fácil de desalojar, por el hermano inventado, ¿entienden Vds. ? dando nuevo curso á las simpatías, á los arranques del corazón, al ideal, al sentimiento y demas majaderías. Desgraciadamente, como me falta el gran accesorio, como se dice en estilo de bastidores, es fuerza decidirse á buscar otra cosa . . . . Busquemos! (*Queda pensativo*) *Viendo entrar á Luisa.* Pero aquí está el enemigo. Alerta . . . .

---

ESCENA VII.

CÁRLOS. — LUISA.

—  
CÁRLOS, *saludando.*

(*Ap.*) ¡Precioso enemigo! (*Alto*) Señorita ! . .

LUISA.

Señor ! . . . Mauricio no está aquí . . . . Querrá que me presente yo misma ? Soy la señorita de la casa.

CÁRLOS.

Vd., señorita, Vd. es la hada, el ángel del hogar, y yo su muy humilde siervo y servidor Carlos Durand.

LUISA.

Mauricio nos ha hablado frecuentemente de Vd., le quiere muchísimo y le alaba con entusiasmo.

CÁRLOS.

Sí, Mauricio tiene la manía de los ausentes.

LUISA.

¡Injusticia! ¡Ah! ¿Llama Vd. á eso manía?

CÁRLOS.

Dice el proverbio que los ausentes no tienen razon, y yo, al contrario, pienso, que los ausentes se hallan en mejores condiciones que los presentes. Un ausente á quien no se olvida, bien entendido, conservará siempre todas las cualidades morales y físicas que nuestro corazon le acordó, un ausente . . .

LUISA.

Los Ingleses pretenden, que la distancia presta encanto al paisaje; veo que es Vd. de esa opinion.

CÁRLOS.

Lo difícil, es salvar los escollos de la pre-

sencia real, como dicen los teólogos, de ese lente de aumento, si así puedo expresarme, que examina hoy, mañana, siempre, todos los días, el mismo objeto, y lo comenta y lo critica y lo descompone y se fastidia de él. Ser amable, ser encantador de lejos, es cosa fácil, es cosa sencillísima, pero hacerse valer, hacerse apreciar, hacerse amar de cerca. ¡Oh! eso sí que es difícil, imposible casi . . . .

LUISA.

Sólo hasta cierto punto. Vea Vd., Mauricio tiene un hermano,

CÁRLOS.

(*Ap.*) Ya pareció aquello.

LUISA.

Un hermano más joven que él.

CÁRLOS.

Un joven de sumo mérito.

LUISA.

Sí; aunque no le conozco sino por su retrato y dos ó tres cartas . . . .



CÁRLOS.

(Ap). ¡Tainadilla!

LUISA.

. . . . Que su hermano me ha enseñado; pero no puedo ocultar á Vd. que la imaginacion, el talento de ese jóven me han parecido muy . . . . (con cierta exaltacion) muy notables.

CÁRLOS, *maliciosamente.*

¡Hum!

LUISA.

¿Decía Vd.?

CÁRLOS.

Nada, señorita! Vd., decía que ese jóven poeta . . . .

LUISA, *interrumpiéndolo.*

¡Ah! ¿Es tambien poeta? . . . .

CÁRLOS.

No, no; quiero decir que estando léjos y la distancia prestando encanto al paisaje . . . .

LUISA.

Ya veo que Vd. se acuerda de mi proverbio inglés; pero no exageramos . . . . Le confieso á Vd. que si el hermano ausente me parece dotado de mucha más ternura, de mucha más pasión, Mauricio tiene una lealtad, un carácter tan caballeresco, un no sé qué sin nombre, que casi podría competir con las brillantes cualidades del otro.

CÁRLOS.

(Ap). Esto promete!

LUISA.

Hace dos meses que veo á Mauricio todos los días, siempre. . . ¡Ah! ¡Señor Durand! Cuando pienso que va á dejarnos tan bruscamente, no sé lo que siento!

CÁRLOS, *con malicia.*

¿Tul vez Vd., señorita? . . . .

LUISA, *con cierta gravedad.*

No, no es eso . . . . pero creo que Mauricio sufre, que no es feliz.

CÁRLOS, *con seriedad.*

No lo es.

LUISA.

¿Y sabe Vd, acaso, la causa? Yo bien reconozco que no tengo derecho á sus confidencias; pero . . . .

CÁRLOS.

(Ap). La reciprocidad . . . .

LUISA.

Quando uno se interesa por alguna persona, que se ha acostumbrado á la idea de tenerla siempre cerca de sí, como si fuera de la familia, créame Vd., es muy penoso verla alejarse así de improviso.

CÁRLOS, *misteriosamente.*

Imperioso deber le llama.

LUISA, *con extrañeza y temor.*

¿Un deber?

CÁRLOS.

Ó más bien la voz de su corazón. (*Acercándose con misterio*) Mauricio está perdidamente enamorado.

LUISA.

¿De quién?

CÁRLOS, *con pausa.*

De una mujer.

LUISA.

¡ Ah !

CÁRLOS.

Ella le debe la vida, el honor . . . le adora!

LUISA, *muy impresionada.*

¡ La vida !

CÁRLOS.

Luisa, ¿ ha notado Vd. esa espantosa cicatriz que surca la frente de Mauricio ?

LUISA.

¿ Cómo espantosa ?

CÁRLOS.

Es una cuchillada feroz, recibida en defensa de esa mujer celestial.

LUISA.

¡ Dios mío !

CÁRLOS.

(Ap). ¡ Ah! Ya he quemado las naves. (A Luisa)  
Ella le llama, ella le espera, ella le suplica, le . . .

LUISA. *dejándose caer con abatimiento en una silla.*

Comprendo . . . . . que se marche.

CÁRLOS, *notando el abatimiento de LUISA.*

(Ap). Tanto peor; ya esta dicho.

LUISA. *tristemente.*

¡Quién lo hubiera soñado!

CÁRLOS.

Pero dejemos, señorita, un asunto tan penoso;  
los detalles son desgarradores. ¿Es Vd. aficionada  
á la pintura?

LUISA. *con distraccion.*

Un poco.

CÁRLOS, *con petulancia.*

No me falta cierto talento como aficionado;  
talento que pongo enteramente á su disposicion.  
¿Dibuja Vd.?

LUISA.

Un poco.

CÁRLOS.

(Ap). Se vuelve lacónica (Alto) Una vez que él se haya marchado. (Ap) Ya le llamo él, no me parece poco. (Alto) Una vez que él haya partido, si Vd. quiere, yo trataré señorita, no de reemplazar á este simpático ausente, pero si Vd. no se niega, trataremos yo y mis pinceles de llenar tal vacío . . . . .

LUIA, con voz alterada.

Caballero . . . . si Vd. me permite . . . .

CÁRLOS.

Mucho va Vd. á echarle de ménos.

LUIA, suspirando

Mucho.

CÁRLOS.

Pero poco á poco, el tiempo . . . . .

LUIA, levantándose.

Si Vd. me permite . . . . algunas ocupaciones.

CÁRLOS.

(Ap). Me he precipitado! (Sacando del bolsillo

*algunas vistas fotográficas*). ¿Qué le parecen á Vd. estas fotografías; son monumentos de París.

LUISA, *friamente*.

Están bonitas.

CÁRLOS.

Si, esta fuente es admirable, y una vez los árboles iluminados, ya verá Vd. ¿Ha probado Vd. á iluminar alguna vez fotografías, señorita?

LUISA, *distráida*

No, señor.

CÁRLOS.

Yo me encargo de iniciar á Vd. en los misterios de ese arte que conozco á fondo; pero el retrato es mi fuerte. (LUISA se dirige á la mesa y CÁRLOS se interpone en el camino).

CÁRLOS, *vivamente*.

No, señorita, esos no están concluidos! (Ap).  
Diantre, los desnudos! (Enseñándole una fotografía);  
Bella cabeza de anciano! (Luisa mira con curiosidad la caja de homeopatía)  
Veo que mi estuche de homeopatía llama la atención de Vd. (Misteriosamente)  
Hay en estos frasquitos secretos para sanar todos los males; hasta los incurables.

LUISA.

¿Todos los males?

CÁRLOS. *con tono patético.*

Hasta el amor desgraciado!

LUISA. *palpitante.*

¿Cómo?

CÁRLOS.

(*Ap.*) Rendida! (*Alto*) Hace algun tiempo iluminé una fotografia del hermano de Mauricio, que sin jactancia, era una obra acabada. Es verdad que el uniforme se presta á ciertos efectos, que llamaré . . . deslumbradores. Hoy se la he podido á Mauricio, y pretende haberla perdido . . . . . yo no sé qué razones me da; como si una obra tan perfecta, á pesar de su defecto capital . . . .

LUISA. *con viva curiosidad.*

¿Qué defecto?

CÁRLOS.

(*Ap.*) Bien lo sabia! (*Alto*) Si la tuviese aquí, ya se lo indicaria á Vd.



LUISA, *con hesitación.*

Creo que Mauricio, me la ha mostrado . . . no recuerdo bien, pero es posible, se haya quedado olvidada en mi tablero de dibujo. Voy á buscarla, y si la encuentro. . .

CÁRLOS.

Mil gracias! (*Ap.*). No irás muy léjos, inocentilla! (*Luisa se va.*)

— — —  
ESCENA VIII.

CÁRLOS. — MAURICIO *de uniforme.*

—  
MAURICIO.

(*Ap.*) Ya no es posible vacilar! (*Alto*) Carlos! . .

CÁRLOS, *volviéndose, con extrañeza.*

¿Qué significa ese traje? Estás bellissimo!

MAURICIO.

He decidido visitar hoy mismo al general Darvov, que se halla en el castillo de Ivri; pienso volver al servicio activo.

CÁRLOS.

Desdichado, alejarte ¡cuando acabo de quemar tus naves!

MAURICIO.

Cesa de tratar á la ligera un asunto del cual depende mi felicidad, mi razon, mi vida. ¿No ves que adoro á ese ángel con una pasion insensata, con un amor de viejo; ella misma lo ha dicho, el amor de los viejos es exigente, desconfiado y . . .

CÁRLOS.

¿Pero?

MAURICIO.

Ya sé lo que vas á decirme . . . . .

CÁRLOS.

No, que no lo sabes!

MAURICIO.

Ya sé que vas á reprocharme que tengo miedo, que tiemblo, que retrocedo delante de una sombra; todo ello es cierto. ¿Pero, acaso soy yo el primer valiente á quien lo impalpable haya hecho retroceder?

CÁRLOS.

¡Te has vuelto loco! ¡A qué viene esa manía de echártelas ahora de viejo, de octogenario; eso es absurdo! ¡Vaya un amor estúpido, Mauricio! Felizmente aquí estoy yo y en este momento, gracias á mí, esa chiquilla te ve, sea dicho en honor de la verdad, te ve como debe verte. (*Presentándolo al público*) Joven, elegante, con treinta años apenas y adorado por una mujer encantadora.

MAURICIO.

¿Qué has hecho?

CÁRLOS.

Ninguna atrocidad, te lo prometo . . . . (*Con tono misterioso*) Puedes marcharte . . . . pero no de véras . . . . anda que tu adorada te espera . . . .

MAURICIO.

Pero ¿qué adorada?

CÁRLOS, *con solemnidad.*

Una mujer que te debe la vida, el honor y á quien tu ausencia mata. He compuesto sobre ese punto una novela á la cual no le falta . . . .

MAURICIO.

¿Qué has hecho, desgraciado? ; Me has perdido sin remedio!

CÁRLOS.

¡Al contrario! Te he salvado, que si otra te ama, ella te amará, eso es lógico.

MAURICIO, *con abatimiento.*

¡Ah! ;Cárlos! ¿Qué has hecho? Pero te perdono.

CÁRLOS.

Me perdonas, ¡no faltaba más!

MAURICIO.

¡Ay! Tu celo imprudente me cierra todo camino. ¿Cómo, despues de la historia ridícula? . . .

CÁRLOS.

;Ridícula! ;Mil gracias! (*Cambian de lugar en la escena*). Si hubieras visto la carita larga, con que escuchaba mi charla la romanesca Luisa, cambiarías de epíteto, cruel amigo!

MAURICIO.

;Ab! Cárlos. ¿Cómo despues de todo lo que

has inventado, para salvarme, no lo niego; cómo hallaré valor para decirle: «Alma de mi alma Luisa . . . .»

—

ESCENA IX.

LOS MISMOS. — LUISA, *aparece, al oír las últimas palabras de Mauricio se detiene.*

—  
LUISA.

(*Ap. emocionada*). ¡Mi nombre!

MAURICIO.

. . . . «Luisa mía, ese hermano que crees amar, no existió nunca sino en tu imaginación; y ese amor que has consagrado á un fantasma destroza sin piedad el corazón del pobre Mauricio!»  
(*Oculto lloroso el rostro entre las manos*).

LUISA.

¡Cielos! (*El medallón que LUISA trae en la mano cae al suelo y al ruido se vuelven CARLOS y MAURICIO*).

CARLOS, *se adelanta y recoge el medallón.*

«¿Qué es esto? ¿Un retrato? La fotografía

LUISA, *adelantándose lentamente y fijando los ojos con seriedad, en MAURICIO.*

De un gran culpable . . . . de un embustero,  
que yo debiera castigar . . . .

MAURICIO, *con ternura, acercándose á LUISA.*

¡ Ah! Luisa, esa palabra . . . .

CARLOS, *interponiéndose, con gravedad afectada.*

El deber . . . . . la voz de su corazón . . . . .  
una mujer.

LUISA, *sonriéndose, á CARLOS.*

Quite Vd., que ya no creo nada de eso! (*A Mauricio, con seriedad*) ¿Ó más bien, Mauricio, qué debo creer?

MAURICIO, *tomándole las manos con ternura.*

¡ Qué era un insensato; que te adoro! (*Pausa*).

CARLOS, *á LUISA.*

¿Y Vd., pichona?

LUISA, *irónicamente.*

¡Cómo no me ha salvado la vida!

MAURICIO. *con pasión.*

¡Pero te doy la mía!

LUISA.

Acepto; pero que no se me engañe más; pues de otra suerte . . . .

MAURICIO, *estrechándole la mano con pasión.*

¡Luisa. Luisa mía!

CÁRLOS.

. . . . Tomará el hermano! (*Entrega el medallón á MAURICIO*).

LUISA, *confusa, á CÁRLOS.*

¡Ah! calle Vd! . . . .

MAURICIO, *enseñando el medallón á LUISA.*

¿Y ahora qué hacemos del retrato?

LUISA, *á MAURICIO.*

¡No seas cruel!

MAURICIO *entregando á Luisa el retrato.*

Es tuyo, no lo olvides nunca.

LUISA, *mirando el retrato, á MAURICIO con tono cariñoso.*

Eso jamás . . . señor celoso! (*Se toman las manos; hablan bajo*).

CÁRLOS, *á MAURICIO.*

¡Quéjate ahora! El retrato estaba favorecido!  
(*MAURICIO sonríe con satisfacción*).

CÁRLOS, *al público.*

¿Señores, tenía yo razon? Es indudable: *Similia similibus, curantur.*

TELON RÁPIDO

FIN.

---







EL RAMITO DE ROMERO.

*Á MI HIJO DANIEL.*



El otro día: en me lo he en mente.

MSII.

Acabábamos de separarnos frente al café *Procope*, y embebido en mis pensamientos, seguía maquinalmente el camino que conduce á la Escuela de Medicina. No sé por qué, en vez de continuar desarrollando mentalmente, la tesis que acababa de sostener, según creo, valientemente, sobre el triunfo de la materia, sobre ese no sé qué, que tú llamas alma, dí en pensar en mi prima Luisa, á quien habia visto esa misma tarde. Tú no conoces á mi prima; imagina un cuerpo diminuto, con movimientos inquietos, que recuerdan los de la ardilla; pon sobre un cuello blanco, muy blanco y que creo suavísimo, una cabeceita coronada de rizos rubios; evoca una fisonomía, en la cual campean alternativamente la dulzura y la malicia, agrega una manecita preciosa, que siempre despierta en mí el antojo de chuparla como alfeñique, cuando me amenaza intrépida con cómica gravedad, diciendo:

• Vas por mal camino, Raimundo; esto causará

la perdición de tu alma. » Y sin permitirme siquiera darle un beso fraternal, con propósito de enmienda, me vuelve majestuosamente la espalda.

¡Pobrecilla! Cuán ridícula me parece en esos momentos! Ya conoces tú mi opinión sobre la mujer, ó sea el elemento femenino en la creación; contribuir al desarrollo vital y nada más; lo contrario no es sino sentimentalismo enfermizo que pasará.

Los Orientales han comprendido siempre con exactitud el destino de la mujer en las sociedades y no se han preocupado con innovaciones. Mala plaga para ellos, si, con la civilización de nuestros días, aceptan y adoptan el absurdo de la igualdad de los sexos.

Te diré que esta tarde, la chiquitina había dejado sus aires de Minerva; por eso, á no dudarlo, la hallé tan bonita, tan mujer; y ya sabes que en mi boca esa palabra encierra mucho. Vino hácia mí caminando lentamente con los ojos bajos y el rostro esmaltado por un delicadísimo rubor. Dijo que soy ilógico, lo acepto; pero, nada hay que me encaute como esa timidez respetuosa de la mujer, en presencia del hombre, homenaje tácito del débil ante el fuerte, fenómeno misterioso, al cual soñadores de tu especie han atribuido causas que yo no reconozco.

«Hoy hace un mes que no te veíamos,» dijo

suavemente : « sin duda vienes recordando qué día es hoy ! »

« Que me emplumen si lo sé ! » respondí brutalmente.

El macho es naturalmente brutal, sobre todo cuando siente falsa su posición.

« Toma este ramito de romero, » agregó, « no lo pierdas, no te burles, que él ha de darte la felicidad. »

Tomélo maquinalmente, y como la palabra *felicidad* habia despertado en mí un torbellino de ideas, permanecí silencioso algun tiempo.

« La felicidad, hija mía, » respondí luego, « es una combinacion de fuerzas . . . »

No acabé la frase; la chiquitina se habia marchado en silencio, sin que yo lo advirtiera. Metí el ramito de romero en el bolsillo del chaleco, y tan exento de pesar como de alegría, salí de casa de mi prima Luisa, lo mismo que habia venido, sin pensar un instante más en la felicidad.

Habian trascurrido algunas horas, cuando nos abocamos frente al Café, en el cual con algunos compañeros, como lo recordarás, habiamos ofrecido á Haco en aquella tarde, más libaciones de las que nuestros cerebros podian resistir.

Ya sabes cómo nos separamos, y cuál era mi intento al dirigirme á la Escuela de Medicina.

Al llegar, pregunté á la portera si el profesor Durand me habia precedido, y como aquella con

su mal humor crónico, me respondiera entre dientes, seguí mi camino silbando, sin hacer mayor caso del femenil cancerbero.

Empezaba á oscurecer; pero el tío Miguel, siempre perezoso, no habia tenido á bien encender las luces del patio; así fué que, casi á tientas, gracias al gran conocimiento de las localidades, dí con la maciza puerta de la sala de los profesores, y me entré por ella. Á la luz de un cerillo en el cual encendí mi cigarro, observé que me hallaba allí solo. Hacia frio, y como de costumbre, el fuego de la riquísima estufa agonizaba.

Comencé á pasearme con las manos en los bolsillos y el inseparable compañero en la boca. Caprichosos juegos de luz dibujaban sombras fantásticas en las paredes, el eco repetía con monótona fidelidad mis pisadas en la desierta sala, único ruido perceptible dentro de aquellas gruesas paredes. Nadie hubiera podido soñar, á ignorarlo, que á dos pasos de allí, París el ruidoso se agitaba. Saqué mi reloj, que hallé parado como siempre, sin sorpresa alguna, pues, ¿cómo tenerla si casi nunca le doy cuerda? y volviéndolo filosóficamente al bolsillo del chaleco:

« Vaya! » exclamé en voz alta, « el ramito de Luisa en tan buena compañía! » y avancé hacia el anfiteatro que, como sabes está siempre iluminado.

Acerquémono á la lamparilla que arde allí día y noche, y merced á su luz amarillenta examiné



aquel ramito. Cosa insignificante: tres ramitas de un verde oscuro, cubiertas de florecillas cenicientas, descoloridas y sin relieve.

Nonref sin quererlo y no pude ménos de criticar los alcances estéticos de la primita. Observé no obstante que las florecillas oían agradablemente y que su fragancia era muy penetrante, las puntas de unas hojillas erizadas de ásperas púas, me produjeron cierta comezon desagradable, al ponerse en contacto con mis narices: estuve á punto de arrojarlas; no lo hice, pasado ese primer movimiento, no sé por qué: ¿recuerdas que Fichte llama á la espontaneidad acto sin conciencia? Oí de nuevo las picantes ramitas y les dí nuevamente asilo en el bolsillo del chuleco, junto al reloj sin cuerda.

Fué entónces menester hacer algo una vez concluida esa operacion, simple en verdad, pero que habia empleado alguna parte de mi tiempo.

Ya sabes mi teoría sobre el tiempo, al cual no puedo, ni creo racional, asignar una medida fija. Filosóficamente hablando, el tiempo no tiene otra extension que aquella que cada uno le señala. ¿Qué me importa que una hora en la denominacion oficial tenga sesenta minutos y tres mil seiscientos terceros? ¿Cuál es la medida propia de cada individuo? Si son las pulsaciones de la sangre, si son los latidos del corazon. ¿quién está seguro de medir el tiempo lo

mismo que otro sér viviente en un momento dado ? Cada hombre es un microcosmo y en su organismo, se producen todos los fenómenos físicos, de una manera absoluta y de ningún modo relativa á los demás séres.

Siguiendo así mi raciocinio, te diré, para servirme del modo vulgar de medir el tiempo, *Odi profanum vulgus et arceo*, que entre el momento en que penetré en el anfiteatro y aquel en que volví el ramito de Luisa al bolsillo del chaleco, debieron trascurrir lo ménos dos horas largas. Tal fué mi convicción. ¿ Por qué ? No me ocupo de averiguarlo.

Á mi derecha estaba la gran mesa de mármol en la cual se colocan los cadáveres, para la disección del siguiente día.

Fijé allí la mirada, y ví un brazo de una forma perfecta. Yo adoro la forma, como tú sabes, aunque vosotros, en vuestras teorías filosóficas, creáis que hay falta de lógica en mi idolatría por la línea, en menoscabo del color. Es un hecho irrecusable que, la belleza es primero forma y no color.

Aquel brazo modelado, como debieran serlo los para siempre perdidos de la Vénus de Milo, me atrajo con irresistible fuerza. Toquélo con ambas manos. Tersura, pureza de líneas y ese frío penetrante, que se siente al tocar un objeto de piedra ó un cuerpo sin vida, completaban la ilusión.

Por más esfuerzos que hice, para doblar aquel brazo de diosa sobre el busto á que pertenecía, me fué imposible; con mayor rudeza, tal vez lo hubiera conseguido; dejélo pendiente, como lo hallara. Tú conoces la repugnancia con que maltrato en las disecciones, eso á que vosotros llamais cubierta mortal y que yo, materialista rabioso, según vosotros, llamo el triunfo de la materia organizada.

Envuelta apénas en un lienzo azul, último resto del hospital, tenía ante mis ojos la hermosura más acabada, que puede soñar el estatuario.

Contrájome especialmente á examinar el pecho, semi-velado por una abundante cabellera negra, con reflejos azulados. Había allí juegos de luz, que hubieran encantado á Rembrandt. La tez de un blanco amarfilado, contrastaba duramente con el tinte sombrío de los cabellos: aquel contraste era hermoso y no lo era. Fijé apénas la mirada en aquel rostro, en el cual á una severa regularidad de líneas se unía una inmovilidad de Esfinje.

Pero no era esa la atracción principal de aquella hermosura perfecta, cuyo porte de diosa se modelaba al través de los pliegues de la cubierta. Recordé á Virgilio, y con un ligero esfuerzo de imaginación ví de pié y andando, aquella sobrehumana belleza.

El brazo que atrajo mi atención desde el principio,

era sin duda alguna la parte más perfecta de ese conjunto de perfecciones. La ondulacion de la línea del cuello, despues de perderse suavemente, según las reglas de la estatueria, para marcar el arranque del brazo, iba poco á poco elevándose en la curva más deliciosa y ondeada. Recordé era ese el sitio que los discípulos de Hipócrates escogen, para introducir con la lanceta el antídoto profláctico de la viruela y me horroricé.

Destesto á los médicos y, sin embargo, estudio la medicina.

Aquel brazo sin vida me produjo un enternecimiento irresistible. ¡Cuán hermoso, cuán terso era, cuán provocante! El deseo es la voluntad. Rápida como la electricidad, mi accion se produjo á la par que mi deseo: mis labios se posaron amorosos sobre aquel brazo divino y perdí la conciencia de mi existencia normal.

Dos brazos se enlazaron blandamente á mi cuello y la muerte, incorporándose repentinamente, murmuró en mi oído estas palabras:

«Vente conmigo á la region innota, donde se elabora la naturaleza inorgánica.»

Sentí que una fuerza extraña me levantaba suavemente, desprendiéndome de la tierra. No era eso volar, sino flotar en el espacio; los brazos amorosos continuaban asidos á mi cuello.

«Tu alma me importuna,» oí que murmuraba

en mi oído la misma voz, « y como sé que no tienes especial interés en conservarla, vamos á dejarla aquí. »

Extraño me pareció, que aún en aquellas regiones sidéreas existiera la misma preocupacion que en la tierra; pero nada dije, verdad es que no lo intenté, la ascencion era rápida y la sensacion no del todo grata.

« Ya dejamos tu alma, » agregó la voz; « pero, aún te queda algo, que está de más. ¿ Quieres deshucerte del ramito de romero ? »

No sé qué, en mí, contestó *no*, con la indolecencia de un cuerpo sin alma, y seguimos ascendiendo en silencio. Nubes y nubes sólo hullábamnos en el camino; sentía que la temperatura se iba enfriando demasiado, aunque de esto no estoy seguro, pues mis sensaciones no eran ya definidas. Mi compañera, que parecia adivinar mi pensamiento, me dijo:

« Ahora tienes que servirte de otro método; ese poco de alma que te queda, vinculada á esas ramitas olorosas te dejau una luz que puede cegarte ó darte mayor lucidez. Ya lo sabrás. »

No supo darme cuenta del tiempo, que empleamos en aquella evolucion aérea, pero repentinamente descendimos á una especie de caverna, cuyo interior era luminoso; los brazos abandonaron mi cuello y me pareció quedar tendido. Multitud de sombras comenzaron á pasar ante

mis ojos; pero sin que me fuera posible percibir sus formas. Oí la voz de mi compañera:

« Mira delante de tí el arquetipo de la forma en su más pura manifestacion; escucha esa melodía típica, formada por la voz de la naturaleza inorgánica, los colores del prisma tienen aquí una armonía rítmica, los sonidos describen melodiosas curvas en el espacio; y en su curso modifican la materia inerte: aprovecha de esta ocasion para arrebatarse sus secretos á la region del infinito. »

Estas palabras llegaron claramente á mi oído pero nada más oí, ni ví. « ¿Será, » me dije, « que me falta realmente algo, una vez desprendida de mí esa alma, puesto que para desprenderse ha debido existir? ¿Acaso la existencia del sér inteligente es la identificacion del objeto y el sujeto? »

« Te hallas en un Eden oloroso, en donde el tipo de la naturaleza vegetal está refundido. ¿Qué son las frutas de la tierra, comparadas con esas que acercan á tus labios esos séres superiores que te rodean? ¡Feliz tú, mil veces feliz! »

Llegaban á mis oídos las palabras, pero mis demás sentidos permanecian como muertos ó no existentes. « ¿Acaso, » me ocurrió, « lo dulce, lo amargo, lo agradable, como gusto, como olores, como tacto, no significan sino lo que despierta en nosotros esta ó aquella sensacion, y faltándome algo me falta todo? »

La voz agregó .

« Escucha la elocuencia de aquellos, que después de pasar por una serie de trasmutaciones uscon-  
dentes, van á revelarte el arcano de la razón y de  
la vida. Hé aquí á Platon, á Aristóteles y á sus  
pares. »

Decir que no oí un murmullo de confusas voces,  
fuera inexacto. Era aquello, como el sonido produ-  
cido por un enjambre de alados insectos; nada de  
humano llegó á mis oídos, nada comprendí, nada  
filtró en mí, nada halló éco en mi sér: sólo alcan-  
cé que la conciencia de la sensación simultánea  
con la de la existencia, va acompañada de otra con-  
ciencia, y que eso me faltaba. Era el alma. Con  
la rapidez de la luz, así que ese pensamiento brotó  
en mí, me sentí de nuevo integralmente poseedor  
de mi sér. El sentimiento envuelve la idea; pero  
no la constituye; puedo más bien decirse, que la  
idea arrastra el sentimiento.

De improvisó, pareció descorrerse un velo y en-  
sancharse el horizonte, una luz azulada penetró  
por doquier; semejante á una nube de mariposas  
blancas, comenzaron á agitarse en ritmo cadencioso,  
formas indocinas, aún más sutiles que trasparente  
grana. Poco á poco, ví eran cabezas sin cuerpo  
con bella fisonomía y dos alas en el nacimiento  
del cuello, tales cuales representaban las Persas  
sus Cherubs; ví caras amigas de séres muertos.

Reconocí vagamente esos rostros desconocidos, que todos hemos visto y amado, durante el sueño, é instintivamente comprendí, eran seres aromales, que despues de haberse encarnado una ó más veces, iban ascendiendo á esferas superiores. Aquellos semblantes no revelaban sombra de placer ó dolor: sólo una calma perfecta. Observé que algunos de esos seres tenían cuatro alas en vez de dos, y parecían clovarse más rápidamente como si pesaran ménos; una voz interior me dijo: « Son almas perfectas desde su origen, fruto de dos seres verdaderamente amantes, que al acercarse desprendieron de su esencia la chispa inmortal que poseían latente en su organismo: esas almas privilegiadas fruto del amor, son escasas, su encarnacion no es duradera; y nunca tardan en ascender á las regiones superiores. » Una melodía perfumada, no puedo explicarme de otra manera, envolvía aquellos seres en nubes corúleas.

Cambió la escena. Comencé á ver desarrollarse poco á poco, algo como una inmensa tela trasparente, que no acababa nunca, cubierta, segun me pareció al principio, de geroglíficos extraños, de colores vistosos los unos y sombríos los otros. Á medida que la tela se extendía, cubriendo una superficie, que mi vista en su estado natural no hubiera podido jamas abarcar, iba comprendiendo el significado misterioso de aquellos dibujos informes, torcidos, en caprichoso



laberinto. Así como aprendemos la geografía del globo terrestre en mapas, que nos enseñan á medir y darnos cuenta de la forma exacta del espacio de tierra y agua que contiene el mundo conocido, comprendí, que tenía delante de mis ojos una carta pragmatográfica de los hechos en el tiempo, y que gracias al estado de permeabilidad en que me hallaba, me revelaba la existencia de los acontecimientos en el tiempo, que existen sin que nadie lo sospeche, tales cuales en el espacio, los continentes y los mares ántes de ser conocidos por aquellos que ignoran la geografía.

Desde la marcha de los imperios más poderosos, hasta la del más oscuro individuo, todo estaba allí indicado sin pasado ni presente, diferencias puramente humanas.

Como en los atlas de Lesage, véase allí de un modo sincrónico, el camino de la humanidad, en espirales ascendentes, obedeciendo á leyes tan inmutables, como lo son las de atracción y gravitación en el mundo físico, retrocediendo en apariencia durante siglos, pero avanzando siempre. Ví la ley del progreso humano, reducida á ecuación algebráica, ví el surco que dejaron tras de sí los pueblos esclavos, desde el origen del mundo conocido, marchando cual rebaño de ovejas al matadero sin murmurar ni esperar. Ví el despotismo, triunfante un

dia, convertirse luego bajo otra forma, en otro despotismo. Ví las santas aspiraciones de los creyentes, naufragar en mares de sangre y lágrimas, ví aparecer la era de la fraternidad y la igualdad; pero ví también esa fraternidad, esa igualdad combatidas, sofocadas por aquellos mismos á quienes incumbía la misión de redimir. Ví á los enviados de paz y humildad, pactar con los soberbios poderosos, para oprimir al desvalido y quitarle hasta la esperanza, invocando una doctrina santa. Ví la incredulidad y el ateísmo triunfantes olvidarlo todo, para no acariciar otra idea, otra esperanza, que el amor al dinero; ví la destrucción de la familia, tal cual hoy la conocemos; ví surgir nuevas leyes, nuevos derechos, y como el tiempo no existía para mí, ví la llegada triunfante de la humanidad á una zona luminosa y armónica, y la visión cambió.

Una llama atornasolada, seguida de muchas otras, que, como fuegos fútuos subían y se agitaban en una atmósfera cargada de electricidad, me hizo fijar la vista en un punto lejano y vago, que parecía alejarse á medida que las llamas se multiplicaban. Poco á poco creció aquel punto tornándose luminoso y esférico, hasta convertirse en un globo colosal y transparente, del cual filtraba una luz semejante á la del sol que ilumina nuestro planeta. Las llamas se encendían y se apagaban

alternativamente, y á veces crecían hasta tocar el globo luminoso, que oscilante se mecía airoso en el éter, pintándose en sus paredes tersas y transparentes como las de una gigantesca farola chinesca, imágenes varias de sobrehumana belleza.

Veíase allí misteriosos ensueños de casta doncella, ilusiones maternas, aspiraciones de poeta, ambiciones de gloria, esperanzas de pobres y oprimidos, y hasta ese extraño no sé qué, que agita á los humanos desde que nacen. « Las llamas son las aspiraciones de la humanidad, » of una voz que murmuraba suavemente en mi corazón, « las imágenes promesas. » Recordé entónces las palabras del poeta:

Promesas son de amante providencia  
Lo que el necio mortal llama ilusiones,  
Los cálculos sublimes de la ciencia  
Del arte las miríficas visiones.

El globo se elevaba siempre; las imágenes se animaban, vivían, así que una llama las tocaba; pero, cuántas de esas llamas se apagaban! Era una lucha tenaz: el globo ascendía siempre, las llamas le seguían estirándose algunas hasta quebrarse, mientras que otras, que parecían ya próximas á tocarlo, se apagaban de improviso al contacto de unas gotas cristalinas que caían lentas y sin ruido: « Son lágrimas, » dijo mi alma; y las tinieblas lo envolvieron todo en denso manto.

Un soplo de vicuto, me trasportó suavemente á una region luminosa. Halléme en una campista de color de esmeralda, esmaltada de flores silvestres; veíase allí margaritas blancas de corola pintada, contrastando con el sedoso boton de oro y la rubicunda amapola, favorita de la infancia; los jacintos azules esbeltos y desdenosos, sobre su desnudo tallo, parecian ignorar la existencia de la violeta del bosque, que tanto se les asemeja como color, y multitud de florecillas desconocidas, de maticos varios, rompian la uniformidad del verde tapiz.

De improviso, ví convertirse las flores en aéres aumados y reconocí entre ellas, esas creaciones del poeta que ya se llamen, Margarita, de Goethe; ya Lucía ó Edgardo, de Walter Scott; ya Edmée, de Jorge Sand, empezau á vivir de una vida que aún no tiene nombre en las lenguas humanas, desde el momento en que el poeta les da la luz.

Tomados por las manos en danza rítmica y armoniosa, ví á esos séres, hijos de la Fantasia y de la Inspiracion, formando grupos, al son de una melodia celestial: sobre sus frentes descendia una luz sideral. Les saludé silencioso con una inclinacion de cabeza y me detuve en actitud respetuosa. De trecho en trecho, veíase el césped alfombrado de multitud de corolas dispersas, cálices marchitos y aún flores secas: eran esas las imágenes de creaciones incompletas ó informes, pues en el mundo

de la Fantasía hay también esferas infinitas, y antes de completarse un sér, ha menester á veces, de más de una encarnacion mental, si puede así llamarse al reflejo luminoso que da el poeta, al tipo ya existente en la naturaleza.

¡Oh misterio! Sentí mi cuerpo volverse diáfano y elevarse en el éter. En tanto cuanto puede darse idea en el lenguaje humano de lo que por mí pasó, comprendí que mi sér se fundía en el gran todo y que el infinito me poseía. Lo indefinido no es el infinito . . . la luz me penetró por todas partes: sentí luz dentro y fuera de mí, luz que deslumbra, que devora, que aniquila!

.....  
 .....  
 .....

Cuando volví á tener conciencia de mi sér, todo habia cambiado, ya no flotaba ligero en el éter: reinaba absoluto silencio, la luz no me deslumbraba y todo callaba dentro y fuera de mí. Me parecia despertar de un sueño de siglos, mi cuerpo atárgico era una masa inerte y mi cerebro se hallaba comprimido como por la presión de un doble casco de bronce. Esta es la muerte, me ocurrió, pero mi pensamiento persiste; me usaltó extraña, irresistible curiosidad, y ésta fué tan viva, que bastó á galvanizar mis miembros, disipando el sopor en que me hallaba sumido; mis brazos se agitaron

convulsos; pero dos manecitas me obligaron blandamente á permanecer inmóvil. ; Estaba vivo !  
¿ Pero en dónde estaba ?

Así como Cuvier reconstruía todo un animal con sólo un hueso, y de ahí resultaba toda una creación, mi cerebro, no obstante hallarse debilitado, creó un pequeño mundo con un solo dato. Mis ojos se fijaron en la almohada en la cual descansaba mi cabeza, y un profundo suspiro se escapó de mi pecho.

Extraña cosa ; aquella almohada me trasportó de improviso á la patria, á la casa paterna, evocando en mi corazón recuerdos infantiles.

Tú no has estado en Normandía, la tierra de las almohadas colosales. La ilusión era completa : delante de mi cama, pues me hallaba en cama, estaba *in propria persona*, mi tía Juana, con su cofia piramidal, su delantal blanco y su manojo de llaves. Fijé en ella la vista un instante y como la buena matrona llevase el dedo á los labios, intimándome callara ; cerré los ojos y traté de dormir.

; Imposible !

Al abrirlos de nuevo, tuve la feliz ocurrencia de volverlos al lado opuesto, y desde ese momento renuncié al sueño.

Mi prima Luisa, con las manos juntas y los ojos elevados hácia el cielo, murmuraba quedito estas palabras :

• ¡Bendita seas, Virgen santa! ; Ya no se muere! •

Nadie me hizo señas para que callara, voluntariamente guardé silencio; pero continué mirando á la chiquitina.

• ¡Qué sucede! • me dije; • esta muchacha está cambiada, la hallo pálida, delgada; pero siempre bonita! •

Hubieron de fijarse muy expresivos mis ojos en su semblante, para que como quien adivina el pensamiento ajeno, brotasen de aquellos ojos azules dos lágrimas, que, despues de detenerse un instante, rodaron por las mejillas hasta perderse entre los tules de un fichú esponjoso y blanco como la nieve. Mi pensamiento siguió aquellas lágrimas!

Nada más monótono, para ser narrado, que la convalecencia de un enfermo, el cual, durante muchos días, ha sido presa de un ataque cerebral; sólo te diré de paso, que aquella convalecencia nada tuvo para mí de disgustosa.

Entre la tía y la prima, compartian solícitas la tarea, creo grata, de cuidarme, y más de una vez tuve ocasion de alabar la feliz casualidad que llevó al doctor Durand, normando, como toda mi familia, al anfiteatro de la Escuela de Medicina, en aquella noche, que hoy me parece ya tan lejana.

Á no ser por la presencia del buen doctor, en vez de las manecitas de la chiquitina, una indiferente enfermera del hospital, hubiera sido la

encargada de humedecer los paños de agua helada, que humentos y reseco, se desprendían de mi frente abrasada por la calentura.

Rie, Carlos; pero nó, tú no reirás, al contrario, me parece ya, ver dibujarse en tu frente aquella vena traicionera, reveladora de todas tus fuertes emociones. No, tú no reirás de mis inconsecuencias; así, al escribir esta narracion para tí solo, como si hablara conmigo mismo; voluntariamente he dejado en la primera parte, ciertas frases, ciertas ideas bien contrarias á tu modo de pensar. Como te digo, lo he hecho voluntariamente, á sabiendas, deseoso de hacer resaltar con mayor fuerza el hombre nuevo que hay hoy en mí.

Cierto que si la excursion vertiginosa en brazos de aquel sér extraño, que aquí para entre nos, era una pobre actriz del Vaudeville, cuya historia es terrible y grotesca á la vez . . . .

• ¡ Ah! n'insultez jamais une femme qui tombe! •  
digamos con Hugo y pasemos de largo.

Vuelvo á repetir, si bien aquella revelacion inaudita, semi febril, semi . . . me faltan las palabras abrió un surco ineluctable en mi sér, aquella convalescencia vino á revelarme verdades que ni siquiera sospechaba. Es forzoso ser mujer, Carlos mio, para poseer esa fuerza de resistencia, eminentemente activa, de que ha menester aquel que cuida de un enfermo grave.



El afecto, el deber, la caridad, son otra forma del amor y el deber reunidos; parecen tener el poder mágico de convertir á criaturas débiles é irresistibles, en seres sobrehumanos, ajenos á toda exigencia física. Semejantes á los soldados de la acedada Esparta, vemos á las mujeres más delicadas desdeñar el sueño, olvidar el hambre y sobreponerse, de un momento á otro, al cansancio y á las privaciones; máquinas en cuanto concierne á la resistencia física, sin perder un ápice de sus facultades intelectuales; blandas en sus maneras y despóticas en sus acciones, ¿quién se atreve á resistirles en el ejercicio de su santo ministerio, poseyendo como poseen en esos momentos, el don rarísimo de hacerse obedecer sin resistencia aparente ni real?

Mi tía Juana es una robusta matrona, con más de cincuenta años. ¡Cuántas veces mis ojos debilitados siguieron distraídos y curiosos sus movimientos! Aquel traje de lanilla negro, parecia moverse de un lado á otro del aposento, con prescindencia del cuerpo sólido y macizo que cubria. Las tazas de varios tamaños y formas, los botellus, frascos y redomas agrupadas en confusión y estrechez, sobre la mesa de mi aposento, obedecen mudas y complacidas, la más ligera insinuación de su parte sin mayor resistencia ni ruido, que las gruesas cuentas de su rosario al correr bajo la presión

de sus dedos. Extraño fenómeno que no explicará ninguna ley física.

Y si mi tía, con cincuenta años y proporciones exuberantes, parece sustraerse á las leyes de gravitacion y sus dependientes, ¿qué diré de la chiquitina, con sus formas graciosas, casi infantiles y su semblante de rosas? Aquello era un paraíso terrestre y celeste á la vez, Carlos, que reunía el verdadero arquetipo de la felicidad humana.

La convalescencia no se hizo esperar en aquel oasis.

En este desierto humano,  
Que ciudades llama el hombre,  
Do acechan males sin nombre  
Á quien tierno osó latir:  
Mira extenderse lozano  
Un oasis de verdura,  
Y el olvido del vivir.

Detén tu camino incierto,  
Baña en paz tu pié llagado,  
Que del Empíreo ha bujado  
La dulce sonrisa acá.  
Y este oasis en desierto  
De la vida zolo encanto,  
Es el amor, nombre santo,  
Que en la tierra lleva Alá.

¿Ves por el rayo encendida  
La floresta tenebrosa,  
Ó por vara milagrosa  
Agua brotar el peñon?  
Amor la suprema vida  
Funde candente la roca;  
Si el dedo de Dios te toca,  
Arderá tu corazon.

Estoy escribiendo bajo un tilo colosal, el cielo de Normandía me cubre con su manto de turquezas y . . . . no estoy soñando.

Aún me parece oír las campanas de la Abadía, que tocan á vuelo; veo una procesion de blancas figuras que van perdiéndose poco á poco en la vista nave. Todas llevan la cofia normanda, que termina en punta; y debajo de la cofia aparecen semblantes risueños, ojos azules, mejillas encendidas y cabellos rubios. Pero en la procesion hay tambien figuras masculinas; esos robustos descendientes de los compañeros de Guillermo el Conquistador, no han conservado del traje normando sino el chaleco rojo y los zapatonos férreos.

¿Qué hacen allí esos buenos normandos arrodillados delante del altar de la antigua Abadía, que encierra tantas reliquias de pasados tiempos?

Bien alto lo declaran los ramilletes, que ostentan

en el ojal de sus casacas de corte añejo y grandes botones lustrosos; asisten á una boda.

Pero ya salen los novios y un murmullo de voces infantiles, les saluda en la puerta de la iglesia. El suelo está cubierto de oloroso hinojo y se oye repetir por todos lados: «¡Viva la novia!» Todos parecen olvidar al novio!! Qué importa; los latidos de mi corazón me recuerdan de continuo, quien es el dichoso mortal.

No levantemos aún el velo de blanca muselina que cubre el rostro de la novia; dejemos que su frente ruborosa, se refresque con la brisa que el mar nos trae.

Son las cinco de la tarde, y aún dura el festín, ó por mejor decir, va á empezar, que la *gente formal* empieza recién á comer de serio. Ya no circula la espumosa cidra, sino el vino de Francia, reservado para las grandes ocasiones. La mesa colocada entre dos frondosos castaños, cruje bajo el peso de las viandas. Reina la alegría. «¡Qué hermosa está la novia!» dicen unos en alta voz, y otros agregan por lo bajo: «Ella le ha convertido, amen!»

Yo no les oigo sino á medias, Cárlos mio, mis ojos y mis pensamientos siguen solícitos dos manecitas blancas, que ligan afinadas con seda color de rosa, unas pobres ramitas secas de un verde ceniciento; me parece que vuelvo á soñar . . .

Una sonrisa hechicera, una lágrima en el azul de sus ojos! Magia, suprema, luz celestial me ilumina: reconozco el ramito de romero. Los labios pronuncian la palabra *amor!* y el corazón responde: *¡Inmortalidad!*

FIN DEL RAMITO DE ROMERO.

---



---

DOS CUERPOS PARA UN ALMA.

*Á MI AMIGO V.*





Sans mériter rien de profond,

STOLTS,

Au nom de la patrie je réclame pour la  
tragédie de Shakespeare, comme pour celle  
d'Eschyle, comme pour toute grande œuvre  
de la pensée, la part de l'incompréhensible.

PAUL STOLTS.

« Su Excelencia espera al señor Baron. »

Con estas palabras me acogió Ivan, el criado de confianza de mi amigo el Príncipe Ladislaff Zoutzo, así que la maciza puerta del Palacio Zoutzo, después de girar sobre sus goznes, se cerró tras de mí sin ruido, como movida por un resorte mágico.

Con paso rápido llegué al vestíbulo, tapizado con pieles de oso blanco; me despojé allí de mi pelliza, atravesando luego una serie de salones lujosos, que contrastaban por su temperatura blanda é igual, con el frío glacial de una tarde de Marzo, en San Petersburgo.

Precedido por Ivan, penetré hasta el boudoir del Príncipe.

« Bien venido, Julio, » exclamó calurosamente

ojos castaños y algo prominentes, la nariz pequeña, la frente inspicada, el labio abultado, animado por sonrisa infantil y esa morbidez de carnes, atributo especial del autor de la Magdalena en el Desierto.

Pero la Sybilla estática, no tenía el cuerpo de diosa de aquella mujer esbelta, que parecía envuelta en una atmósfera de seducción y gracia. Al pasar cerca de mí, sus tules esponjosos me rozaron levemente; un estremecimiento dulce y cruel á la vez, agitó todo mi sér.

Sentí la necesidad de seguirla, y eché á andar fascinado tras la desconocida Sybilla. ¿Mi propósito cuál era? Seguirla para poder contemplar á mis anchas aquella obra maestra de la naturaleza, que hacia empalidecer en sus marcos los productos del arte humano.

Noté que la bella desconocida daba su brazo toruendo y blanco, á un hombre cuyo semblante me era conocido; pero mi mente no se detuvo un instante á pensar en su nombre. Ardía mi frente, latía con violencia mi corazón, y un temor pueril se apoderaba de mí, así que algunos parejos se interponían entre mis ojos y aquella criatura admirable. El brazo se apoyaba confiado, casi afectuoso, sobre la rugosa manga negra, de aquel hombre; las espaldas alabastrinas de una curva deliciosa, se estremecían ondulantes en el andar, rozándose con

aquel tosco frac, que cubria á mi más mortal enemigo. Un rizo voluptuoso jugueteaba en la desnuda nuca de aquella mujer, que con sólo aparecer me habia hecho suyo; aquel rizo locuelo me atraía con indecible magia.

Agudos celos destrozaban mi corazón. Un amor poderoso, inflexible, se enseñoreaba de mi sér, y yo como un sonámbulo, seguia la huella de la mujer amada, sin ver, sin oir, lo que á mi alrededor se agitaba.

No sé cómo, no recuerdo por qué circunstancia, se llegó á mi Gaston d'Entragues, qué le dije, ni cuál fué su respuesta; sólo sé que algunos instantes despues, ¡oh! ventura infinita, mi brazo oprimia dulcemente el de la animada Sybila y que dos palabras habian bastado para hacer de mí un hombre dichoso.

• Prima: el Príncipe Ladislaff Zoutzo: — La Baronesa d'Herville. »

No podré darte cumplida cuenta del cuarto de hora que pasé con la Baronesa. La voz de aquella mujer completó la magia ejercida en mi alma por su belleza plástica. Cuando la conduje hasta su carruaje, pues se hallaba fatigada, sentí que era todo suyo y que el amor me poseia sin reserva alguna.

No volví á penetrar en los salones. Creo que olvidé mi sobretodo, y con gran asombro de Ivan, en vez de tomar mi cupé, eché á andar á pié por los *quais*.

Me hallaba en un estado de fiebre deliciosa. La gimnástica que hacia mi cuerpo, era favorable al embargamiento que se habia apoderado de mi cerebro.

Aquel rizo jugueton, aquella nena provocante; aparecian sin cesar delante de mis ojos y el nombre de la Baronesa d'Herville, lo repetian todos los ecos del Paris dormido.

El amor más ardiente que puede contener un pecho mortal, habia brotado en mi corazon de improviso, como brotan en el espacio de una noche en las latitudes favoritas del sol, ciertas plantas, cuyas flores contienen siempre un perfume sutil y venenoso.

La costumbre condujo mis pasos hasta el Café Anglais, donde hallé á mi compatriota Jaminski, el cual, con ese desembarazo y verbosidad que le conoces, empezó á darme la enhorabuena por mi conquista, que llamó de *primo cartello*. Agregó que los camaradas sabian ya lo ocurrido; y cómo, el Principe Ladislaff Zoutzo, el más rico heredero de Moscow, hombre á la moda, conquistador por excelencia, se habia enamorado á primera vista como un *bourgeois* de la inhumana viuda.

El amor naciente es casi siempre expansivo: pregunté mucho, mucho, á Jaminski.

• La Baronesa recibe los Domingos, • me contestó, • es una mujer perfecta, virtud á toda prueba, pero á su Excelencia, • agregó riendo, • se rendirá, *con condiciones*.

May luego la llegada de varios amigos me volvió enojosa la chistosa jovialidad de Jaminski. Sentí la necesidad de soledad, para saborear á mis anchas aquel estado de mi corazón, tan nuevo y de una intensidad dulce é irritante á la vez. Mis camaradas no podían ya ni pronunciar siquiera el nombre de la Baronesa sin mortificarme de un modo ó de otro. Hay sentimientos que nacen celosos desde que aparecen: el amor que mi pecho sentía era uno de esos.

Dí cita á Jaminski para el Domingo á las cuatro y entré en mi cupé lanzando á Ivan esta orden: « Al hotel. »

Cuando me hallé tendido sobre mi diván con el manguilé perfumado en la boca, envuelto en espesas remolinos de humo blanco y denso, la imágen de mi adorada Sybilla, se destacó ante mis ojos con extraña limpidez.

Ivan permanecía de pié esperando mis órdenes á respetuosa distancia; pero, como mi silencio no le dejara duda alguna sobre mis intenciones, con reverente solicitud, me dijo:

« Excelencia, el correo de la tarde está sobre el azafate. ¿Su Excelencia no ha menester de mis servicios? Voy á cerrar lã verja. »

« Anda, » murmuré.

Ivan se marchó.

Poco despues, unos pasos ligeros y menudos hi-

cieron crujir la arena del jardín. El siervo me había entendido: oí el golpe de la pequeña verja del fondo, y lanzando una bocanada de humo, respiré libremente: estaba solo. ¡No! solo no estaba; ni aquello podía ya tener lugar jamás; la imagen adorable se hallaba como incrustada en mi alma.

Mi espíritu se agitaba y se debatía prisionero en un laberinto tortuoso, en el cual, el único hilo conductor era el pensamiento fijo, irritante de aquella mujer. Pensamiento tenaz, abrumador, que un instante no daba de tregua á mi cerebro exaltado, á mi corazón rendido.

• El Correo de la tarde, » había dicho Ivan. Y bien, esas palabras no evocaron memoria alguna en mi espíritu. Moscow, mi madre, Ilsa Petrovna mi prometida, eran como ecos apagados de melodía lejana y desconocida. El corazón, la memoria, mi sér todo entero, no vibraba sino por la magia de un recuerdo único: la Baronesa.

Corrían las horas y mi amor parecía crecer, agigantarse con el alimento único del pensamiento tenaz.

Permanecí largas horas, contemplando en éxtasis voluptuoso aquellas divinas formas, evocando por el recuerdo su belleza embriagadora y malsana, hasta que el sueño, venciendo mi débil naturaleza humana, cerró mis párpados.

Á la mañana siguiente, cuando Ivan acudió á mi llamado, mi primer pregunta fué: • ¿Qué día es

hoy ? » « Mártes, Excelencia, » fué su respuesta.

Con inflexible insistencia, mi pensamiento respondió :

« ¡Seis días de espera ! ¡ Qué martirio cruel ! »

Creo que almorcé ; el cuerpo tiene esas exigencias pueriles, y con la obsequiosidad afectuosa de un siervo ruso, la lucha es imposible. Pero cuando fué menester hacer el esfuerzo de abrir mi correspondencia, no me hallé con valor suficiente : había tantas cartas !

Tomé al acaso un tomo de Shakespeare, era el *Sueño de una noche de verano* ; intenté leer ; pero sólo mis ojos seguían los caracteres. Mi pensamiento vagaba en un mundo de amorosa fantasía, como un globo cautivo, que, fijo en tierra por hilo conductor que le detiene, se agita, sin embargo, en aparente libertad, remontándose uiraso, ufano, pero prisionero.

La Polonesa, de Chopin, que empieza con el brio de la pasión y va lentamente dilatándose con languidez amorosa, era la melodía que mejor se armonizaba con el estado de mi alma.

La toqué con repetición, hallando siempre en ella ecos simpáticos á mi amoroso empeño.

Tomé mis pinceles, para fijar la imágen adorada y así arrancarla un instante de mi pecho. Ironía de la suerte, mi mano trazaba contornos que la memoria le sugería ; pero que el corazón apasionado desconocía. Un fenómeno cruel se operó en

mi entónces. A medida que trataba de recordar aquella seductora imágen, que tenía mis potencias esclavizadas, densa nube parecía enmascararla, y llegó un momento en que mi alma sola la reconocía, por la vibración constante de mi sér: mi memoria no la retrataba ya. Creí perder el juicio; por más esfuerzos que hacía, la imágen se alejaba de mí. Y ya de la Sybila del Guido y de su Beatrice Cenci, en las cuales hay ese aire de familia que todos reconocen en las creaciones del gran maestro, no encontraba mi recuerdo sino líneas confusas, contornos vagos, que se confundían en caótico desórden.

Abri por fin mi correspondencia de Moscow. En vano encontré en ella la infalible carta de Ilsa Petrowna, mi prima, la compañera de mi infancia, mi novia, en fin.

Aquella misiva llena de ternura, de abandono, no despertó otro pensamiento en mí, sino éste: «El amor de Ilsa Petrowna comparado con el mío es lo que un arroyo manso y cristalino á la espumante, ruidosa catarata del Niágara.»

Viéndome abatido, meditabundo, tendido en un diván con los ojos fijos en el techo, en lánguido abandono, mi fiel Ivan que me creía enfermo, no pudiendo adivinar lo que por mí pasaba, vino á proponerme gravemente, comprar el caballo que acababa de ganar el Derby.



« No, Ivan, » le dije. « ¿ Quién me lo ofrece ? »

« Nadie, Excelencia ; pero me ocurre que esa distracción pudiera ser del gusto de vuestra Excelencia, » respondió el siervo fiel.

Como puedes suponer, no compré el famoso héroe del Derby.

La sorpresa del buen Ivan, no tuvo límites, cuando me vió cerrar sin piedad mi puerta á Faulchon la Roja, enviándole por la misma ocasion, un billete de cinco mil francos con *mes adieu*.

« Lo creerás ; pasé todo aquel día encerrado en mi hotel, sin dar siquiera una vista á la cuadra. »

No puedo darme cuenta de la fiebre que de improviso se apoderó de mí. Sentí un deseo vehemente, invencible, de ver con los ojos del cuerpo á esa mujer, que avasallaba mi sér. Aquella tiranía de la presencia ausente, que destrozaba mi corazón y mi cerebro, era intolerable. Con mano febril, tracé estas líneas :

« Señora : Tengo una comunicacion que hacer á Vd. ; le suplico me conceda el honor de una entrevista, esta misma noche. »

Y sin curarme de la extrañeza de mi proceder, sin preguntarme de qué pretexto me serviría llegado el momento, envié el billete.

Ivan fué el portador de esta extraña misiva ; hícele tomar mi cupé con el alazan favorito, mi trotador más rápido ; y sin demora procedí á mi

toilette con singular esmero: tenía la casi certidumbre de ver en esa misma noche á la Baronesa. Sin embargo, cuando una media hora despues, of que abrian la puerta del hotel y sentí el rodar del carruaje, que atravesaba el patio, un terror extraño se apoderó de mí.

Ivan entró en el gabinete, y lo primero que vieron mis ojos fué la salvilla, en la cual tenía costumbre de presentarme mis cartas.

Lutía mi corazón con violencia. Me precipité sobre la salvilla en la cual había un diminuto billete. Destrocé bruscamente el sobre y leí: «La Baronesa d'Herville, recibirá gustosa al Príncipe Zoutzo, esta noche á las nueve.»

El gozo me embriagaba. Tuve que apoyarme para no caer. Releí nuevamente el perfumado billete, lo acerqué reverente á mis labios y lo oculté luego cuidadosamente en el bolsillo del chaleco.

Comí ó no comí, no lo sé; sólo recuerdo, que á las nueve en punto mi cupé se detenía delante del número 27, de la calle Saint Honoré, y que poco despues subía con paso rápido, las escaleras que me conducian hasta el ídolo de mi corazón.

Al llegar á aquella puerta cerrada, como el porvenir de mi amor, me asaltó por vez primera esta idea terrible: «¡Si esta mujer amara á otro!»

«Lo matarías,» fué la respuesta brutal, instan-

tánea. Y sin vacilar, toqué aquella campanilla que á partir de ese instante no dejé de llamar un sólo día.

La Baronesa no estaba sola. Sentado á sus piés sobre un pequeño taburete, habia un niño como de unos cuatro años, su hijo, como lo supe más tarde.

Vestia la Baronesa un traje de seda negro, alto y sin adornos; así la hallé más bella aún, que envuelta en la leve gasa del balle; aquel corte severo modelaba primorosamente su busto opulento y armonioso, dejando ver un cuello de una blancura ideal, que sostenia sin esfuerzo su cabeza pequeña y ligeramente inclinada. El negro mate de la seda, hacia resaltar la palidez del semblante.

La fatiga de la noche habia marcado debajo de los bellísimos ojos una ligera sombra azulada, que los volvía lánguidos y amorosos.

Todos estos detalles los abrazó mi mirada desde el primer momento, á pesar del tumulto de emociones que me asaltaba.

Me incliné reverente y mudo ante aquella criatura admirable, sin poder hallar una palabra.

Su voz melodiosa, su mirar dulce y sereno y la graciosa sencillez, con la cual pronunció estas palabras:

« Príncipe, es Vd. exacto como el sol; » calmáron como por encanto la agitación febril que me

devoraba. Me sentí dueño de mí. Y al decir dueño, sólo pretendo dar á entender que me hallé en posesion de mis pensamientos, sin que por ello el dulce vasallaje fuera ménos completo.

Buscaba un pretexto, y el bello niño sentado á los piés de la Baronesa, me sugirió una excusa plausible, para explicar momentáneamente mi conducta inusitada.

« Señora, » le dije, « varios miembros del Club deseamos dar un baile de niños, con motivo . . . ; (no sé qué motivo alegué), y hemos pensado suplicar á Vd. se sirva favorecernos con sus consejos; sus . . . . »

« Seguramente, » dijo sonriendo, con una sonrisa encantadora que me deslumbró. « Con mucho gusto, pero es condicion expresa, que Arturo, » designando á su hijo, « no ha de ser de los concurrentes. »

« Vé á acostarte, vida mia, » agregó, besando la frente del niño, que desapareció luego, dejándonos solos.

¡Quién ha dicho que el amor es fuente de inspiracion! ; Quién pretende, que esa pasion absorbente pueda ensanchar el corazon del hombre y hacerle ejecutar actos grandes! ; Quién asegura que los poetas no cuentan bien sino el amor que sienten! ¿Será el amor desgraciado? El dichoso apaga, embarga, consume. Yo, á haber sido poeta, hubiera en aquella noche perdido toda mi inspiracion.

Estar profundamente enamorado y permanecer dueño de nuestras facultades intelectuales, es cosa imposible, tengo de ello pruebas irrecusables; el amor mata todo otro sentimiento y trunca la inspiración, apagando toda otra aspiración.

Aquella mujer, parecía concentrar en sí un mundo de perfecciones. Mi corazón profético, había presentado el divino conjunto.

Dos horas pasó á su lado; ¡ horas dulcísimas! Mis labios no profirieron una sola palabra de mi amor; pero esos amantes típicos, que la humanidad reconoce como la creación más acabada del genio para simbolizar la unión de las almas, prestaron abundante y grato tema á nuestra conversacion.

Chopin, el apasionado, Weber, el melancólico y el inspirado Meyerbeer, completaron la obra de asimilación de nuestras almas. Que en la gama simpática, el vínculo musical es quizá el más poderoso.

Cuando bajé aquella escalera, que subí con esa mezcla de duda y de esperanza, que se disputa siempre el corazón de los amantes, dulce ilusión rubriagadora, absorbía mi sér.

Matilde era libre, y entre nosotros todo era simpático.

Autorizado por mi nueva amiga, tuve la dicha de visitarla diariamente y casi siempre á la misma hora, durante algun tiempo.

El niño, presente por lo regular al comenzar mi

visita, prestaba á nuestras relaciones un encanto especial de reserva dulcísima.

Crecia mi amor dia por dia, alimentándose en el raudal inagotable del misterioso encanto, que sin cesar brotaba de aquella naturaleza armónica.

Juntos asistimos á las representaciones de todo lo que París ofrece de nuevo al mundo intelectual y artístico, en sus teatros. Matilde exigia no nos mostráramos nunca en público, sino acompañados por una tercera persona. Su prima la Marquesa d'Entragues y Jaminski, nos seguian gustosos en nuestras excursiones. Alguna vez obtuve, sin embargo, la dicha de asistir á una de nuestras óperas favoritas, en el misterioso *tête á tête* de un palco *grille*.

Mi vida era un encantamiento perpétuo. No acertaba á darme cuenta, de lo que más amaba en aquella criatura deliciosa. Si su cuerpo de diosa ó su inteligencia luminosa é inspirada. Juntos visitábamos los Museos, recorríamos los alrededores de París, que la primavera engalanaba con sus flores y sus brisas perfumadas.

Matilde me permitia convertir su morada en un nido florido; é Ivan sabia que debian renovarse diariamente aquellas flores.

La Baronesa amaba y comprendia la gran música: cuántas veces su voz vibrante y apasionada interpretó los dulces acentos de la amante de

Raoul ó suspiró las dulces melodías de la ardiente Selica!

Cuando en religioso silencio, asistíamos juntos á las representaciones de la Africana, los Hugonotes ó Roberto, quizá la obra más completa del maestro por excelencia, sentía que mis potencias se doblaban, que sentidos inéditos y aspiraciones desconocidas al sér humano, nacián en mí; que nuestras almas gemelas, confundidas por la magia de la música, hablaban por vez primera el verdadero lenguaje del amor.

Cuántas noches hemos pasado ejecutando á cuatro manos, en misterioso recogimiento las sinfonías de Beethoven ó las Polonesas de Chopin. Nunca hallé más bella á Matilde, que cuando pude contemplar sus encantos al través de esas armonías sobrehumanas. Las melodiosas curvas de su talle de diosa, parecían aún más suaves, más voluptuosas, cuando bajo sus manos de marfil, vibraba la inspiracion de los verdaderos genios musicales.

Matilde no era rica, viuda de un anciano, con el cual sólo vivió dos años, hallábase á la sazón con algunas contrariedades de fortuna: esta circunstancia, que me fué revelada por un amigo común, me mortificaba cruelmente. ¡De qué me servía ser el hombre más rico de Moscow, si aquella mujer que mi corazón idolatraba, no debía participar de esas riquezas! ¿Cómo ofrecerla, sin herir su delicadeza,

un puñado de ese oro importuno, que á mí me sobraba? Más de una vez intenté hablarla, pero no hallé palabras; la timidez me paralizaba de continuo: que todo cariño profundo tiene algo de cándido.

Una noche que mi visita se habia prolongado algo más que de costumbre, creí ver en la bella frente de mi amada, una nube, que su sonrisa cariñosa no conseguia ocultarme del todo. Venciendo mi reserva afectuosa, la supliqué me dijera, qué contrariedad la afligía, suplicándole me contara sin embozo sus penas; y accediendo á mis instancias, me dijo:

« Amigo mio, los parientes de mi marido, que me hacen una guerra cruel, me han dado á comprender que mi conducta tiene mucho de reprochable. Una tia vieja, en extremo severa; pero que algun afecto me profesa, me ha significado la necesidad de romper nuestra intimidad, amenazándome con la separacion de Arturo. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de esta situacion cruel? »

Al decir estas palabras, Matilde fijó sus ojos en los míos, con una expresion casi infantil; con un no sé qué, tan suave y cariñoso, que conmovió todas las fibras de mi alma.

Sin saber en virtud de qué fuerza imperiosa, irresistible, caí á sus piés y respondí con vehemencia:



• Siendo la Princesa Zoutzo. »

Matilde se echó en mis brazos en silencio y dió rienda suelta al llanto.

¡Momento embriagador! Su cabeza adorada, reposaba en dulce abandono sobre mi pecho. Nos hallábamos arrodillados ambos delante de la chimenea, pues, deslizándose dulcemente del sillón en que se hallaba, mi amada vino á caer en mis brazos, de rodillas como yo me encontraba, cuando en un raptó de pasión ardorosa y caballeresca, la ofrecí con mi mano, con mi alma, el título que me legaron mis mayores. El fuego de la chimenea, que parecia extinguido, se levantó de improviso en llama brillante iluminando los objetos.

¡Cuán bella me pareció entónces Matilde! — Aquella llama, simbolo de la nuestra, la envolvía en reflejos caprichosos de abajo arriba, poniendo de relieve como un rayo de luz eléctrica, el brillo de sus cabellos negros, el destello de sus ojos. El beso más ardiente que pueden sellar humanos labios, unió entónces nuestras dos existencias.

No sé cómo acabó aquella embriaguez sobrehumana. Mi recuerdo se pierde confuso, en ese límite, en el cual no hallo sino amor, amor implacable, cruel . . . .

Cuando volví á mi casa, hallé á Ivan esperándome, contra su costumbre, en la puerta cochera.

« Un telégrama de Moscow » dijo, presentándome un pliego abultado.

Era de mi madre, y decia lo siguiente :

« Hijo amado :

« Tu ausencia me es penosa, tus cartas no me bastan. Ilsa Petrowna empalidece dia por dia; urge llevar á cabo vuestro matrimonio. Ocupate de traer el *trousseau* por lo que respecta á trajes y encajes, que todas mis alhajas y pieles pasarán con mi vajilla á tu esposa. Te espero el 20. — Recibe la bendicion de tu madre. *La Princesa Zouzo.* »

El telégrama se escapó de mis manos, perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, Ivan arrodillado, me hacia respirar sales, como á una mujer nerviosa.

Extraño fenómeno ; aquel telégrama que tanto me habia impresionado un momento ántes, me pareció algo de sumamente natural y aún grato, luego que se restableció de nuevo en mí el perdido equilibrio. Ignoro lo que por mí pasó, por qué serie de evoluciones rápidas y trascendentes, llegó mi espíritu, á partir de ese instante, á familiarizarse con la idea de encargar un *trousseau* para mi novia rusa, *trousseau* que debia conducir yo mismo el 20 de ese mes, comenzado la vispera.

Pregunté á Ivan de qué medios creia debia valerme para obtener encajes y confeccion de trajes

y le di plenos poderes, deseoso de comprar cuanto más bello y lujoso puede ofrecer París.

Hice más, recorrí con detencion numerosas cartas de la Princesa mi madre, en las cuales me daba ésta con la minuciosidad más delicada, detalles é instrucciones sobre el ajuar de mi novia. Contesté detenidamente el telégrama, que debia de partir muy de mañana y me acosté pensando en aquellas dos mujeres admirables, mi madre y mi novia rusa, que me amaba cada una á su modo, pero con igual intensidad.

Al partir de Moscow, me habia dado Ilsa Petrowna un anillo de turquesas, en forma de serpiente, que le venia de su madre. Por ser en extremo pesado, lo habia usado hasta entóuces en la cadena del reloj. — Saquélo de la cadena, me lo puse en el anular de la mano izquierda y lo besé con repeticion. Era aquella joya el símbolo de la fé prometida por mi compañera de infancia, la dulce Ilsa Petrowna. Nunca he dormido más tranquilo y sin sueños agitadores, que durante esa noche. Reinaba la paz en mi conturbado espíritu.

Cuando desperté de aquel sueño reparador, Matilde fué mi primer pensamiento. Con el sentimiento de la existencia, brotó el recuerdo de aquel otro amor, correspondido, dichoso. Ordené el ramo de rosas más frescas que fuere posible hallar, y sin almorzar corrí á casa de mi amada.

Matilde, que se hallaba entregada á la delicada tarea de dar de comer á sus canarios, expresó su sorpresa con un ligero grito, que penetró en lo íntimo de mi corazón.

Ofreciéla nos fuéramos, como dos buenos bourgeois, á almorzar al restaurant de los Campos Elíseos, y como aceptara con un « Sí, mi señor » embriagador, nos marchamos á pié, estrechamente tomados por el brazo, con esa placidez deliciosa que se apodera del alma enamorada, cuanto siente que ha tocado el deseado puerto.

No trato de explicar el por qué de mis sensaciones; aquella mujer era mía, iba para siempre á consagrarme su vida entera, y un sentimiento de orgullosa posesión me embalsamaba el corazón. Las paseantes matutinas, esa falange de elegantes amazonas, que frecuenta el bosque en las mañanas, verdadera colonia cosmopolita de la crema del *high life* parisíense, acudía al paseo favorito.

El asombro que causábamos era general, pero reconozco no tenía nada de mortificante para mí. Á poco andar, encontramos al viejo Duque de Luzac, tío de Matilde; y como dos chiquillos alegres é impacientes, nos apresuramos á anunciarle nuestra próxima unión. Y digo próxima, porque desde que sentí aquel brazo cerca de mi corazón palpitante, no había cesado de suplicar á mi amada, no dilatáscmos la realización de nuestro dulce proyecto.

El corazón tiene de esos misterios insondables. El amor me devoraba cerca de Matilde y la fecha 20, me aparecía sin cesar con luminosa repetición, doquier fijaba mis ojos.

El Duque nos felicitó cariñoso y nos recomendó chistosamente *tuviéramos juicio*.

Todo el día lo consagré á Matilde, y sólo á instancias de ella misma, la dejé ir á comer con una tía vieja, aquella misma que fue el terrible emisario de los severos parientes.

A mi vuelta, Ivan me anunció para el día siguiente, la visita de la célebre Carolina, de la Maison Laferriere, la cual consentía en encargarse de todo lo concerniente al trousseau de mi novia Ilse Petrowna. Encontré excelente esa combinación y me marché al café Anglais. Allí mis amigos me felicitaron calurosamente por mi éxito colosal con la hermosa Baronesa, y luego que comimos, me arrastraron al Gimnase.

No sé lo que ví, durante dos mortales horas. Cuando mi reloj marcó por fin las diez, me precipité en mi coche, que desde las nueve me esperaba á la puerta del teatro.

Matilde me amaba con un amor tan poderoso como el mio. Nuestras entrevistas habian cobrado un carácter de abandono y dulce efusion que hacia de mí, no ya un mortal, sino un dios. Sentirme amado, y ardentemente amado por aquella

mujer divina, era dicha sobrehumana; pero la dicha no mata. Nuestros amores no podían dejar mentir el dicho del poeta: «The course of true love never did run smooth.» Matilde, mi Sybila adorada, era celosa como una simple mortal; aquellos celos eran para mí, fuente de dicha y de pena. Mi pasado era especialmente el objetivo en el cual se ensañaban sus agudos celos. El ruido de Iltsa Petrowna llamó naturalmente su atención; lo pidió, se lo di . . . . .

Entre los rumores del París *fashionable*, llegó á noticias de mi amada, que la Maison Laferriere se ocupaba de un espléndido trousseau para la futura Princesa Zoutzo. Cuando la Baronesa me interrogó entre grave y risueña, sobre aquel misterio, mintiendo como un lacayo, la contesté, que aquel trousseau debía ser para uno de mis primos, que llevaban mi nombre, como sucede en Rusia con todos los hijos de Principe, y le supliqué con instancia ordenara el suyo en la misma casa.

¡Horror! La Maison Laferriere, hacia á la vez el ajuar de mis dos novias. Un terror invencible, pueril, se habia apoderado de mí, así que los extraños me abordaban para hablarme de mi próximo enlace. ¿Con cuál de las dos? preguntaba mi corazón latiendo con violencia, y mi pobre cerebro repetía: ¿Cuál de las dos?

Mi madre me escribía, riñiéndome por la brevedad

de mis cartas. ¿Qué podían contener aquellas cartas? Es pregunta que me hago sin cesar y á la cual mi memoria no responde. Hlta Petrowna me enviaba el retrato fiel de su existencia sencilla é igual, en el castillo de mis mayores, cerca de mi madre, su protectora, su segunda madre. ¡Cuántas veces lei apénas y distraído, aquellas páginas virginales, que me revelaban el carácter manso y reservado de la angelical criatura, que debia ser la compañera de mi vida. Hlta Petrowna era el tipo por excelencia de la novia rusa, como la enseña el Domastuvi en sus severos preceptos; ideal de la esposa, reservada, modesta, que reconoce en el hombre su dueño y señor.

El sueño huía de mí; sólo con el auxilio del bromuro de potasa en altas dosis, llegué á dormir unas cuatro horas de las veinte y cuatro; me sentia minado por una fiebre lenta. Sólo cerca de Matilde tenia tregua mi exaltacion nerviosa. Su imagen hechicera y la magia de su cariño, exorcizaban el remordimiento latente que me abrasaba; el poder de sus caricias era irresistible. Sin embargo, sus celos inteligentes, lúcidos, me atormentaban.

• Tú sufres, Ladislaff mio, • me decia, cubriendo mi frente abrasada, de amorosos besos, que refrescaban mis sienes y abrasaban mis venas. • ¿Por qué no me confias tu pena? ¿Temes que la Princesa

madre, desapruebe nuestro enlace? » ¡Oh, colmo de baja! El Príncipe Zoutzo anunció la próxima llegada de la Princesa, su madre, que se había puesto en camino para venir á presenciar la proyectada union.

¿Dónde estaba mi honor de hombre, dónde estaba mi orgullo de raza, dónde mi sentimiento del deber? Sumergido hallábase todo en el mar proceloso de aquella pasión ardiente y sin freno, que había dado en tierra con cuanto fuera hasta ese momento objeto de mi creencia.

Á veces el pasado dormido y casi sin vida, parecía destinado á perderse para siempre en caótico desórden. Pero otras, me parecía que el Príncipe Zoutzo de Moscow y el de París, no eran el mismo, y que horrenda pesadilla, de la cual debía despertar, me oprimia! Dí con frecuencia en consolarme de esa suerte. Muchas veces me ocurría que allá en la lejama patria, sentía yo otro yo que era dichoso y no luchaba y no mentía. Confieso que tenía aguda envidia á ese sér afortunado. Las cartas de Rusia, llegaron á producirme una sensación verdaderamente dolorosa. No las abría ya y trataba hasta de no pensar en ellas. Recordando al gran filósofo, Kant, que había escrito en su carta: « Acordarme de olvidar á Francis, » su criado muerto; escribí en mis tabletas: « Acordarme de olvidar. » Pero aquello rayaba en la demencia y destrocé las tabletas.



Una noche á mi llegada á casa de Matilde, me recibió ésta con marcada frialdad. En vez de estrecharme amorosa entre sus brazos, uniendo sus labios á los míos, me tendió la mano derecha con ademán ceremonioso y con la otra, me entregó una carta, diciendo: «Lea Vd., Príncipe.»

Aquel Vd., aquel ademán glacial, me helaron la sangre en las venas; sentí huir el piso bajo mis piés, y como si un agudo martillazo me destrozara el cráneo. Me dejé caer en el asiento más próximo y traté de leer la misteriosa misiva. Era ésta una carta anónima, que revelaba á Matilde la existencia de mi novia rusa, mi partida, todo, en fin. ¡Estaba aterrado!

La reaccion se operó en mí de improviso, y al abatimiento del primer momento, sucedió un furor violento contra el infame, que pretendia alevosamente turbar mi dicha. Con la rapidez del relámpago, recordé que nos hallábamnos apénas en la mitad del mes. Hice mil pedazos el anónimo y echándome á los piés adorados de Matilde, la supliqué avanzásemos el momento de nuestro matrimonio. ¿Cuál era mi propósito? ¿Tranquilizar aquel corazón todo mío, y que un golpe pérfido acababa de herir? ¿Pero, acaso el traidor único era aquel que venía bajo el anónimo frio y cobarde, á destrozár el corazón amante que en mí confiaba? Los latidos acelerados del mio, me decían que no.

Contra mi esperanza, Matilde permaneció fría á mis caricias y me respondió afectuosamente con marcada firmeza: «Ladislaff, esperemos la llegada de la Princesa Zoutzo, te lo ruego.» El furor me devoraba, y para colmo de desesperacion, la entrada de una visita importuna, puso término á nuestro coloquio.

Más de una vez habia pedido á Matilde, cerrara su puerta á todo el mundo, especialmente en la noche. Pero ella, alegando los deberes que nos imponia á ambos nuestra posicion social, repetia: «Tenemos toda nuestra vida, amigo mio, para pasarlo siempre juntos, déjame pagar todavía este tributo á la tiranía de la opinion!»

Esto me disgustaba siempre; pero la sirena se habia apoderado por completo de mi voluntad, de mi conciencia. ¡Cómo hallar fuerzas para resistirla!

En aquella noche especialmente, la tiranía absurda de las leyes sociales, se me volvió más odiosa é insoportable que nunca. Matilde, que en los primeros tiempos no era susceptible de coquetería banal, me pareció entónces dispuesta á escuchar los galanteos insulsos de varios de sus frívolos compatriotas, que fueron llegando poco á poco. Entre los visitantes, apareció un Secretario de la Embajada de Italia en Petersburgo, por el cual tenía yo una antipatía instintiva y natural.

Aquel hombre conocia á mi madre, á mi novia rusa. Era para mí como la encarnacion del remordimiento; ademas, creia notar en su sonrisa obsequiosa, algo de servil que me irritaba. Oí que le podian tocar algunas melodías rusas y queriendo evitarle, me acerqué á una mesa en la cual habian algunos libros ilustrados.

Abrió al caso el Michel Strogoff, de Verne, ilustrado por Hctzel. Aquel conjunto de paisanos rusos, acudiendo á la feria de Nijni Novgorod, la melodía rusa que tocaba el italiano en el salon vecino, me trasportaron como por encanto á la lejana patria. Víme llegando al castillo de mis mayores, en lujoso trineo cubierto de pieles de oso, conducido por dos fogosos espumantes caballos negros, con arcos plateados y enganchados uno en pos de otro, cual si se persiguieran en rápida carrera; ví los mujicks con sus ropones largos y sus fujas rojas; la gorra de piel de zorro les daba esa expresion salvaje, tan grata, sin embargo, á todo verdadero Moscovita; ví las mujeres con sus pellizas ceñidas, sin mangas, con vivos azules, sobre faldas cortas encarnadas, guarnecidas de pesados bordados de colores y franjas doradas ó plateadas. Ví los tocados de tul y anchas placas metálicas con piedras incrustadas, sobre las macizas trenzas, rematadas con lazos de colores vivos. Oí resonar las argentinas campanillas de los trineos, cubiertos de pieles

lujosas y peludas; el reflejo del sol sobre la nieve deslumbrante marcaba el surco de los trineos con estrecha faja de plata. Reconocí los lugares, la avenida de olmos seculares, cubiertos de nieve semejando descarnados esqueletos, que conduce al Palacio de campo de los Príncipes Zoutzo. Llegué á las gradas. Allí estaba mi madre, con su ancha pesada pelliza de marta zibelina; aquella capa le venía de sus abuelos. En una mano tenía la espumosa copa de koumys, con que me daba la bienvenida, y con la otra me enseñaba con ademán severo el cementerio donde duermen los Zoutzo el sueño eterno. «Ilsa Petrowna se muere, porque tú eres infiel!» me dijo, y dos lágrimas congeladas brillaron en sus mejillas pálidas.

Penetré en el inmenso vestíbulo, donde reinaba silencio sepulcral; un canto funerario hirió mis oídos . . . .

«¡Cuanto te absorve ese paisaje,» oí que murmuraba dulce voz en mi oído; era Matilde, que con ademán cariñoso, tomando mi cabeza con ambas manos, imprimía en mis ojos repetidos besos, agregando: «Mira, ya estamos solos.» La visión huyó. La magia de aquel amor era absoluta. Nada podía resistirle. Olvidé en brazos de mi amada, todo, todo: amor y muerte de Ilsa Petrowna, patria, honor; hasta mi propia madre.

Pero Matilde parecía no poder dar al olvido ni

una línea de la infame misiva. Con femenina insistencia, empezó á dirigirme preguntas matiosas, con cierta gracia mezclada de ligera ironía, que me irritaba sobre manera. A pesar de los prodigiosos esfuerzos que hice para contener mi mal humor, una exclamacion brusca, importuna, se escapó de mis labios. Era la vez primera que mi amada veía en mí, una sombra de mal humor causado por ella. Su garganta dejó escapar un ahogado sollozo; se apartó de mi lado cubriendo el rostro con ambas manos y dió rienda suelta al llanto.

Algun demonio de esos, que se gozan en el duelo y en las lágrimas de los humanos, me impidió sin duda seguir el impulso de mi corazón amante, que hacía la adorada prenda me impelia; sus sollozos taladraban mi pecho irritando mi dolor; pero en vez de acercarme me alejaban. Me sentía culpable, me juzgaba odioso, y durante el espacio de unos segundos pensé en darle la muerte.

Permanecimos largo rato, distante uno de otro, en mustio silencio. Cesaron los sollozos de Matilde y no hallé el valor necesario, para descubrir aquel rostro adorado, humedecido por amargas lágrimas que yo habia hecho verter.

« Ludislaff, » dijo Matilde, rompiendo el silencio con acento dolorido, « olvidas que alguien asegura que amas á otra, á una Rusa, que de seguro te ama á tí que eres mio? ¿Qué yo detesto á esa rival

odiosa? ¿Por qué callas y me dejas llorar lejos de tus brazos?»

Esa queja dulcísima, derritió el ténpano helado que oprimía mi corazón. Volé á los brazos de mi amada, y con ardientes caricias y amorosas protestas, calmé por fin la tempestad celosa de su pecho. No sé dónde hallé elocuencia para mentir, y mentía sin reserva. Negué todo, todo: el ángel protector de mi esencia inmortal, debió entonces velar su luz divina al escucharme.

Cuando entrada ya la noche me separé de Matilde, hallábase ésta en ese estado de deliciosa calma, que sucede á las crueles tempestades del corazón; dulce confianza había penetrado en su alma. Sus últimas palabras fueron: «¡No, bien mio; tú no amas á otra, eso es una locura! ;Perdona mis celos imprudentes, injustos, tú no amas á otra!»

Aquella noche el cielo estaba cargado de vapores eléctricos; había en el aire algo de sofocante que no permitía respirar con libertad.

Á medida que me alejaba de la casa de Matilde, recorriendo á pié, la distancia bien corta que separa la calle St. Honoré, del Boulevard Haussmann, me parecía como salir de un largo sueño. Las palabras de la Baronesa vibraban en mi oído, haciendo resonar en mi alma écos adormecidos.

«Tú no amas á otra!» Había dicho Matilde; y en mí algo protestaba, gemía, contra tal asercion;

algo que dormía en lo más recóndito de mi sér y que acababa de despertarse. Tal, el buzo atrevido, despues de meses y aún de años, cuando descende á los profundos abismos del mar, encuentra allí intactos los tesoros arrebatados al navegante.

Si; yo amaba á otra. Matilde se engañaba; y esa odiosa rival, esa Rusa que en su furia celosa Matilde invectivaba, era la compañera de mi infancia, de mi pasado, la hermana adoptiva de mi corazón, mi prometida, la novia púdica y bella que me esperaba en la patria, para unir su suerte á la mia y perpetuar el ilustre nombre de los Zoutzo. Un dia solo, hasta mi partida de Rusia, no habia trascurrido, sin que juntos y tomados castamente por la mano, orásemos de rodillas al ponerse el sol, ante la Madonna griega con nimbo dorado, alumbrada dia y noche por la lámpara suspendida delante del lecho de la Princesa Zoutzo.

Ilisa Petrowna, con sus cabellos rubios, como la miés dorada, sus ojos de violeta y su tez de leche, habia sido para mí el tipo de la belleza femenina, hasta mi salida de Moscow. Esbelta, frágil de apariencia, y suave como el tipo más femenino, que ha creado Walter Scott, Ilisa Petrowna, era la encarnacion de Lucía de Lammermoor. La una como la otra, pertenecen á esa pléyade de almas angélicas, que han nacido ó para vivir amadas ó para

morir de amor, sin saber resistir ni luchar.

Llegué á mi hotel, y como movido por una fuerza sobrenatural, me dirigí instantáneamente á la caja de plata, donde guardo mis papeles de familia, cuya llave llevo siempre colgada al cuello. Allí estabau con las cartas de mi madre, las de Iltsa Petrowna. Comencé á leerlas una por una; y la placidez más deliciosa se apoderó de mí. ¡Cuánta dulzura en aquellas páginas virginales, de las cuales se escapaba ese perfume de frís y violeta tan simpático á los Rusos. Hasta en los caracteres anfiados y ligeramente tortuosos, hallé el encanto del recuerdo!

Yo habia enseñado á escribir á mi prima; y alguna vez, que con la cómica severidad de un profesor de doce años la reñía, por su torpeza; me dijo, con voz temblorosa y ojos enturbiados por el llanto: «No puedo Ludislaff, escribir derecho; eso es cosa difícil, que sólo puede hacerlo un hombre como tú.»

Me parecia verla de relieve ante mi vista, con su pellica de un azul celeste ménos puro que el de sus ojos, tocar las pesadas trenzas doradas que le cafan más abajo de la finísima cintura, que mis manos contenian sin esfuerzo. ¡Cuántas veces me divertí en ocultarle el cinturón de plata maciza, que la ceñía, diciéndolo con malicia, al verla afligida, porque mi madre, aunque cariñosa



y buena, era severa, como debe serlo toda matrona rusa: « Ilsa Petrowna, toma el collar de Fido, que aún creo te ha de quedar ancho. » Fido era mi perro de caza, un lebrél de raza pura, de cuello flaco y descarnado, que nos seguía en nuestras correrías.

Ilsa Petrowna me esperaba con fe ardiente y pura. La cándida paloma moscovita, que no conocía de la vida sino las dulzuras, no podía abrigar en su pecho, ni sospechas ni dudas. Hay almas que parecen amasadas de fe y de amor puro; en ellas no penetra jamás ni la aguda desconfianza que irrita, ni la amarga duda que mina.

¿Cómo había en mi corazón viril, sitio para otro amor, que el inspirado por aquella criatura angelical? Esta pregunta me la hice por vez primera, al terminar la lectura de las cartas de Ilsa Petrowna.

Profunda amargura se apoderó de mí. Semejante á la bestia feroz encerrada en estrecha jaula, comenzó mi alma á agitarse violenta por romper las trabas que por todos lados la cercaban.

A veces me parecía que en Rusia y sólo en la lejana patria, se hallaba la imagen adorada, tesoro de mi corazón; y otras sentía vibrar en mí sér la pasión ardiente arrebatadora por Matilde. Como un niño travieso y sencillo á la vez, busqué los retratos de Matilde y de Ilsa

Petrowna, que por un capricho inexplicable de enamorado, no tenía nunca á la vista y me propuse compararlos. ¡Puerilidad imperdonable! Así que aquellas imágenes, se levantaron ante mis ojos; la una en toda la plenitud de su belleza plástica y la otra con ese invisible encanto de una hermosura, que es más una promesa que una realidad, la magia de esas dos mujeres hechiceras, se apoderó de toda mi alma. Cubrí de amorosos besos ambos retratos y con un grito de pasión rabiosa, exclamé en alta voz :

« ¡Corazon débil y apasionado, á que negártelo ya; unas, adoras á dos mujeres á la vez y ha llegado el momento de escoger! »

Durante algunos instantes permanecí en un estado inexplicable, que llamaré suspensión del pensamiento. Espeso velo parecía envolver mi cerebro y mi pensamiento.

Como un sonámbulo inconciente, me despecé de mi ropa, despidiendo secamente á Ivan, cuya mirada de perro fiel, me torturaba y me decidí á dormir. Debí dormir algun tiempo; pues desperté de improviso con este pensamiento. ¿ Escoger? ¿ Por qué escoger entre la dulce Iitsa Petrowna y la apasionada Matilde? Es forzoso poscerlas á las dos, á toda costa, y no retroceder para conseguirlo, ni ante la culpa!

Sulté rápido del lecho, me vestí precipitadamente;

y como un criminal, salí furtivo del hotel. Iba en busca de un medio, de un expediente, que me sacara de aquel mar agitado en que mi espíritu se veía sumergido.

¿Cuál era ese medio? Lo ignoraba. ¿Pero por qué corría á buscarlo en las altas horas de la noche, en las calles más lóbregas y estrechas de l'Isle St. Louis; ese barrio desierto de París; nunca frecuentado por los ociosos paseantes de los brillantes boulevares?

¿Lo sabía yo mismo acaso?

Hay en el hombre fuerzas misteriosas, ocultas, que le mueven, que lo arrastran sin cesar, y que ninguna filosofía humana ha llegado á explicar satisfactoriamente. ¡Libres! ¿Cuándo somos realmente libres? ¿Es acaso cuando la inercia nos apaga, nos extingue, ó cuando la pasión nos impele, nos domina? El brazo que hiero, el corazón que aspira, ¿á qué ley de libertad obedecen? ¿Por qué mi pensamiento inquieto, se fijó desde luego en un hombre, así que al despertar de aquel sueño largo ó corto, volvió con la conciencia de la existencia, á brotar el manantial de la vida intelectual? Vas á saberlo.

Paolo Zanici, era un Armenio entrado en años, que había sido mi profesor de griego, durante mis primeros años, al cual mi madre, que era justa y exenta de caprichos femeninos, parecía, sin

embargo, tener marcada aversion, á tal grado, que un dia le vimos desaparecer de improviso del castillo y en aparente desgracia, como lo revelaba la actitud arrogante y aún airada de la Princesa, actitud, que contrastaba con la del humilde profesor.

Debo reconocer, que Zamei me era en extremo simpático, y que en mi calidad de hijo mimado, expresé á mi madre la pena que aquella separacion me causaba. « Olvídale, Ladislaff, hijo mio, » fué la respuesta que obtuve; « ese Armenio no es un hombre, sino un demonio. »

Aquellas palabras, en vez de volvérame odioso, me despertaron gran curiosidad, avivando, por más que me cueste reconocerlo, la simpatía que el anciano me inspiraba.

La barba blanca, que le caía hasta cerca de la cintura, los ojos centelleantes, sombreados por espesas cejas, de un negro de azabache, su palabra acentuada y pintoresca, su erudicion vastísima y un no sé qué de manso y apacible que se desprendia de toda su persona, me tenian cautivado. Mucho eché de ménos la presencia de Zamei y nunca llegué á olvidarle.

Cuál sería mi satisfaccion, cuando algunos años despues al llegar á París, topé con el Armenio en los boulevares.

Parecia que el tiempo no habia hecho mella sino sobre el jóven; el anciano, lo habia vencido,

aquellos ojos brillaban con mayor fuego, su actitud era la misma.

Las palabras de la Princesa Zoutzo, me ocurrieron desde luego á la memoria; pero el Armenio nada adivinó: mi mano estrechó afectuosamente la suya.

Desde ese momento, le veía con frecuencia; Zamei tenía entrada libre en mi hotel y aún le asistía con algunas dádivas, que el anciano aceptaba; pero no reclamaba nunca.

Jamás le visité en su casa; pero le acogí siempre con sumo agrado y sin descuidar preguntarle sus señas.

Sin darme cuenta cabal de la razón por la cual en mi terrible situación de espíritu, me ocurría acudir á Zamei, recordé vivía en l'Isle St. Louis, en el número 13, y corrí en su busca. Hacia más de dos meses que no lo veía.

Las memorias de la infancia son poderosas, inaborrables.

« Ese Armenio es un demonio, » había dicho la Princesa Zoutzo; y el hombre, que había dejado de ser niño, buscaba un alivio á su mal, precisamente en aquel elemento diabólico, que su madre cristiana le había indicado como un escollo terrible, del cual debía apartarse.

Á medida que andaba, ese pensamiento me asaltaba con mayor fuerza, y, sin embargo, un solo instante no pensé en retroceder, por el contrario.

Resonaban truenos lejanos; sus ecos cavernosos repercutían por doquier y anchas fajas de fuego cruzaban en zigzag la oscura bóveda del cielo. El viento lanzaba lamentos prolongados. Las calles estaban desiertas y la lujosa ciudad parecía cubierta por negro sudario.

Aquel no era el París de los alegres camaradas; el París bullicioso, con sus boulevares alumbrados por el gas é inundados por ese flujo de seres animados, que buscan la vida, el placer en los teatros, en los paseos, en los cafés; era una tumba solitaria, donde de vez en cuando la soledad se volvía más aparente, por el andar pesado de un borracho ó el paso lento y fatigado de una rotundataria engalanada y hambrienta.

En una callejuela oscura y tortuosa, hallé, después de mucho caminar, una casa de mezquina apariencia: era el número 13. Por una de las ventanas del tercer piso, que se hallaba abierta, apercibí al Armenio, recostado, fumando tranquilamente su larga pipa. Lluméle desde la calle con un silbido familiar, tal cual lo acostumbraba en mis primeros años; y sin demora me respondió:

« Bujo, Príncipe: te estaba esperando. »

Aquellas palabras aceleraron los latidos de mi corazón. Un relámpago cruzó la oscura noche: terror supersticioso me asaltó.

Zamei llegó á mí, me tendió la mano, y con acento blando y cariñoso, me dijo:

« Habla, hijo mimado de la fortuna, qué te falta hoy. »

De comun acuerdo echamos á andar.

Atento escuchó Zamei el relato febril, confuso, que le hice del estado de mi corazón, sin interrumpirme una sola vez. Sólo cuando el reloj de Nuestra Señora, frente á cuyas torres nos hallábamos, dió las tres, pues no habíamos cesado de caminar, contestó con frialdad:

« Comprendo! » y pareció quedar sumido en profundas reflexiones. Quiso insistir, quise explicarle la urgencia de una determinación; pero interrumpiéndome bruscamente, exclamó: « Es cosa fácil! » y continuamos andando en completo silencio: sólo se oían nuestros pasos y algunos truenos lejanos: la tempestad se alejaba, el viento caía y los relámpagos habían abandonado el cielo.

Caminando siempre en silencio, por las desiertas calles, sin encontrar alma viviente, llegamos frente á un edificio severo, alumbrado por una luz brillante que se destacaba sobre la oscura masa. El silencio me abatía.

« La Morgue! » dijo el Armenio, indicándome el edificio. Un estremecimiento nervioso agitó mis miembros fatigados. Las piernas me flaqueaban, el corazón se me estrechaba.

«Aquí,» agregó Zamei con animación, «y sólo aquí hallaremos lo que busco.»

No comprendiendo el sentido de esas palabras misteriosas, le pedí se explicara.

¡Cuán fatigado me hallaba! Solo mi voluntad tenaz, implacable, mantenía abiertos mis ojos: un sueño invencible, ridículo, me avasallaba. Misterioso poder de la materia!

El anciano agregó:

«Ladislaff, necesitas doblar, ó mejor, dicho desdoblarse tu cuerpo. Que hayan dos seres animados por el mismo sentimiento, dos corazones que amen con igual intensidad y que el Príncipe Ladislaff Zoutzo, pueda ser al mismo tiempo esposo de Ilsa Petrowna en Moscow y de la Baronesa d'Herville en París.»

«¡Sí,» exclamé, «eso es! Quiero ser doble, quiero poder amar libremente á estas dos criaturas adoradas, y no retrocederé ante nada para conseguirlo. ¿Me has comprendido?»

«Ante nada?» replicó el Armenio con ironía; «y retrocedes quizás, ante los celos, pasión estrecha y fugaz.»

«¡No te comprendo!»

«¡No me comprendes! ¿Por qué acudes á mí, que soy la ciencia pura? ¿Por qué el Príncipe Zoutzo, que conoce perfectamente al Polaco Gollirsky, su vivo retrato, cuya conciencia hubiera



comprado con un puñado de luises; por qué, repito, en vez de sacar partido de esa semejanza, cosa facilísima, ocurre al viejo Armenio ? »

En ese momento recordé en efecto la semejanza del Polaco y me sentí devorado por unos celos atroces.

« ¿ Cómo ? » prorumpí, con los dientes apretados, « querrias que ese aventurero, calzando mi nombre, mi título, se apoderara por subterfugio de mis novias idolatradas ? Querrias que los celos me devoraran y tornaran amargos todos los instantes de mi vida ! Zamci, eres un truidor, y yo voy á dar muerte al Polaco ! »

« Cálmate, insensato, que su cadáver no nos servirá de nada ! Aplaca tu rabia celosa y que sólo tu frágil inteligencia me escuche atenta. ¡ La ciencia y sólo la ciencia te ayudará ! ¡ Oh, ciencia ! » exclamó, levantando los ojos al cielo. « ¡ Cuándo serás tú la reina absoluta del universo ! ¡ Hoy eres instrumento de mezquinos, humanos intereses ! ¡ Cuando amarán los hombres lo bello por ser bello y no para servir sus estrechas pasiones. ¡ Quizá jamas ! »

El Armenio inclinó la cabeza sobre el pecho, permaneciendo mudo algunos instantes, que para mí eran siglos, rompió así el silencio :

« Sabe, Príncipe, que hay cierta cantidad de fuerza exparcida en la materia ; que teniéndola en continuo movimiento, produce todas las metamorfosis ;

que esta fuerza, pasa de un cuerpo á otro sin perder jamas nada de su intensidad, y es la misma que mueve los átomos y lanza los planetas en sus órbitas. Descartes dijo: «Que en toda materia hay cierta cantidad de movimiento que no aumenta ni disminuye nunca.» Pero en la materia, hay algo más que movimientos visibles, choques ó trasportes de masas: los átomos se agitan, se mueven como los cuerpos; dividamos esos átomos siempre en movimiento, á pesar de la inmovilidad del cuerpo. La materia es divisible al infinito. Gracias al fluido electro-magnético, al fluido vital que se compone de ambos y de una esencia propia, podremos, lo sé, animar un cuerpo muerto, mediante la constante agitacion ó movimientos de los átomos. **Miént**ras la descomposicion no llega, hay siempre posibilidad de hacer con el fluido vital, la trasmision que los cirujanos hacen con la sangre. Es fuerza dividir los átomos en partes iguales. Aquí en la Morgue, buscaremos un cuerpo sano, cuya vida haya sido interrumpida violentamente: es circunstancia esencial. Esta operacion difícil, la ejecuté con un perro de Terra-Nova, que tu madre, la muy noble Princesa, Silvia Michaela, lloraba amargamente, y que gracias á la trasmision del fluido, volvió á la vida. Pero la muy noble Princesa, me acusó de arte demoníaco y dió ella misma muerte al bello Selim. »

« Recuerdo, » exclamé, « que durante una semana mi madre lloró al favorito de que hablas. Pero recién comprendo el encono con que hablaba de tí: sólo si no acierto, cómo es, que si puedes volver la vida á un cuerpo muerto, en primer lugar no te haces millonario, gracias á tu poder, y luego que . . .

Me interrumpió bruscamente diciendo: « La muerte tiene sus derechos naturales, y ademá pocos son los vivos que se preocupan de volver la vida á sus muertos, sábelo. »

« En el caso actual, vamos á animar dos cuerpos; pero dudo halles en tí el valor necesario para resistir á la cruel operacion, que mi conocimiento de la disgregacion de los átomos requiere. »

« ¿ Dudas de mi valor ? No sabes que amo con frenesí y á dos mujeres á la vez. Todo, todo, por poder ser dueño de ambas. ¡ Hacerlas mías, verlas dichosas ! »

« Está bien, » respondió semáticamente el Armenio. « La vida que á tí te anima, puede, adalgazando su parte fluidica, llenar dos cuerpos, bastar á dos existencias. Pero quedarás dependiendo hasta cierto punto del otro y no podrás nunca tener una vida propia. »

« ¡ No me importa ! »

« Tu parte vital, animará el cerebro del otro y dará vitalidad á su corazon; pero no respondo de que algo en el temperamento de ese hombre, no

contrarie el uso completo de tus facultades; me explico: los órganos del enláver en el cual vamos á operar la trasmision del fluido vital, han servido ideas, pasiones, que en algo difieren, de seguro de las tuyas. ¿Sabes por qué no pensé desde luego en el Polaco, de cuyo cadáver hubiéramos sacado la ventaja de la gran semejanza física? Porque ese hombre no ama á nada, ni á nadie, y que una pasion, la del juego, por ejemplo, con su influencia plástica, va modificando los órganos, que á su vez le sirven de vehículo, disponiéndolos á albergar, á servir otra pasion. En el cuerpo de un jugador, tu pasion amorosa cuadraria admirablemente, que pasion por pasion, la tuya por esas dos mujeres, no es más vehemente que la del jugador que todo lo sacrifica, por satisfacer la excitacion nerviosa que determina el juego en su cerebro. Pero tu fluido vital en el cuerpo de Goljisky, no daría vibracion alguna. Ese Polaco es el egoísta más acabado que pesa sobre la superficie de la tierra. No, ántes es fuerza correr el riesgo de la falta de semejanza; que una enfermedad puede explicar, ó otro pretexto, que hallaremos segun el caso. »

« Pero no es seguro que encontremos al hombre que buscamos; además, cierta semejanza física es esencial; no ya, para lo que llamaré la parte filosófica de nuestro proyecto, sino porque esas

mujeres te conocen, te aman y están habituadas á tus formas físicas. No obstante, luego que tu parte vital anime un cuerpo jóven, como el tuyo, bien constituido; y á medida que vaya este fluido llenando vacíos, asimilándose á la parte que quiero llamar física, para tu comprension, la semejanza creada por la plasticidad inherente al consorcio de la materia, y su nuevo agente, aparecerá luego. Que los órganos se amoldan como la cera á cualquiera forma que quiera dárseles. Cuidaremos del color de los cabellos, del ojo y de la tez. »

« Y el tamaño, » agregó yo.

« Sí, pero esto es de menor importancia. El traje simplificará ese detalle y el andar que será idéntico; de ésto respondo. »

« Te haré observar, que tu memoria en el otro, quedará considerablemente disminuida, por ser escasa para suplir dos cerebros; y eso lo comprenderás, pues los órganos que transmitan esa memoria, siendo distintos, le servirán mal, y con alguna tardanza. No sucederá así con los órganos que llamaré materiales, para que me comprendas mejor. Ambos amareis igualmente, con idéntica intensidad; pero sufrircis lo mismo. Si el uno duda ó está celoso, lo estará el otro, con ó sin motivo; ciertas pasiones son del dominio material, especialmente. »

« ¿ Y me respondes que habrá dos Príncipes

Zoutzo, y que ambos podrán dar su nombre y su corazón, el uno á Iitsa Petrowna en Petersburgo, y el otro á Matilde en París ? »

« Te respondo de ello. Pero hallemos el cuerpo primero. »

En ese momento, llegó rodando ruidosamente, por la desierta calle, un carro cubierto por todos lados, que se detuvo delante de la terrible puerta. Del interior del misterioso carro, salieron dos hombres, y poco despues bajaron en silencio, algo que no distinguí bien ; pero que me pareció ser un cadáver humano. Á la luz de la linterna que llevaba uno de los hombres, el Armenio, despues de cambiar con ellos algunas palabras, examinó el cadáver, y le oí exclamar gozoso : « ¡ Esta sí que es suerte ! » Uno de aquellos individuos dijo luego algo que no oí ; sólo llegó á mis oídos la palabra *ahorcado* ; un frio de muerte me heló el corazón.

Entre tanto, Zamei hablaba en voz baja con los conductores del cadáver, que muy luego volvieron á poner su horrible carga en el carro misterioso, apagaron la linterna y uno de ellos gritó del interior : « ¿ Siempre el número 13 ? »

« Sí, » respondió Zamei ; y el fúnebre vehículo hizo resonar de nuevo las piedras de la silenciosa calle.

Quando el anciano se me acercó, me sentí estre-

mecer de espanto. Hizo un movimiento para huir; pero mis piés estaban como clavados al suelo.

« ¿Qué, tienes miedo? » exclamó el Armenio. Un sí abogado se escapó de mi garganta.

« ¡Y dices que amas! » Esto lo profirió Zamci con acento irónico y dejando escapar una ligera carcajada.

« ¡Sí, amo! Y amo tanto que ya el miedo me abandona! »

« Está bien, » respondió Zamci; « ven conmigo; vamos desde luego á proceder á la operacion: — ese cadáver está aún caliente. »

Mis cabellos se erizaron de espanto, mis dientes se chocaron de horror. El Armenio parecia no cuidarse de mí. Echamos á andar, tomados del brazo, ó mejor dicho, apoyado yo pesadamente en Zamci.

¿Por qué llegamos en breve al número 13 de la calle de la Poupeé, que ántes me parecia tan distante? No lo sé; sólo recuerdo que el carro misterioso nos habia precedido, y que ya por las escalera sabian el cadáver del ahorcado.

Un movimiento de irresolucion me hizo retroceder. †

« Anda niño, » agregó Zamci con tono ligero, « Ilsa Petrowna y Matilde te esperan. »

Aquellos dos nombres me galvanizaron; subí apoyado en el Armenio.

« Ahí queda! » dijo la voz de uno de aquellos

hombres, cuando pisábamos el vestíbulo, oscuro como una tumba. « ¿ Cuándo debemos volver por él ? »

« Nunca, » respondió Zamei secamente; « ya sabes que te pago bien. » Oí resonar el ruido de piezas de oro, y yo maquinalmente, eché mano al bolsillo y tendí al Armenio, algunos luises, que este dió igualmente al hombre que nos vendia el cadáver.

« ¿ Qué, se lo van Vds. á comer ? » preguntó énicamente el individuo á quien acabábamos de pagar.

« Quizá ! » respondió Zamei.

Aquel *quizá*, me causó un terror pueril.

« Buenas noches, » dijeron al mismo tiempo dos voces avinadas, y pesados pasos hicieron crujir la escalera.

Zamei entró en su habitación, yo le seguí.

« Desnúdate, » me dijo. « míentras yo despojo al otro. » *El otro* estaba tendido sobre una mesa de mármol negro, colocada en medio de la habitación que era estrecha, de suerte que los piés del cadáver tocaban la pared, lo mismo que su cabeza rubia, de una palidez amoratada.

« ¡ Desnudarme ! ¿ Y para qué ? »

« Ah, el espanto me . . . . »

.....  
 Apenas habia pronunciado Ladislaff estas palabras,



con un acento en el cual se pintaba un horror indescriptible, sentí abrirse una puerta.

El criado que me habia introducido cerca del Príncipe, acercándoseme con un semblante en extremo grave y acorrajado, me dijo: « El señor Barón no puede permanecer aquí por más tiempo, la hora del acceso va á llegar. »

¡Qué atroz revelacion! Mi pobre Ladislaff estaba loco y ya las convulsiones precursoras del terrible mal contraian su bello rostro desencajado.

Aparté con dolor la vista de aquella ruina viva, y dejé la estancia con el corazón oprimido. Ivan cerró tras de mí la puerta en silencio. Gruesas gotas de sudor mojaban la frente del siervo fiel.

Se oyó un rugido espantoso; y sin poderlo remediar, eché á correr como un furioso, por los suntuosos salones de la mansion del demente.

.....  
.....

Al día siguiente, cuando me preparaba á dejar á Peteraburgo, me aboqué en la estacion con el más alegre y frívolo de todos los *attachés* de Legacion: el Conde de Luzac. Su vista me recordó naturalmente al pobre Ladislaff; era aquel primo que lo presentó á la Baronesa d'Herville. Sin duda mi cara revelaba lo que por mí pasaba, pues el alegre diplomático me respondió, como si yo hubiera formulado mi pregunta claramente, con palabras.

« Comprendo tu curiosidad natural ; deseas saber en que paró Matilde é Iitsa Petrowna. »

« Verdad ! »

« El tren no sale, » agregó, « sino dentro de diez minutos, tiempo más que necesario para hacer el epflogo del amoroso lance. Quitate la pelliza que te sofocará en la sala de espera: ven que el frio coría. »

« ¡Y bien ! » exclamé con ansiosa curiosidad.

« Y bien ; mi prima ignoraba, segun ella misma asegura, la pasion del Príncipe, que como tú sabes, nació como la de Romeo, á primera vista. Repite la Baronesa, que su asombro de mujer elegante no tuvo limite, cuando el fogoso Moscovita, á quien ella nunca tomó á lo serio, echándose á sus plantas cierto dia, le ofreció su corazon, su título y su mano ; mano, que entre paréntesis, todo París sabia comprometida. Aquí, para entre nos, creo que la hermosa d'Herville, cometió el muy venial pecado de coquetería con el ultra inflamable Ladislaff, que fué con ella gran señor y *bon prince* en toda la acepcion de la palabra ; pero romanesco en demasia. La hermosa prima, luego que se cansó de recibir presentes y ramilletes archicaros del rabioso Moscovita, con ese aplomo infernal de la Parisiense mimada, que conoces, echó á un lado al importano adorador ; y creo lo hizo con femenina, traidora perfidia. ¡Pero qué diantre !

¡Quién se enamora á ese grado en este siglo positivo! »

« ¡Ah mi pobre Ladislaff! » exclamé. « Toda mujer coqueta debiera ser perseguida como se persigue á un criminal! »

« Eres severo, » dijo con fatuidad el attaché.

« ¿ Pero, Ilsa Petrowna? »

« ¡ Ah, Ilsa, la Rusa! Puesta al corriente por las buenas almas de la colonia Moscovita en París, de las infidelidades, muy platónicas de su novio, y de cierta exaltación, que llamaremos, si quieres afectuosa, para no chocar tu amistad por el pobre Príncipe, Ilsa Potrowna, digo, hizo sus cálculos, aunque sencilla y pura, y aceptó con los 80 años de Lord Sanford, sus treinta mil libras esterlinas de renta. Creo que este cálculo, que era exacto, causó, sin embargo, algo como la muerte de su tía la vieja Princesa Zoutzo. ¡ Hombre! ¡ Familia de sensitivas! Cosas del mundo!

« Sí, » le respondí, « y entretanto, el pobre Ladislaff » . . . . .

El silbido de la locomotora me interrumpió, recordándome la hora de la partida y me apresuré á ponerme mi pelliza.

Cuando subí al wagon y que el brillante attaché me estrechó la mano, por la portezuela, con elegante desenvoltura, no pude prescindir de decirle al ver su frente tersa, su mirada alegre y

frívola, exenta de pensamiento, si me es permitido expresarme así.

« Tú no has de perder el juicio por mujer alguna, Luzac, y creo que el amor en tu corazón poca ó ninguna mella ha de hacer jamás! »

« ; Amen! » Respondió con afectada gravedad el elegante *attaché* y el tren se puso en marcha.

---





---

LA LOCA.

—  
*AL POETA D. P.*

---





## CAPÍTULO I.

### Presentimientos.

« ¿Pero qué empeño tienes, Enrique, en hacerme conocer á ese amigo ?

« Dices que te quiere mucho. ¿ Acaso yo no te quiero mucho, muchísimo más que él ?

« Te lo repito, estoy celosa de ese amigo tan perfecto, tan necesario . . . De ese Teniente Rodríguez, que va á interponerse entre los dos, robándome tus miradas, tu cariño, quizá. »

« Picarona, como de costumbre, pretendes que tu Capitán haga la voluntad absoluta de esos lindos ojos » . . . .

« Pero por esta vez voy á resistirles, paloma mía, voy á decir: nó. Alfredo desea vivamente ser presentado á mi novia; y no es justo, que un camarada de la infancia, mi mejor, mi único amigo, ni de vista siquiera, conozca á la futura de su jefe. Es decir, á su *jefa*, como ya se permite llamarte, el muy osado. »

« Hágase la voluntad de mi señor novio y tirano, »

respondió Julia con un mohín de niña mimada, dirigiéndose al piano de mal humor.

« Tormenta de verano, » dijo para sí Enrique; y dejando escapar el enojo de su prometida, por la válvula salvadora de la más ruidosa polka de Czerny, tocada con un brio digno de Strauss, armó pacíficamente un cigarrillo, y comenzó á pasearse por el ancho patio, rodeado de lustrosos jazmines del cabo en plena florecencia; no sin lanzar de vez en cuando furtivas miradas á la bella Julia, que al parecer tocaba sin pestañear.

Como la polka durase y el silencio entre los novios se prolongara, la madre de Julia, que había escuchado el diálogo desde su silla de hamaca, se acercó al Capitan Jimenez, y con acento jovial y sonrisa carifosa, le dijo:

« Estamos de riña, según veo, y como siempre, el piano es el confidente? »

« Sí, de riña. »

« Enrique, Vd. la mima demasiado. Ojalá no le pese. »

« ¡Cómo no he de mimarla, si la adoro! » exclamó con pasión el enamorado Capitan.

« Bueno, hijo, bueno; pero Julia es caprichosa, tenaz, y su antipatía por el Teniente Rodriguez, un amigo, casi un hermano de Vd., á quien tanto quiere, no es sino capricho indisculpable de mimosa. »

« Pretende Julia, qué sé yo, » agregó riendo Jimenez, « haber soñado que Alfredo va á causarle un gran daño, y que desde el momento, en que ponga aquí los piés, he de dejar de quererla. Dios mio, si me parece que vivir y no amarla, me sería tan imposible como vivir sin respirar. »

« ¡ Entusiasta ! » dijo la futura suegra, con ojos húmedos y voz temblorosa. « En breve va Vd. á reemplazar en esta familia al hijo malogrado . . . qué digo, ya lo reemplaza. » Y la buena señora abrazó enternecida al bizarro Capitan, que á pesar de su talla de granadero y sus bien adquiridos galones, sintió algo líquido deslizarse por la atezada mejilla.

« Se lo repito, Julia es demasiado cavilosa, cree en agüeros, en sueños, en cosas que no hacen sino apartarnos de la buena senda. Yo he querido corregirla, no he podido, que quizá también he sido » . . . .

« Débil como yo. ¡ Ah ! quién no lo será con Julia » . . . .

« Sí, hijo, pero las agüerías no sólo son pecados, sino motivos de sufrimiento, ya Vd. lo ve. »

Eutretanto habia llegado la noche, y en la sala donde con nerviosa maestría continuaba Julia tocando vibrantes mazurcas, tras vales y redowas cadenciosas, la china Antonia habia encendido la

lámpara y colocádola sobre la mesa del centro.

De repente cesó la música y resonó un grito de espanto, seguido de un angustioso « ¡Enrique! »

El Capitan y la madre se precipitaron en la habitacion y hallaron á Julia pálida, desfavorida, con los ojos dilatados, fijos en un objeto, que se agitaba inquieto alrededor de la luz: era un murciélago.

« Por Dios, Enrique, » balbuceó con acento doliente la jóven, ocultando el bello rostro en el pecho de su novio, « que no vea yo ese animal, que no se me acerque, ó me muero! » Y se estremecía como la hoja que el viento combate.

« Sí, vida mia, pero cálmate, no tengas miedo, que no ha de hacerte daño. Voy á matarlo. » Y el Capitan trataba de desprenderse de los brazos que le asían. Pero fué en vano.

Julia, sollozante, exclamó:

« ¡No, no le mates tú, Enrique mio, no manches tu espada con la sangre del pájaro del Diablo! »

« ¡Monona! » respondió sonriendo el Capitan « no voy á servirme de mi espada para matar á ese débil animalito. Para echarle fuera, bastará un pañuelo ó un . . . »

« ¡Plumero, » agregó la madre, corriendo en busca de Antonia, que no tardó en aparecer triunfante, blandiendo el vistoso plumero de rojas y amarillas plumas.

La lucha fué tenaz. El murciélago atraído, deslumbrado, por la luz, volaba tan bajo, que por momentos chocaba de un aletazo la pantalla verde que cubría la lámpara; en otras ocasiones se remontaba, ensanchando su vuelo, hasta tocar las paredes blancas como espuma, de la elevada sala blanqueada con cal uruguayana.

Sobrecogida Julia, cada vez que el queiróptero revoloteaba sobre su cabeza, prorumpía en sollozos y en gritos de espanto, estrechándose mimosa contra aquel corazón que latía de ternura y de dulce emoción, al sentir las caricias que el miedo arrancaba á su tímida novia.

Corrían de un lado á otro, la mamá armada con una toalla y la china Antonia esgrimiendo el plumero; el murciélago volteaba fantásticamente alrededor de la luz, describía círculos concéntricos sobre las cabezas de sus perseguidoras, reflejando su sombra diabólica en el techo.

« Es cosa del mismo Demonio, » repetía jadeante la china, y plumerazo iba y plumerazo venía. Mientras el aguerrido Capitán imposibilitado por aquellos luzos dulcísimos que lo mantenían prisionero y cariñosamente le oprimían, calmaba el espanto de la joven con expresiones amorosas, murmuradas en blando acento en su oído, resonó un golpe ruidoso en la puerta de calle.

La dueña de casa exclamó: « Visitas ! Ahora no nos faltaba otra cosa ! » Y de un tohallazo, volteó la pantalla, que protegía la lámpara, cuya luz rojiza y humeante, dió á los objetos un tinte siniestro.

Poco despues, apareció en la puerta de la sala un jóven oficial, que se detuvo en el umbral por algunos instantes.

« El murciélago ! » gritó la china avanzando plumero en mano; y el recién llegado, blandiendo una varita flexible que traía derribó con un ligero golpe al ciego fatigado murciélago, y lo oprimió luego cautivo, haciéndolo crugir sin piedad bajo su pié pequeño, finamente calzado.

« ¡ Qué horror ! » exclamó Julia; lanzó un ahogado quejido y cayó desmayada en brazos de su novio.

Siguióse luego una escena de confusion, que duró algunos momentos; pero no tardó, sin embargo, en restablecerse el perdido equilibrio, que doña Martina Alcántara, era mujer serena y enemiga de escenas.

Bastaron algunas gotas de agua fria, lanzadas al rostro de la aterrada jóven, un poco de agua de Colonia sobre las sienes y algunas palabras como éstas :

« Hija, por Dios, está aquí el Teniente Rodriguez ! ¿ Qué va á pensar de tí ? Vamos, nada de mimos. »

Julia entreabrió los ojos, se puso de pié con esfuerzo y con una semi sonrisa, acompañada de un « Dispense Vd., caballero ! » pronunciado con voz trémula ; escusó su desmayo.

Rodriguez, que á pesar de su poca edad, pues sólo tenía veintitres años, era un jóven de maneras fáciles y no carecia de mundo, echó á la broma el incidente, y logró despejar hasta la más leve sombra de malestar.

De un plumerazo, esta vez hábilmente dirigido, desapareció el murciélago ó lo que fuera tal ; pero su magullado cuerpecito, marcó una huella negruzca en el lustroso pavimento de la sala.

La lámpara recobró su pantalla, y el Capitan Jimenez, tuvo al fin en esa noche la satisfaccion de ver acogido como amigo de la familia, en casa de su novia, al Teniente Alfredo Rodriguez.

---





## CAPÍTULO II.

### Ilusiones.

La música es vínculo que pronto estrecha las amistades.

Julia tocaba bien el piano, y Alfredo era un distinguido guitarrista: ejecutando duos, no tardaron en ponerse en completo acuerdo musical, los diletanti, con gran satisfacción del Capitán y doña Martina.

Desde aquella primera visita, Rodríguez volvió todas las noches.

Nadie hubiera sospechado al ver la reinante intimidad, que pocos días ántes, por no conocer al simpático guitarrista, la mimosa Julia, ríera desapiudada con su novio, durante más de una hora.

¿Qué ha sucedido? ¿Porqué la antipatía se ha trocado en amistad?

Simplemente, porque no habia base alguna para tal antipatía, y que Alfredo era cuanto asegurara Enrique á su prometida. Es decir, un excelente

muchacho, que de seguro profesaba á su amigo la más entusiasta ternura fraternal.

La música, la conversacion y los paseos á caballo en las noches de luna, dejaban correr muy agradablemente los dias que aún faltaban para realizar el enlace de los enamorados.

Una tarde pidió permiso Enrique á Julia, para ausentarse el siguiente dia por algunas horas.

« He recibido, » le dijo, « invitacion para el baile que en el Rosario da mi antiguo jefe, el General Gomez ! »

« No quiero que rayas ! » exclamó Julia secamente. « No quiero, y no quiero. »

« Pero por qué, vida mia ? »

« Porque nó ! » repitió secamente la jóven, y volvió la espalda al Capitan.

Sin prestar gran atencion al coloquio de los novios, tocaba la guitarra Rodriguez, al parecer completamente absorbido por la música; pero, como Julia se le acercara silenciosa, dejó de tocar, y con cierta ironía preguntó á la jóven si « estaban de pelea. »

« No; era una liceucia que me pedia Enrique, y yo le negaba, pero despues de pensarlo . . . . se la concedo. »

« ¿ De veras ? » exclamó gozoso el Capitan, si es así, te prometo . . . Pero qué puedo yo promerte á tí, si todo cuanto tengo y siento es tuyo,

preciosura. Mira; te prometo no dormir hasta la vuelta, y no bailar con nadie. ¿Estás contenta?»

«Sí!» balbuceó Julia sonrojada, pues su novio la habia estrechado amoroso entre sus brazos, besándola con repeticion en la mejilla.

Alfredo tocaba nuevamente la guitarra, y parecia no preocuparse de la reconciliacion de los amantes.

Partió muy de madrugada Enrique. Su ausencia no debia durar sino dos dias; la fiesta era en el Rosario, y el apasionado Capitan contaba volverse sin pérdida de tiempo á San Nicolas, donde habitaba su novia, al terminarse el baile.

Cuando un hombre está profundamente enamorado como lo estaba Enrique, sienta la ausencia con gran intensidad, y nada llega á distraerle por completo de la imágen encantadora que lo avasalla.

La fiesta fué suntuosa; no faltaba en ella un conjunto de bellezas femeninas más ó ménos perfectas y tentadoras, que en cualquier otra circunstancia, hubiera hecho perder al fogoso Capitan toda la gravedad de que se revistiera en esa noche, como de un aislador. Pero habia prometido á Julia no bailar, y se habia jurado á sí mismo no descartarlo. Así, pues, con estóica indiferencia, paseó sus miradas de conocedor sobre las hechiceras Santafesinas, y pretestando calor, arrastró

fuera de la sala de baile á su ex-jefe, seduciéndole con un habano de lo más esquisito y tentador.

Rayaba el alba cuando Enrique, que no había bailado, pero había jugado y ganado sin que la fortuna le abandonara un instante, dejó la casa de su General. Prometiéndole éste, no sólo asistir á su boda en el mes entrante, sino también servirle de padrino.

Contento, muy contento, se sentía el gallardo Capitán en esa madrugada, y como jurara á su amada no dormir, queriendo á fuer de fino amador no faltar á la palabra empeñada, montó á caballo, á fin de descansar galopando, las horas que aún faltaban para la salida del vapor.

Hacia un tiempo admirable; el sol naciente sonrosaba con sus tintes cálidos la ancha faja del horizonte, despejando el azul del cielo de las parduzcas nubes de la noche, y la brisa húmeda refrescaba el aire despertando en sus nidos los dormidos pajarillos. Galopaba á sus anchas el bizarro Capitán por esas verdes colinas que rodean al Rosario, aspirando voluptuosamente el aire fresco de la mañana y el olor balsámico del trébol plateado por el rocío.

Momento propicio, para hacer desfilar en mágico cortejo, que la imaginación evoca, el brillante conjunto de dádivas varias y preciosas que la fortuna

se complace en prodigarle. Una á una válas contando, pesándolas el venturoso hijo de Marte, y su pecho se ensancha de contento, de orgullo, al sentirse realmente feliz.

¡Quién es aquel que en algun momento de su vida, no ha sido justo y aún reconocido para con la suerte!

Se entiene que no hablo de los desdichados; hoy mi héroe es un hombre joven, bello, amado, rico, sin ser millonario, valiente, con un grado militar que lo levanta ya muy en alto y le prometo en el porvenir mayor encumbramiento. Todo esto lo sabe Jimenez, lo recuerda en esa mañana de Noviembre, y su imaginacion se complace en detallar, en analizar sus tesoros, no con la parsimonia estrecha del mezquino avariento, sino con la prodigalidad rumbosa del rico, que sólo cuenta sus riquezas para poder gustarlas con regia liberalidad, desparrumándolas á todos los vientos.

El amor de Julia es la más pura nota de aquella melodía encantada; y toda vez que el recuerdo de su novia acelera los latidos del corazón amante, las rodillas del joven oficial oprimen los hijares del ágil tordillo y el parejero tiende el delgado cuello, dilata sus anchas narices, relincha brioso y corre con rapidez vertiginosa como desafiando el Pampero.

---



## CAPITULO III.

### La vuelta.

Dos dias ha durado la ausencia de Enrique, y si Julia tiene buena memoria, debe recordar ser ese el término fijado por Jimenez y aprobado por su amorosa exigencia.

A su vez Enrique, que se considera el hombre más feliz del globo, por el mero hecho de haber desembarcado en San Nicolas de los Arroyos, reprime la natural impaciencia y con paso rápido se dirige á su habitacion; allí emprende la grata tarea de embellecerse, para volar donde le espera su amada, y resarcirse de la privacion ya pasada felizmente.

Pensó un instante mandar á su asistente á anunciar su llegada; pero desechó luego la idea, deseoso de saborear, hasta la dulce sorpresa que iba á transparentarse en aquellos ojos parlos encantadores. Como buen epicúreo, prefere no perder un ápice del placer que le espera.

Por un baño perfumado comienza el hermoso Capitán su taren. Mientras el agua límpida en que sumerge su bello cuerpo, que recuerda el de Endimion, le cubre con líquido manto trasparente, hasta el arranque del pelo, su memoria le retrata fielmente las perfecciones de Julia. Chorrea las gotas cristalinas de sus negros cabellos ensortijados, para deslizarse despues como diamantes sobre su poblada barba, ligeramente rizada.

En voluptuosa inmovilidad, cierra Enrique los ojos y ve con lucidez de sonámbulo á Julia, tal cual la vió, por vez primera, con el delgado talle ceñido por estrecha amazona azul turquí, montando un caballo enteramente blanco, sobre el cual se destaca primorosamente su busto de Diana cazadora.

Deslumbrado, arrullado por la mística vision, iba el enamorado Capitán á caer en un sopor muy explicable, en quien como él habia cumplido tan á la letra la palabra empeñada, cuando Juan el asistente, entró de improviso y le presentó un jabon de rosa flamante, que muy pronto levantó blanca y olorosa espuma en la ancha bañadera.

Un traje completo de brin blanco, recién llegado de Buenos Aires, vistió el coqueto novio; anudó luego con elegante descuido una corbata celeste, bajo un cuello volcado, que permitia ver su pescuezo modelado con perfeccion estatuaría, y el



cepillo dió á sus cabellos lustrosos y ligeramente húmedos, el toque final que les faltaba.

Cuando una vez terminada la toilette salió Jimenez de su casa para encaminarse á la de Julia, su porte distinguido realzado por el cuidadoso atavío de toda la persona, bien justificaba el nombre del *buen mozo*, con el cual sus camaradas del 14 de Línea lo habiau bautizado.

---



## CAPÍTULO IV.

### Desventura I

Llegó por fin Enrique al tan deseado umbral, y sin tocar el llamador, por la gran familiaridad que con las señoras tenía, cruzó el zaguán y entró en el patio, regado como de costumbre. Los jazmines, más floridos que nunca, destacaban su nota blanca sobre el lustroso verde de las plantas: el aire estaba tan cargado de perfume, que producía vértigo.

No escapó ninguno de estos detalles al enamorado, que extrañó solamente hallar cerradas todas las puertas.

«¿Habrán salido?» dijo en voz alta involuntariamente; y sin perder tiempo, empujó la puerta del comedor, que con gran sorpresa de su parte, no cedió al impulso, que con repetición le imprimiera.

«¡Cerrada! Es extraño,» y sin vacilar llegóse á la de la sala, que se abrió desde luego, apareciendo

en ella la china Antonia, que con cara muy grave y voz algo seca, dijo: «Ahora viene la señora,» é hizo ademán de retirarse.

«¿Cómo estás, Antonia?» preguntó familiarmente Enrique, sin reparar en la actitud hostil de la sirvienta, notándola solamente, al pronunciar ésta un «no sé» muy seco y desaparecer luego.

«¿Qué tiene esta muchacha?» dijo para sí Jimenez. Y en ese momento vió aparecer por la puerta del interior á doña Martina.

«Mama querida,» exclamó el Capitán, abriendo los brazos para estrechar en ellos á la madre de Julia. Pero ésta, rechazándole vigorosamente, dejó escapar palabras que produjeron la más extraña confusión en la mente del desconcertado novio.

«Atrás, traidor, yo ya no le conozco!»

«Madre . . . señora ! . . . » balbuceó Enrique, con un tono en el cual se confundían la tristeza y la sorpresa.

«¿Me rechaza á mí? ¿Y por qué?»

«Á Vd.» agregó secamente la matrona. «A Vd. que mancha con su jactancia la honra de mi hija.»

«Yo, señora . . . yo que la adoro!»

«Sí, Vd., que aparenta lo que no siente y se alaba de lo que nunca obtuvo ni obtendrá.»

«¿Por Dios, señora, qué significa en sus labios este lenguaje? Por favor, explíquese Vd., que me

enloquezco; » y Enrique intentó tomar una de las manos de la señora.

« Déjeme Vd., mal caballero! » exclamó airada doña Martina.

« Vd. puede insultarme, » murmuró tristemente el jóven, « de Vd. á mí no cabe insulto, madre! »

« Ese título yo se lo retiro con la mano de mi hija, hombre desleal. De mi hija amada, que nunca pensó Vd. seriamente en hacer su esposa! »

« Por caridad, señora, explíquese Vd.! » exclamó con exaltación Enrique, que creía soñar, y sintiendo que el piso huía bajo su planta, se dejó caer sobre una silla.

« Salga Vd. de casa! » agregó sin piedad la madre airada. « Vaya Vd. á alabarse al Club de esta nueva hazaña! »

« Comprendo! » exclamó con voz vibrante, Enrique. « El calumniado soy yo, y á costa de mi vida quiero probárselo. ¿ Pero quién ha podido? » . . .

« ¿ Quién? » repitió doña Martina con ironía. « Pregúntelo Vd. á su conciencia. »

Enrique Jimenez tenía uno de esos temperamentos mausos, que rara vez se dejan llevar de improviso por la cólera; en él esa pasión obraba subterráneamente, por decirlo así, como el agua que lentamente va atravesando grandes distancias sin ruido ni lucha, hasta surgir de improviso á la superficie de la tierra en borbotón confuso y hasta bullente.

Sintió el ofendido amante que la ira se apoderaba de sí, y sin embargo, aún pudo dominarse.

« Déjeme Vd., señora, hablar con Julia, » dijo, poniéndose de pié, fijando en la ofendida dama una mirada entre colérica y dolorida. »

« Es inútil; ella sabe ya quien es Vd. y lo desprecia. »

« ¡ Por Cristo bendito ! » rugió, más bien que no exclamó, el Capitan furioso.

« Sin oirme, sin esperarme, Vds. me han juzgado y condenado ya ! » Y con ademán frenético, tomó de un brazo bruscamente á la señora.

Poro su furia se calmó instantáneamente y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, cuando con desapiadada frialdad doña Martina respondió: « Ahora ya no le falta á Vd. más que levantarme la mano ! »

« Tiene Vd. razon, nana, » murmuró con desaliento Enrique, « déjeme darle ese nombre todavía. No me rechace: acabo de comprender recien toda la extension de mi desgracia ! » Y dirigiéndose á la puerta, agrogó, con voz ronca y temblorosa: « Esta noche va á morir un hombre ! Será el calumniador ó el calumniado ; de todos modos Vd. quedará satisfecha ! » Al pronunciar estas palabras, Enrique salió de la sala y de la casa con el corazon partido.

¡ Ay ! De qué distinta manera habia entrado !

---

## CAPÍTULO V.

### Alfredo.

Cegado por el furor, corrió el desventurado Capitán en busca de su mejor amigo, de aquel hermano de adopción, confidente íntimo de sus pensamientos, de sus aspiraciones.

Alfredo y sólo Alfredo podía ayudarle á desentrañar el origen de la horrible calumnia que venía tan de improviso á desbaratar sus amorosos planes.

Con paso rápido se dirigió al café donde se reunían de costumbre los oficiales de su batallón, y desde léjos apercibió á Alfredo parado en la puerta. Éste, que parecía esperarle, así que le divisó, le salió al encuentro, y con voz seca, exclamó:

« Sé que me buscas, Enrique! Aquí me tienes! »

« Vente conmigo, Alfredo! » respondió Jimenez, tomándole por el brazo.

El Teniente, desasiéndose bruscamente de su

amigo, agregó con frialdad glacial: «Ya sé lo que quieres de mí, estoy pronto!»

«¡Ira de Dios!» exclamó Enrique, comprendiendo la traición. «¡Tu actitud hostil es por demás reveladora!»

«¡Piensa lo que quieras, que no tienes tú más ansia que yo de terminar la contienda!»

«¡Miserable! . . . ¿Luego confiesas?»

«Yo no confieso nada . . . sino mi odio!»

Al oír tales palabras, Jimenez hizo ademán de tomar por el cuello al Teniente; pero Rodriguez se lo impidió, retrocediendo bruscamente algunos pasos, á la par que con fijeza, dijo:

«Uno de los dos está de más, Enrique, y solo el filo de la espada puede ahora decidir nuestra suerte!»

«¡Villano! Pero tú ya te has encargado con tu lengua viperina de allanarte, cobarde, el camino.»

Y plantándole el puño en el rostro, el Capitan agregó fuera de sí:

«¡Esto mereces, canalla!»

Al ruido del rápido altercado, acudieron varios oficiales y rodearon á los contendientes, siguiéndose un debate ruidoso, en el cual Alfredo guardó siempre inalterable reserva. El furor de Enrique, que había llegado al paroxismo, estallaba, por lo contrario, en todo género de denuóstos y frases injuriosas, que no conmovían á su camarada. Pálido,



silencioso, y sombrío, Alfredo se dejaba impasible insultar. Pero aquel furor reconcentrado, frío, revelaba más odio que la bullente cólera del ofendido Enrique, que parecía un demente ofuscado por la cólera.

---



## CAPITULO VI.

### El duelo.

El odio no espera. Enrique y Alfredo se batieron aquella misma noche al toque de las nueve, en el Alto-Verde.

La luz amarillosa é incierta de una luna naciente, alumbró dos grupos silenciosos, que por caminos diferentes llegaron con militar exactitud al lugar de la cita.

La figura de Jimenez, vestido todo de blanco, se destacaba de relieve entre las sombras de la noche y parecía atraer fatalmente no sólo las miradas, sino la bala del enemigo.

Pero aquellos hombres, no iban á fiar el éxito de su terrible contienda, al capricho falaz de una bala; el aborrecimiento que hervía en sus pechos, tenía que abrirse paso con el cortante golpe de la espada, que mata al parecer directamente y satisface más por completo el furor del combatiente, que exhala su ira cansando su brazo.

Durante algunos instantes, las espadas se chocaron

chispicantes. Los adversarios, de igual fuerza en la esgrima, cegados por la cólera, se apestaban furiosos golpes inútiles; de sus pechos jadeantes se escapaba anhelosa la respiracion, y el cansancio les obligó á interrumpir un instante la lucha.

El acerado chirrido de los grillos acentuaba el silencio, interrumpido sólo por las vagabundas ráfagas del viento que hacia oír su nota quejumbrosa en la alameda.

Comenzó de nuevo la lucha con mayor brio. Las espadas se encontraban, se buscaban ávidas, como dos bocas amorosas que ansian por el beso embriagador.

Una nube cenicienta que cubrió la luna, produjo de improviso espesas tinieblas.

Atravesado de un puntazo cayó de espaldas un hombre, lanzando ahogado quejido. Era Rodríguez! Todos le rodearon ansiosos.

En medio del pecho tenía clavada la espada.

¡Era la muerte! Bien lo sabia el médico arrodillado al lado del herido, cuyo silencio, ánte las preguntas de los testigos, era por demas expresivo.

« ¡ Enrique! » murmuró Rodríguez, y apesar de ser aquel Enrique apénas un soplo, lo oyó Jimenez y se acercó bamboleante como un hombre ebrio á su amigo derribado.

« ¡ Perdon! » balbuceó el moribundo, y el matador fuera de sí, sin darse cuenta de lo que hacia,

arrancó bruscamente el arma mortífera. Un borbotón de sangre se abrió paso por la ancha herida y salpicó con gruesas gotas calientes el rostro y el pecho de Enrique. Un suspiro ahogado . . . y espiró Alfredo.

La luz de la luna despejada de nubes, bañó con sus rayos oblicuos el fúnebre grupo.

Como Orestes, perseguido por las furiosas Euménides, corrió desahogado hácia la ciudad el desventurado Enrique, con los ojos hoscos y los cabellos erizados por el horror, sin atender á las voces de sus camaradas, que con instancia lo llamaban.

Tendido sobre la verde alfombra de húmedo trébol, dejó el cirujano á cargo del otro testigo el cadáver yerto del jóven Teniente y se fué en busca de auxilio: la muerte tiene tambieu sus exigencias como la vida.

---



## CAPÍTULO VII.

### Sangre.

El Coronel que mandaba las fuerzas de San Nicolás, acostumbraba todas las noches á sentarse en el patio de su casa, á *matar*, segun su expresion, con su hermana Justa y sus dos hijitos, huérfanos de madre.

Criaturas mimadas en extremo por aquella tia solterona, eran Rosita y Pedrito; y, en muchas ocusiones, las cornetas del *silencio* no bastaban para hacerles ganar la cama. Era menester, por lo general, dejarles dormirse á su capricho, sobre los frescos umbrales del patio ó en las amorosas faldas de la tia.

« Qué importa! » decia Justa, « no tienen madre, bueno es que se les contente un poco. »

Y no le faltaba razon, que al fin de cuentas, en la vida, lo único seguro, son los goces de la infancia: goces puros, sencillos, de exigencias modestas y limitadas, como el horizonte de los niños.

Rosita dormía como una gatita blanca y mimosa, en las faldas de la buena tía; Pedrito jugaba á los cigarros, con un gran papel reforcido, que chupaba con delicia, y el Coronel tomaba en silencio su décimo mate.

La tía Justa, callaba también, pensando con cierta gravedad, en alargar al siguiente día, las polleritas cortas de la dormilona, que se había criado como el trigo en los últimos seis meses, y enseñaba con exceso unas piernas rollizas, con ciertas veleidades femeninas.

El asistente Fúnes, de chiripá rayado y pié descalzo, que servía el mate, negligentemente apoyado en una tina pintada de verde, donde ostentaba sus campanas olorosas un floripon, que prodigaba generoso su fragancia en el ancho patio, sonreía placentero al fumador, que de vez en cuando sacaba el cigarro, escupía con pretensión y enseñaba picarescamente á su amigo una lengüita fina y sonrosada.

De repente resonaron pasos rápidos y pesados á la vez, y á la luz del farol se destacó en el zaguán un hombre vestido de blanco y salpicado de . . . .

« ¿Quién es? » preguntó Rosita, despertando de improviso. Y como reconociera á su amigo Enrique corrió á abrazarle.

Reconociendo? dije. Pero si aquel rostro cou-



traído, aquella expresión de horror, desfiguraban totalmente el bello rostro del *buen mozo*.

No importa, los niños ven pronto, ven bien, sobre todo al despertar, y Jimenez había pronunciado un *señor*, que revelaba su presencia mejor que el propio semblante.

« ¡ Mi amigo ! » exclamó Rosita ; y de un salto se halló cerca del recién llegado. La luz del farol bañaba por completo al matador.

« ¿ Sangre ? Estás lleno de sangre, Enrique ? » dijo la niña con cierta extrañeza, alzándose sobre sus piecitos, para mirar á su gusto la cara de su amigo, y con fresca carcajada, agregó : « ¿ Qué, ahora te has vuelto carnicero ? »

No tardó Pedrito en acercárseles, repitiendo malicioso : « ¡ Carnicero ! ¡ Carnicero ! »

Jimenez, que parece petrificado, oye á los niños sin comprender lo que dicen, y permanece con ojos dilatados en la actitud rígida del militar ante su jefe.

« ¿ Qué significa tal insolencia ? » pregunta con voz de trueno el Coronel, poniéndose de pié y apartaudo bruscameto á los niños.

Aquella voz galvanizó instantáneamente al hipnotizado Capitán, y de su garganta reseca, salieron con esfuerzo estas palabras :

« Señor ! . . . mi Coronel . . . he muerto á un hombre ! »

Los niños arrojaron gritos de espanto y corrieron á guarecerse en brazos de su tía.

« Desgraciado ! » murmuraba aquella buena alma, y Pedrito sin saber lo que decía preguntaba: « ¿ Con qué lo mató ? »

« Con mi espada ! » respondió como un sonámbulo, Jimenez; y Rosita, recién horrorizada, ocultó sollozante su carita pálida entre sus maucitas, diciendo: « Tengo miedo, tía, tengo miedo ! »

El Coronel Sanchez, era un hombre colérico en exceso y conocido como tal. Sus furóres eran siempre terribles.

« ¡ Miserable, asesino ! » vociferó frenético el airado jefe. « Soldados ! Guardia ! Que lo prendan, que lo fusilen ! A la cárcel, á la cárcel el malvado ! »

A los gritos del Coronel llegó un oficial y tomó por el brazo á Jimenez, que parecia extraño á cuanto pasaba.

« V. S. ordena ? . . . »

« Que lo fusilen, es un asesino ! » gritó el Coronel enfurecido.

Enrique, con la cabeza inclinada sobre el pecho, desfalleciente, pálido, desencajado, como un muerto, hubiera caído en tierra á no ser por el apoyo que le prestaba el jóven Alférez.

« Si V. S. ordena se le pondrá preso, y luego el Consejo . . . »

« No, que lo fusilen, que lo . . . » y el Coronel

hizo trizas de un golpe la silla de paja que ántes ocupaba.

Acababa de reconocer á Jimenez, á quien mucho queria, y esa circunstancia acrecentaba sus iras.

«Vamos!» dijo el Alférez al prisionero; y apoyado pesadamente en el hombro del jóven oficial, se puso Enrique en marcha, con dificultad: iban á la cárcel.

«Sí, que lo fusilen!» balbuceaba el Coronel fuera de sí, con los ojos inyectados y la frente húmeda «para ejemplo, para . . . .» «El mejor oficial, el más! . . .» Y tal diciendo se entró en su cuarto dando un feroz portazo.

Entretanto, en su aposento sollozaba y se estremecía Rosita, repitiendo «; Ay! tiita de mi alma, esa sangre no era de vaca, era de . . . . yo tengo miedo!»

«Duerme, mi hijita, duerme, no te aflijas. Otros tendrán motivo para llorar. Que Dios y su santa madre velen por ellos!» Y la devota mujer fué á encender una vela que puso luego piadosamente delante de una Madre de los Dolores, colocada en un nicho frente de su cama. Los puñales simbólicos que atraviesan el corazón de la Dolorosa, brillaban intermitentes en la oscuridad, á la luz tímida de la vela agitada por el viento. Era una nota luminosa como la esperanza en las tinieblas de la angustia.

Rosita tenía los ojos fijos en la imágen, el sueño

no venía y por momentos todo el cuerpecito de la niña se estremecía.

« Que lo fusilen, dijo taita; ¡ ay! tita, aunque Enrique haya muerto á un hombre, yo no quiero que á él lo maten. Yo no quiero! Puede que no fuera adrede, que no sea culpa suya! »

Y el llanto ahogó aquella vozecita acongojada.

« Ven, nena mia, ven á rezar por tu amigo! »

Y la huérfana y su segunda madre se arrodillaron á los piés de la Dolorosa, repitiendo una y otra: « Madre mia, Madre mia de los Dolores, ampara tú al desdichado! »

---

## CAPÍTULO VIII.

### La loca.

«Capitán, ántes de ir á la cárcel, no quiere que pasemos por su casa, que está á un paso?»

«Nó!»

«Créame, amigo, lo ocurrido me duele, y por eso he despedido á los soldados. Ven, Vd. viene solo conmigo.»

«Bueno!»

«Le aseguro que por mí no ha de quedar, y le prometo, aunque sea yo poca cosa, ayudarlo.»

«Gracias!»

Y los dos oficiales caminaron en silencio algunas cuadras.

Enriquo, exhausto, se apoyaba pesadamente en el brazo de su compañero.

De repente, al volver una esquina, se hallaron frente á la puerta de Julia, y al reconocer el sitio, Jimenez, con voz temblorosa dijo al Alférez: «Amigo, por lo que más quiera en esta vida» . . .

« Mi madre. »

« Déjeme entrar aquí un instante, se lo suplico. »

« Pero » . . . .

« Entre Vd. conmigo . . . por favor . . . Después que hagan de mí lo que quieran. »

« Entremos, » respondió el compasivo Alférez, siguiendo á su prisionero, que con paso nervioso atravesó el patio hasta llegar á la puerta del comedor, que estaba entornada.

Los jazmines exparcian como siempre su embriagadora fragancia. Sintió Enrique que el vértigo iba á derribarle, y tuvo que afirmarse en la pared ántes de penetrar en la habitacion. No habia dormido durante dos noches, ni probado bocado desde el almuerzo, y en aquel día las emociones violentas se habian sucedido sin tregua.

Ardia la lámpara en su sitio habitual, la mesa de comer; la pantalla concentraba toda la luz en una zona brillante y el resto de los objetos quedaba completamente en la sombra.

Reclinada en la mesa, dormía Julia, en plena luz, con la cabeza apoyada en las cruzadas manos. Pendientes de un lado á otro sobre el pecho, sus macizas trenzas castañas contrastaban con la transparencia azulada de aquellas manos finas, de uñas sonrosadas, que el foco luminoso destacaba.

La blanca raya de su espesa cabellera, que por el medio partía aquella cabeza de una armonía

perfecta, terminaba en una nuca provocante, cubierta de ricitos sedosos que parecían atraer los besos.

Enrique, entró sin ruido y sus miradas anhelantes devoraron ávidas el precioso conjunto que presentaba su novia dormida, tan seductora, tan bella.

Los latidos del propio corazón le importunaban, le atormentaban cruelmente acelerando su respiración. Volvióse al Alférez, que había permanecido fuera, obedeciendo á un sentimiento de delicadeza, y con un gesto expresivo, le suplicó no entrara.

Jimenez fijó de nuevo sus ojos en la graciosa imagen que la luz acariciaba, sin atreverse á dar un paso. Pero ese misterioso no se qué que revela al que duerme la presencia de alguien á su lado, despertó á la dormida jóven. ¡Oh! ¡angustia sin límites! Julia hace un movimiento brusco, una de sus trenzas choca la pantalla, la derriba, y la luz que inunda la habitación, baña de lleno la figura de Enrique.

Con los cabellos desordenados que le cubrían la frente, su mirar torvo, inquieto, y su camisa manchada de sangre, el Capitán causaba horror. Aquel hombre, más que un enamorado que venía en busca de su amada, parecía el verdugo que acababa de cumplir su terrible tarea.

Como movida por un resorte, la jóven se puso de pié, clavó en Enrique dos ojos fosforescentes de furiosa hiena, lanzó un rujido feroz, y con voz ronca gritó: « ¡ Ascino ! Ascino ! » perdiéndose luego la terrible palabra en una carcajada acerada fría: risa inconciente, demoníaca, que hiela la sangre en el corazon del más valeroso.

« Julia, alma mia ! » murmuró Enrique.

« El murciélago, el murciélago ! » repetia con voz agria y mirada extraviada la loca, y con un gesto burlon señaló una á una las manchas de sangre que cubrian el pecho de su novio. Hasta sus manos estaban rojas. El desdichado lo había olvidado, lo ignoraba quizá.

« ¡ Julia, por compasion ! » Y Enrique, suplicante cayó de rodillas.

La jóven llevó penosamente las manos á la frente como para despejarla, fijó en la figura arrodillada á sus piés una mirada lenta, escudriñadora. Suspiró hondamente, y rodcando el cuello de Enrique con sus brazos, murmuró al oido de su amante, con acento cariñoso, estas palabras:

« Ven, amor mio, ven, juntos bailaremos la polka del murciélago ! » Y de un empuje derribó á Enrique, lanzando nuevamente estrepitosa carcajada.

Atraido por aquella risa feroz, penetró el Alférez en la habitacion.



«Capitan, vamos, que se hace tarde,» dijo tratando de levantar al casi exánime Enrique, que con no poco esfuerzo logró ponerse de pié.

Julia bailaba sola al rededor de la mesa un vals vertiginoso, repitiendo: «El murciélago, el murciélago!»

Apareció en ese momento doña Martina, y volviéndose á Jimenez, con gran irritacion, le dijo:

«Salga V.¡ Salga, que su obra es ya completa!»

«¡Madre!» exclamó Enrique suplicante.

«¡Maldito!» Y la implacable matrona mostró la puerta con un gesto imperioso, al cual no resistieron ni el preso ni su conductor.

Al cruzar de nuevo el patio, oyó Enrique la voz de su amada que reía y arrojaba al aire aquella misteriosa palabra *el murciélago*.

«Adios, felicidad!» murmuró el desdichado amante, deteniéndose un instante para arrancar un jazmin que ocultó dentro del palpitante pecho, despues de haberlo olido y aún besado.

Daban las doce de la noche, cuando el infeliz Capitan, pisaba el umbral de su cárcel. Así acababa aquel dia, que comenzó con una aurora tan despejada, tan bella.

---



## CAPÍTULO IX.

### La cárcel.

Encerrado en un oscuro y estrecho calabozo pasó días, semanas, y aún meses, el desvalido Enrique. Nadie pensaba en él, pues en la madrugada de la noche en que fuera encarcelado, su batallón recibía la orden de marchar inmediatamente al Rosario. Había estallado una revolución en el Uruguay, y todas las tropas del litoral debían pasar el Paraná sin pérdida de tiempo.

«Loca!» repetía el angustiado prisionero, sin cesar, noche y día. «Pero loca ¿por qué? ¿Fué mi vista? Fué la muerte de Rodríguez? . . . ¿Entonces ella también le amaba?»

Y esta atormentadora idea calcinaba el cerebro del celoso Capitán.

Largas, interminables, son las horas para el prisionero. Nada viene á distraerle, á sacarle de sí mismo, á libertarle del incesante pensar, y sus pensamientos, encarcelados también, por falta

de otro alimento, le destrozan, le devoran famélicos.

La luz es escasa, y los ojos van poco á poco habituándose á las tinieblas, como los de las aves nocturnas. Otro tanto no pasa con el pensamiento, pues á medida que las sombras lo penetran, en vez de distinguir, de apreciar mejor los contornos de la idea, por lo contrario, los tuerce, los confunde y desfigura de tal suerte, hasta producir una catarata mental, más espesa que la visual.

Afiebrado, hambriento, celoso, Enrique siente en sus sienes el martilleo de la idea fija.

«Lo queria! ¡Se querian!»

Y cuando bajo tal forma la duda le muerde el corazon, ¡oh! entónces, sus potencias desribadas, sucumben bajo el peso titánico de algo superior á las humanas fuerzas.

La duda, horrendo martirio que corroe lentamente el corazon, como las aguas carcomen la orilla que lamen noche y dia, con irritante insistencia.

«Me engaño!» repetia la duda.

«Su muerte lo ha trastornado la razon!» agregaban los celos; y como cautivo leon en estrecha jaula, Enrique, que no pueda dar dos pasos sin chocar su frente abrasada contra los muros húmedos de la prision, se desgarrá el pecho con las uñas y se arranca los cabellos rugiendo de furor.

¡Ah! Si pudiera verla otra vez! Preguntarle, enrostrarle su culpa, su traición, ¿pero cuál?

Y el abatimiento hacia brotar entónces lágrimas ardientes de aquellas pupilas dilatadas por la cruel oscuridad.

El sueño es el único amigo del prisionero. El cansancio su solo reposo.

Siempre el despertar es momento doloroso para los que sufren. Pero para aquel que apenas ve filtrar un rayo de escasa luz en su prisión, hora es, angustiosa que evoca los fantasmas, exorcisados por el sueño reparador.

« ¡Está loca! » repetía su pensamiento euardecido por la fiebre.

« No podrá comprenderme, contestarme, tranquilizarme! » Y con tal angustia volvía de nuevo el llanto á bañar aquel bello rostro demacrado.

Oíanse entónces suspiros, sollozos, ayes, lamentos. ¡Ay! no se oían . . . que todo, todo quedaba sepultado en aquella tumba de vivos, entre las sombras y las arañas, únicos compañeros del prisionero.

Un día aquella prisión se abrió . . . y dos hombres sacaron de ella un cadáver con vida.

Jimenez, que había resistido, que había vivido dos meses sin aire, casi sin alimento, olvidado de todos, no resistió las dulzuras de la luz, el aire y los cuidados solícitos de sus amigos, pues los tenía,

y sólo una confusión de nombres, el alejamiento de su batallón y la fatalidad que reviste todas las formas, le habían sepultado por tanto tiempo en aquella horrible mazmorra.

Cayó gravemente enfermo, y por mucho tiempo perdió, no sólo la memoria, sino hasta el sentimiento de la identidad.

Pero como su cuerpo sólo parecía, esto sin duda le volvió á la vida, á la salud.

Preguntar por Julia fué el primer acto de conciencia, la primera afirmación de vida integral, que dió el desdichado amante.

« Como decirte . . . » respondió uno de sus amigos, que con fraternal solicitud le había cuidado.

« Dí no más, ¿ muerta ? »

« No, loca ! »

« ¿ Dónde ? »

« En Buenos Aires. »

« Iré ! »

« Es inútil, está furiosa. »

« ¿ Hay esperanzas ? »

« No . . . »

Enrique arrojó hondo suspiro y permaneció con los ojos fijos en un punto de la habitación, como si allí viera algo invisible para los demás.

« Calma, amigo mío ! » dijole el camarada tomándole afectuosamente la mano.

« ¡Dudar siempre ! » exclamó con acento desgarrador Enrique, « más vale morir. »

Tenia razon. Dudar de lo que amamos es peor que morir. Es sentirse enterrado vivo sin la esperanza de ver abrirse el calabozo que nos aprisiona, ó terminada la vida que nos desgarrá.

---





## CAPITULO X.

### La muerte.

Es de noche. El silencio envuelve en su manto vaporoso los objetos. Reina el silencio de las selvas tropicales, formado por las voces al unísono de la naturaleza, gran pianísimo donde, como sobre un trémulo de violoncello, se destacan melódicas algunas notas acentuadas del melancólico oboe.

En el bosque gime el viento; se lamenta un pajarillo que cayó del nido, los grillos desafinan, la lechuza lanza su grito funerario, y hasta la yerba tupida, parece de vez en cuando quejarse, cuando bajo sus plantas la oprimen las ágiles fieras, que arrastran su presa por la espesura, tronchando el ramaje.

Al traves de la bruma cenicienta, que platea el bosque, brillan inciertas las estrellas y el olor del azahar embriagador, carga el aire con sus emanaciones excitantes.

Sombras misteriosas van y vienen de un lado á otro del bosque.

Un centelleo, que no es el de las luciérnagas, ya apagadas, pues la noche toca á su fin, revela la presencia de hombres armados.

De repente suena un disparo de fusil. En confuso aleteo huyen los pájaros por bandadas, y una de esas sombras que no hace poco se agitaba entre los árboles, herida mortalmente por la bala del enemigo vigilante, cae desplomada.

.....

« ¡ Jesus me valga ! ¡ Me muero ! Julia . . . .  
Sin saber . . . . sin . . . . »

Cesa la boca de hablar, el corazón de latir . . . .  
y el enamorado Enrique, perdido entre las selvas agrestes del Paraguay, muere dudando de la que tanto ama !

Al día siguiente sus compañeros le dan sepultura al pié de un limonero.

La maleza no tardará en borrar hasta la huella de aquella tumba ignorada, donde duerme un corazón que cesó de amar, porque cesó de latir.

.....

Léjos, muy léjos, en aquella misma noche fune-  
raria, á la misma hora, una figura humana, es lo único que puede de ella decirse, pues no es dable





---

KATE.

—  
*A GARCIA.*

---



Mi amigo el Marques de Sans habia viajado mucho; la narracion de sus correrias era sumamente interesante. Observador del corazon en sus más complicadas evoluciones, supo el viejo hidalgo, gracias á su espíritu investigador, aprovechar de ese contacto forzoso con todas las clases de la sociedad que imponen los viajes, asimilándose los usos y las ideas de los pueblos que visitara. Su inteligencia desarrollada con la vida nómada, sin menoscabo de su sensibilidad, habia acumulado un caudal intelectual de gran valía. Y, calidad poco comun entre los hombres eminentes de un pueblo inteligente, el Marques unia á una vasta instruccion adquirida en los libros, otra no ménos sólida é importante en la época actual: el conocimiento de los demas pueblos.

Un dia que me hallaba de paso en su Castillo de Bretaña, como la lluvia copiosa que caía á torrentes nos privaba, bien á pesar nuestro, del culpable placer de sacrificar una media docena de inocentes conejos y otras tantas tímidas liebres, suplicamos al distinguido viajero, tanto yo como

sus dos lindas sobrinas, de concierto con nuestro buen compañero el más renombrado Nemrod del Departamento, el Baron de Troucaia, nos contara alguna historia interesante.

« Pero que salga de lo comun, » agregó Berta, la mayor de las hermanas, ámbas pupilas del Marques, y segun mi apreciacion personal, el trago más encantador de toda la Bretaña.

« ¿ Qué salga de lo comun, hija mia ? » dijo el Marques pensativo. « Quiero complacerte. Tanto peor para tí si tus lindos ojos se empañan con lágrimas. Y tú, Luisa, » agregó, « ¿ tú tambien quieres un cuento que no se parezca en nada á los que oimos todos los dias ? »

« Yo, por mi parte, tio, » respondió Luisa, « pienso que por sencillo que sea lo que Vd. narra, pasando por la imaginacion de Vd., cobra siempre interes y me eucanta. »

« ¡ Zalamera ! Sin mis sesenta, tal no me dirias. »

Un coro de vivas protestas acogió la exclamacion del Marques, que poco despues empezó su narracion del modo siguiente :

-

—



Creerse dichoso es ser dichoso. Kate Crammer, tenía veinte años, ojos azules, profundos y expresivos, cabellos negros abundantes, mejillas sonrosadas y una sonrisa en la cual campeaban la gracia y la malicia.

Irlandesa de nacimiento, en su temperamento activo y vivaz se combinaba el elemento poético y entusiasta con una alegría y un buen humor inalterables. Educada en una aldea pobre, casi miserable, Kate se creía rica, muy rica, desde que la suerte la uniera en matrimonio con Tom Crammer, el artesano más activo y honrado de la Union Americana.

Á la modesta existencia de la madre patria, comparaba la Irlandesa el bienestar presente, y no sin motivo repetía de continuo: «¡ Soy rica! ¡ Soy dichosa! Ó mejor dicho, ¡ somos ricos! ¡ Somos dichosos! »

En vez de la cabaña estrecha y sucia de Killarney, habitaba la bella Kate en *Rhode Island*, un *collage*, pequeño, también es cierto; pero limpio, cómodo y casi con vestigios de un lujo modesto. Tom Crammer, no sólo era empleado del ferrocarril: en sus horas libres ejercía el oficio de ebanista, con habilidad y sumo buen gusto.

En todo Rhode Island no se encontraba un *parlor* de obreros con un par de sillas de hamaca más coquetas y cómodas, sin olvidar un gran aparador de cedro, cubierto de graciosas estatuillas talladas en madera dura con arte primoroso.

Casi todo el amueblado del *cottage*, revelaba el buen gusto de su dueño y aún en los objetos más sencillos de uso diario, el ebanista había hallado medio de combinar la utilidad con la armonía de la forma, mostrando así cuán bien supo aprovechar las lecciones de ebanistería del vecino Canadiense, entendido en ese arte y en muchos otros.

Kate tenía un gran defecto: era vana; vanidad casi legítima en una mujer que había alcanzado la dicha de ser la compañera de Tom Crammer, después de haber pasado por las miserias de Killarney. Sus amigos y compatriotas solían decir: « Dios la ha de castigar por orgullosa, por jactanciosa! »

Kate tuvo un hijo: un *baby* sonrosado, viva imagen de su madre. ¡Qué alegría para Kate! En cuanto á Tom, el día que por vez primera paseó en sus robustos brazos al recién nacido, se fumó tres pipas más que de costumbre, y durante dos horas, permaneció nudo en reverente contemplación cerca de la cuna, sin pensar en tocar un pedazo de madera.

---

El ebanista era poco expansivo, es cierto, y las malas lenguas aseguraban, tal era la razón por la cual los esposos se entendían tan bien, pues Kate, como buena Irlandesa, tenía el habla tan fácil como la risa.

Kate era católica y todos los Domingos y fiestas, así que su *collage* estaba puesto en orden, prolijamente lavados los escalones de madera tallada por Tom, el piso reluciente, los vidrios sin sombra de polvo y sobre el fuego de su vasta cocina colocadas dos cacerolas relucientes como plata, la buena casera se marchaba á la Iglesia con paso rápido, no sin haber consagrado ántes algunos instantes á su atavío.

La modestia de su condición, sólo le permitía gran sencillez; pero la joven esposa sabía con unas pocas varas de lanilla, hacerse un vestido que dibujaba primorosamente su talle; y en cuanto al tocado, sus sombreros, producto también de sus manos hábiles, eran una maravilla de gracia que realzaba la expresión picaresca de su fisonomía expresiva y móvil. « Ahí va la coqueta! » decían sus amigas. « Siempre engalanada! »

Y cierto que tal lo parecía la bella Irlandesa, pues á decir verdad, con poquísimo, con casi nada,

Kate andaba más ataviada que muchas de sus envidiosas.

« Hay mujeres que adornan sus joyas, » decía un gran conocedor de la belleza femenina. La Irlandesa era una de esas mujeres.

Tom, el empleado del camino de hierro, artista en sus ratos perdidos, que eran pocos, pues su empleo de suma responsabilidad y constante vigilancia le ocupaba el día entero y parte de la noche, era Protestante.

Pocas veces en la Union Americana se ven en la clase media esas uniones mixtas. Si bien los ricos se unen indistintamente, ya Metodistas con Episcopales ó Católicos, la clase obrera, más rigurosa, se mantiene en sus sectas. El caso de Tom y Kate se repite continuamente, es cierto; pero uno de los esposos cambia de religion para celebrar el matrimonio. Por lo general es la mujer, por más anómalo que ello parezca; pues de ordinario la mujer se aferra más á sus creencias en todas partes; pero no así en la raza sajona transplantada al Nuevo Mundo.

Cuando Tom conoció á Kate, la primera, la única preocupacion del enamorado ebanista, fué la esperanza de poder llamar suya á aquella criatura encantadora, que parecia revelarle otra existencia con la magia de su sonrisa. Sólo al acercarse el momento de contraer el matrimonio, se estrelló el

Metodista contra la decision reservada, pero firme, que la risueña Irlandesa expresó en estos términos: « No hago ya poco en casarme con un hombre que está en pecado; no exijas que me condene. » Tales fueron las expresivas razones con que acogió Kate la proposicion de su novio de hacerse Metodista como él. Tom estaba enamorado locamente. Segun una vieja tia, única pariente que le quedaba y que veia con horror la union de su sobrino con la *Papista*, el muchacho estaba endiablado y las artimañas de la *Romona* no eran sino ardidés del espíritu maligno, para perder dos almas en vez de una.

Mucho hizo Aunt Jenny, por evitar la perdicion eterna de su jóven pariente, y texto sobre texto llamó en ayuda de su horribacion religiosa la intolerante solterona; todo en vano, ántes al contrario, á fuerza de oír decir que todos los Católicos son mónstruos de iniquidad y perdicion, Tom, que comparaba la tolerancia afectuosa de la bella Kate, con las virulentas invectivas de Miss Jenny, estuvo casi á punto de convertirse al Catolicismo pocos dias ántes de su matrimonio. Pero Kate era mal apóstol, y en vez de mantenerse como en los primeros tiempos de sus amores en la via de la persuncion amorosa, envanecida con su triunfo fácil, llamó en su ayuda á un buen compatriota, capuchino, de pocos alcances y de ménos que

mediana instruccion, el cual desencantó, y sobre todo, fastidió á Tom con latinajos rancios y fuera de propósito.

El resultado fué, que el matrimonio se celebró en ambos ritos, como es costumbre en casos análogos, conservando los conyuges sus creencias respectivas.

Kate iba á oír misa y Tom frecuentaba su templo cada dos Domingos, cuando un compañero venía á relevarle de su puesto.

En Rhode Island los ferro-carriles corren igualmente los Domingos, si bien hay disminucion en el número de trenes. Muchas veces los esposos salian juntos del *collage*, andaban una parte del camino, y al volver de una calle se separaban, estrechándose afectuosamente la mano con un «Hasta luego, Tom!» «Hasta luego, Kate!»

Léjos estaba aquella feliz pareja de discusiones teológicas, y sin preocuparse de dogmas ni rituales, ambos creian en Dios, amaban la virtud, la practicaban sin esfuerzo y eran felices.

¡Feliz! «¿Quién puede llamarse tal, ántes de haber terminado su carrera mortal?» decia el célebre tirano Pisistrato.

No basta tener una mujer hermosa que se ama y nos lo paga: no basta la certidumbre de una ocupacion lucrativa y grata que ocupa nuestro tiempo y nos da pan: la dicha presente ni predico

ni acarrea la dicha futura, el hombre tiene que combatir mientras viva y la fatalidad suele á veces revestir extrañas formas.

---

«¡Oh! Que ángel tan lindo he echado al mundo!» Tales fueron las primeras palabras de la madre, al presentar su hijo á Tom: «Mírale, parece un niño Jesús!»

«No blasfemes, Kate!» respondió el Metodista, herido en sus creencias y ofuscado por la exageracion afectuosa de Kate. El corazon del padre desbordaba de amor, de reconocimiento en aquel instante solemne; pero en su naturaleza reservada y religiosa, aquel reconocimiento exaltaba su respeto por las cosas santas.

Por la primera vez de su vida, Tom hirió cruelmente á su Kato, y la herida fué más sensible cuanto más inesperada. Aquel incidente, no fué sino el presagio de mayores desavenencias.

Quiso Kate bautizar como Católico á su tesoro y

Tom se opuso con una decision y una tenacidad, que descubrieron á la jóven madre un rincon aún desconocido, que ni siquiera sospechaba, en el espíritu de aquel hombre, con quien habia vivido cinco años.

Dicky vino al mundo cuatro años más tarde de lo que debiera, para asegurar la dicha de sus padres; y todo vestigio de luna de miel, acabó con su tardía llegada.

« Cuando tengas una hija, » decian las vecinas, « tomarás tu desquite. » Y Kate, que no perdonaba á Tom su desengaño, repetia de continuo:

« No quiero tener más hijos! No quiero llenar el infierno de condenados! » Y la infeliz lloraba noche y dia, mientras amamantaba al pobre Dicky, que, segun la creencia de la Católica Irlandesa, era un réprobo.

Extraña lógica del corazon! Tom, su marido, el único hombre que Kate habia amado, no era para la sencilla Irlandesa, un sér condenado á las penas eternas. El amor, hacia de él una criatura privilegiada; y nunca la idea de la separacion eterna, habia asaltado á la devota esposa, cuando de rodillas delante de la immaculada vírgen María pedia á la madre de Dios, echara su bendicion sobre el *collage* dichoso. Pero á la vista del niño inocente, de aquella criatura pura y sin mancha, como recién llegada del cielo; (en su ignorancia



sublime, Kate olvidaba el pecado original) á la idea de privar de bautismo católico, de contribuir ella misma á la perdición de aquella alma suya, el dolor, el terror la sobrecogian.

Kate no sabía á derechas lo que el bautismo católico significa, ignoraba la trascendencia que las creencias nacidas del cristianismo dan á ese símbolo, sólo sabía á su modo, que fuera de la Iglesia no hay salvacion, y tal idea desgarraba el corazón de la madre.

¡Pobre Kate! Cuántas veces su ternura insensata llegó, por más extraordinario que tal sentimiento parezca, hasta insinuarle la ventaja de la temprana muerte del tierno hijo, que criaba amorosamente á sus pechos. Y con una lógica absurda, pero materna, la madre decía en su interior:

«Que muera el angelito ántes de haber pecado, su pena será más corta!» La sencilla Irlandesa ignoraba que la eternidad no tiene límites.

El niño, que debía ser el vínculo entre los esposos, fué por el contrario el elemento disolvente. Con la paternidad, Tom sintió nuevo fermento religioso invadir su espíritu, y la responsabilidad paterna, acentuó en el Metodista una intolerancia hasta entonces sólo latente. Kate, á quien ántes no hallaba ni sombra de defecto, le apareció de repente, frívola, anfiada é incapaz de educar seriamente á su hijo.

Si la tía de Tom, Aunt Jenny, no hubiera llamado á su lado á su sobrino para confiarle sus últimas voluntades, ántes de morir, y ésto cuando Kate estaba á punto de dar á luz; si la tía no hubiera legado al sobrino su casucha y su huerto; si la terrible Metodista hubiera bajado á la tumba sin maldecir una vez más á los idólatras Pupistas, quizá el corazón de Tom Crammer hubiera abierto otro cauce á su responsabilidad paterna, y Kate, la buena Kate, que aún conservaba su dulce mirar y su grata sonrisa, hubiera podido salvar, según su ideal religioso, el alma de su *baby* sonrosado.

Pero la fatalidad dispuso las cosas de otra manera. Dicky vió la luz cuando su padre, alejado del *collage* feliz, cerraba piadosamente los ojos á la adusta Metodista; y Tom no supo nunca cuántos sufrimientos, cuántas angustias, costó aquel hijo á la risueña Kate. Una amiga, y el buen vecino canadiense, asistieron á la joven madre en el trance duro. Quién sabe si el ignorar aquellas amarguras, no fué causa de muchas penas. Si Tom-Crammer hubiera asistido á aquella larga y dolorosa crisis, que hace á las madres doblemente dueñas de sus hijos, mientras que el padre se siente en tan crítico momento como pequeño, y aún humillado, casi culpable, es muy posible, que el enternecimiento inspirado por la madre se

hubiera sobrepuesto á todo escrúpulo de estrecha devoción. Quién sabe? digo. La suerte de los imperios mismos, parece depender á veces, de causas ínfimas, con mayor razón aún la de seres oscuros. Pero el tiempo corría. Dicky crecía, se desarrollaba más y más, y con el niño, el germen de desavenencia de los esposos.

---

Á pesar de las instancias de Kate, Tom conservaba su destino; era el encargado de abrir y cerrar el puente, que debía dejar el paso libre á las embarcaciones una vez que los trenes hubieran pasado.

Tom construyó cerca de su puesto de guarda un pequeño *chalet* suizo de reducidas dimensiones, en el cual tenía establecido su taller de ebanistería. Cada día la habilidad del artesano tomaba mayores proporciones, y sus compañeros le pronosticaban un porvenir de abundancia, si se contraía exclusivamente á sus trabajos de obaista.

« Vd., amigo Villemain, que tiene influencia sobre Tom, debería obtener que dejase el puente y se ocupara únicamente del taller. Le aseguro á Vd. que ganaria el doble. »

Tal, dijo Kate un dia á su amigo y buen vecino el Canadiense. « No, hija mia, Tom no quiere dejar su puesto, y fuera mal de mi parte el insistir. »

« Jamas podré comprender por qué mi marido tiene tanto apego á ese puente. »

« Aquí viene él mismo, hija mia; él te lo explicará. »

Tom entró tranquilamente en la habitacion, y sin prestar atencion á la conversacion, saludó amistosamente con la mano al Canadiense, é interpeló luego á Dicky severamente en estos términos :

« ¡ Dicky, Dicky, siempre desobediente! ¿ Por qué no has ido aún á la escuela? »

El niño, que jugaba en el rincon con un pedazo de madera y un cortaplumas, arrojó repentinamente ambos objetos, y sin responder, vino á refugiarse tímidamente cerca de su madre. Kate, con un gesto cariñoso, alisó los cabellos rubios y alborotados del niño, y respondió por él :

« Dicky tenía dolor de garganta. »

« ¡ Falso ! » replicó el padre, con severidad. « ¡ Falso como siempre ! » Y sin más decir, salió bruscamente del *cottage*.

El niño se echó al cuello de Kate, y sollozando, exclamó:

«Cierto, mi manita, es cierto, me duele la garganta!»

«Ven acá, chieuelo,» dijo el Canadiense. «Más de una vez mi pobre ciencia me ha servido para casos más graves.»

Y, examinando la garganta del chiquillo, agregó bondadosamente: «Ve á la escuela, Dicky; para curar estos dolores de garganta, no hay remedio como la escuela.»

Dicky, sin replicar, descolgó su gorra pendiente de un clavo, tomó sus libros que estaban simétricamente colocados sobre una mesa y se dirigió á la puerta. Pero al llegar al umbral volvió los ojos á su madre; dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del niño, y de un salto voló á los brazos de Kate.

«¡Alma mía! ¡Mi vida!» exclamó la expresiva Irlandesa, cubriendo de besos la frente de Dicky. «No quiero que vayas á la escuela, si estás enfermo.»

El niño devolvía á su madre caricia por caricia, y ambos lloraban abrazados, igualmente deseosos uno y otro de retardar el momento de la separación.

«Yo le acompañaré,» dijo el Canadiense, tomando á Dicky por la mano. «Y á mi vuelta lo traeré

conmigo; su mal es de poca monta, el aire le curará. ¡Vamos, ánimo, muchachon mimado!» Y tirándole del brazo, consiguió el vecino oficioso romper el tierno grupo.

Pocos momentos después, el niño y el anciano caminaban rápidamente en dirección á la escuela comunal.

Dicky consolado, reía de buena gana y sus lágrimas no habían dejado en sus frescas mejillas mayor traza, que la de una ligera garúa sobre un prado verde, que el sol hace chispear.



El Canadiense, como todos llamaban á Pierre Villemain; era gran conocedor del corazón humano. La vida y sus vicisitudes, en vez de alejarle de los hombres, le habían acercado más á ellos, y sus debilidades, lejos de repelerle, le atraían. El buen Canadiense veía en el hombre algo más que la quinta esencia de polvo del misántropo Hamlet.

La intimidad de Villemain con los Crammer, le

había puesto al corriente de las desavenencias entre los esposos, desavenencias que cada día se hacían más sensibles.

Aquella familia á quien había prestado más de un servicio, inspiraba al buen Canadiense un afecto casi paternal, y viendo aún en ella más de un elemento de dicha, decidió sin demora hablar á Tom.

Era Villemain, de esos seres, que gozan más con la felicidad ajena que con la propia, que descuidando aseguran.

Así que hubo dejado á Dicky en lugar seguro, cerciorándose de la entrada del perezoso discípulo en la escuela comunal, dirigióse al puente movidizo el Canadiense; y á pesar de sus años, salvó con paso rápido la distancia.

El tiempo estaba espléndido, el sol de la primavera inundaba con su luz caliente la verde campiña y plateaba el ancho río que serpenteando por entre una ribera cubierta de arboledas y graciosos *collages*, iba á perderse en el Océano.

Villemain, gran admirador de la naturaleza, se detuvo algunos instantes á contemplar aquel fresco y risueño paisaje, y en su idioma nativo exclamó: « ¡Beau pays! »

Oyóse el agudo silbido de la locomotora, y casi instantáneamente, un largo tren de pasajeros envuelto en espesos torbellinos de humo, apareció como una vision en una vuelta del camino, para

mostrarse poco despues, cruzando el puente move-dizo, que como por encanto se dividió en dos mitades luego que hubo pasado el tren, dejando así libre tránsito á un elegante *schooner*, que, con hinchado velámen, pasó casi rozando la costa, para perderse luego de vista en los espesos remolinos de humo que habia lanzado, tras de sí la locomotora.

El tren fugitivo, la campiña verde, la costa pintoresca, la rapidez con que el puente desapareciera, todo aquello más que realidad, parecia una decoracion de teatro, prestandose á la ilusion decorativa, hasta el individuo vestido de azul marino, con una ancha faja encarnada y sombrero de grandes alas, que salia al encuentro de Villemain. Era Tom.

« Venia justamente á conversar contigo, Tom, » le dijo el Canadiense, tendiéndole la mano, que el ebanista estrechó cordialmente á la americana. « ¿ Qué hora es ? »

« El Express de las dos y cuarenta acaba de pasar, » contestó Crummer. « Entremos en el Chalet, allí encenderemos las pipas y podremos hablar tranquilamente; hasta de aquí á dos horas no hay tren. »

Ambos penetraron en el Chalet en el cual un gran reloj de madera marcaba las tres y cinco. El Canadiense comparándolo con el suyo, que era



sencilísimo, de plata de forma antigua, exclamó con tono jocoso :

« Tom, mi pobre tacho anda mejor que tu gran regulador : no son sino las tres menos cinco. »

« No, amigo Villemain, » contestó Tom. « Yo adelanto siempre, porque de otra manera, mi puente correría gran riesgo de no estar pronto para la llegada de los treues. »

Creyó el Canadiense el momento oportuno, y en estos términos interrogó á Tom :

« ¿ Por qué no dejas el puente, hijo mio, hoy, que mediante la herencia de tu tía y tu trabajo de ebanistería, puedes vivir con cierta independencia ? »

« ¿ Por qué no dejo el puente? Por que le tengo cariño, por que la responsabilidad que pesa sobre mí me es grata, porque se me figura que si yo me retiro de mi puesto, nadie ejercerá como yo la vigilancia necesaria y que toda clase de accidentes pueden acaecer. Vea Vd., amigo Villemain, el año pasado, cuando el chico tuvo aquella fiebre maligna, de la cual escapó, gracias á Vd. . . . » Tom estrechó la mano del Canadiense. « Créame; un momento tuve la mala idea de dejar mi puesto de guarda, y una noche fui en busca del jefe. No le hallé, ésto habia ido en una locomotora á todo vapor á la estacion vecina á socorrer un tren. ¿ Recuerda Vd. el horrible accidente, imperdonable, de

James Higgiason, que olvidó la hora en la taberna y dejó abierta la barrera? »

« Sí que lo recuerdo, Tom. »

« Desde ese momento mi proyecto me pareció criminal, se me figuró que el deber que me encadenaba á mi puente, era un gran deber, y que abandonar el puesto equivalia á una desercion; ademas » . . . .

« ¿ Ademas » . . . . dijo el Canadiense.

« Creo, agregó Tom, que no hay deber por quedar que sea, que no deje una gran satisfaccion. »

« Cierito, Tom: pero tú te exageras la magnitud de ese deber. Léjos de mí la idea de rebajar la importancia de la tarea que desempeñas, pero que otro » . . . .

« ¡ Otro pudiera como yo desempeñarla! ¡ Vanidad! Culpable vanidad, amigo Villemain, pero á la cual se mezcla mucho cariño. »

Al pronunciar estas palabras, Tom, fijando los ojos en la direccion del puente, que se descubria por la ventana abierta, agregó:

« Yo lo he visto construir, yo he asistido á los primeros ensayos, muchos de ellos infructuosos, y á mí, simple obrero, me cupo la suerte de dar un consejo, que fué adoptado, para la colocacion del manubrio que dia y noche pongo en movimiento. »

« Cierito, hijo mio; este puente es una maravilla,

un *tour de force*, como dicen mis compatriotas y que allá en el Viejo Mundo sería muy admirado; allá donde los ríos son angostos por lo general y donde los ingenieros hubieran escogido una elevación de terreno, que les permitiera construir el puente sobre un túnel, evitando el río.

« Pero en fin, Tom, Kate desea que vivas un poco más cerca de ella, que te ocupes de Dicky. »

« ¡ Dicky es incorregible ! » Estas palabras las pronunció el Metodista con acento severo.

« ¡ Niñería ! Tu severidad es excesiva : el muchacho no tiene sino seis años, y tú exiges de él . . . »

« Lo que mi padre exigía de mí á los cuatro. Escuche Vd., amigo Villemain, una pequeña anécdota de mi infancia :



« Frente á la choza de mi padre, habia un peral elevado que daba unas peras exquisitas, pero tan escasas, que á veces no llegaban á una docena. Mi padre se miraba en esas peras, y desde que las flores perdian sus pétalos, contaba ya las peras

futuras, que vigilaba, que admiraba, que acariciaba con el pensamiento, destinándolas de antemano una á una á sus amigos y parientes predilectos. Mi hermana y yo sabíamos cuán preciosos eran los frutos y aún las hojas de aquel árbol, que desde los primeros años de nuestra infancia, habíamos oído llamar *el peral*, si bien en el huerto, detras de la choza, habia más de ocho perales más elevados y dadivosos. Creo que una vez sola habíamos probado Susy y yo una pera *del peral*, es decir una tajada; y puedo asegurar á Vd. que sea ilusion, sea realidad, aquel bocado nos pareció exquisito.

« Una noche, víspera del aniversario del casamiento de mi abuela, se hacian aprestos en casa para celebrar su boda de oro. Ya conoce Vd. la importancia de tal solemnidad en las familias Americanas, y cuan pocos conyuges llegan á poder celebrarla. »

« Ciertamente, » respondió Villemain, « pocas parejas alcanzan á vivir lo suficiente para contar cincuenta años de matrimonio. »

Tom continuó su narracion :

« Toda la familia estaba en movimiento. Me parece que veo á mi abuela, con sus ochenta años, batiendo en cadencia los huevos para el *pudding*, en la gran marmita de barro, sentada cerca de la ventana de la cocina y vuelta de espaldas al gran

fogon rojizo, que tan pronto roncaba bullicioso, como lanzaba negras bocanadas de humo espeso. La abuela tarareaba su eterno *lullaby* con su vocacita de tiple, meneando la cabeza á destiempo y agitando sus gruesos rizos canos, todo su orgullo, que contrastaban con sus mejillas enjutas y apergaminadas.

« El gato perezoso no se le apartaba nunca; el favorito abría y cerraba los relucientes ojos, haciendo oír de vez en cuando su ron ron mimoso, cada vez que la abuela le acariciaba, meciéndole con el pié. Mi padre había ido al mercado en busca de provisiones y el viejo abuelo dormía á pierna suelta en un rincon de la cocina, repantigado en su sillón de baqueta.

« Sussy y yo sentados debajo del peral discurríamos sobre la fiesta del día siguiente, prometiéndonos, sobre todo, hacer honor al pudding de la abuela. ¡Cuántos proyectos! ¡Cuántas ilusiones! La noche estaba oscura, apenas una estrella perdida y como timorata, se asomaba de vez en cuando en uno que otro rincon del cielo. El viento empezaba á soplar y el fresco de las noches de Otoño se hacía ya sentir. ¡Pam! ¿Qué es lo que cae sobre mi cabeza? El golpe es recio. ¿Qué puede ser? Me inclino para reconocer el proyectil. ¿Qué es lo que toco? ¡Una pera!

« ¡Una pera! » exclama mi hermana Sussy.

« Dámela! Aquella palabra decidió de la suerte de la pera.

« No, que es mia, » le respondí ocultándola celosamente.

« ¡ Dámela! » agregó Sussy con instancin. « ¡ Yo soy mayor! »

« ¡ Qué me importa! »

« Dámela, yo se la llevaré á la abuela. »

« Y mi hermana hizo ademán de tomarme la fruta. Sin responderle, corrí presuroso en direccion al campo; mordiéndolo de buena gana el fruto prohibido, sin otra preocupacion que la de sustraerla al apetito de Sussy. Jadeante de fatiga, semi sofocado por los repetidos mordiscos que daba á mi sabrosa presa, me detuve á respirar, así que me hallé en una oscuridad casi completa, con sólo el tallo de la famosa pera. Volví los ojos en derredor; el silencio, la oscuridad me causaron miedo. Algo que se parecia á un remordimiento me oprimió el corazon, y en medio del caos en que se hallaba mi espíritu, mi único pensamiento fué volverme á casa. Eché de nuevo á correr guiado por la lejana luz de la cocina.

- « Caian algunas gotas, el cielo estaba enteramente cubierto y parecia mucho más bujo que de costumbre. Estos detalles los conserva mi memoria con increíble tenacidad. Á medida que me acercaba á nuestra habitacion, mi audacia me parecia cobrar

mayores proporciones. ¡ Haber comido una pera del peral! ¡ Desacato inaudito!

« Cierta es que mi raciocinio me insinuaba este consuelo: « Tú no arraucaste esa pera. » Pero mi conciencia repetía con cruel persistencia. « ¡ Sabes que has hecho mal! Lo sabes! »

« Así que me hallé á pocos pasos de casa, ví con indecible horror, que el faro amigo que había guiado mis pasos, era la luz de la linterna con la cual mi padre estaba recogiendo las peras aquella misma noche por temor de la lluvia. Demoré cuanto me fué dable mi entrada á la cocina, que era la pieza en donde se reunía la familia todas las noches, para recitar ántes de acostarse las oraciones de costumbre. Pero el frío, la oscuridad y el miedo, me obligaron á entrar á pesar mio. Cuando hube atravesado aquel terrible umbral, ví á mi padre delante del gran aparador de pino contando las preciosas peras, mi corazón se agitó dentro del pecho y la garganta se me anudó!

« Es extraño, » decía mi padre. « Ayer conté las peras y eran nueve. ¿ Cómo es que hoy no hay sino ocho? »

« Se habrá caído alguna al bajarlas, » respondió mi abuela.

« No lo creo, las he tomado sin sacudir una sola rama. » « Sí, pero el viento. » « Puedo ser, » dijo mi padre. « Voy á cerciorarme. » Y volviéndose

á mí, agregó: «Toma la linterna, Tom, y ven á buscar conmigo.»

«Un momento no vacilé, y á pesar de las crueles palpitaciones de mi pobre corazón, que saltaba dentro del pecho como cabra en el monte, seguí á mi padre hasta el pié del peral, y allí me puse en cuatro piés, dirigiendo valerosamente la linterna en todas direcciones. Nada hallamos, naturalmente. Mi padre, de mal humor, volvió á la cocina repitiendo su expresión favorita: «¡Es extraño!» Y sin más preocuparse de lo ocurrido, nos mandó á dormir á mí y á mi hermana.»

Tom se detuvo algunos instantes para encender su pipa mediante una chispa que hizo saltar con su yesquero.

«No quiero,» agregó, «fastidiar á Vd., mi amigo, con más detalles, y llego rápidamente al incidente principal. Á la mañana siguiente, mi hermana y yo disputábamos siempre por la malvada pera, y como alzábamos la voz, mi padre nos oyó y pronto se puso al corriente de mi falta. Vino hácia mí, y sin proferir otras palabras que *mentiroso y ladrón*, me tomó, literalmente, por los cabellos y me arrastró hasta el peral. Allí, á pesar de mis gritos agudos y de las lágrimas de Sussy, me ató fuertemente al tronco, con la faja que le servía de cintura, y con un látigo de trenza dura con el cual conducía sus caballos, me azotó hasta dejarme sin



conocimiento. No sé cuánto tiempo duró mi suplicio; cuando volví en mí, era de noche y me hallaba sobre mi cama en la oscuridad. El terror me cerró de nuevo los ojos, y me dormí hasta el día siguiente, que Sussy vino á despertarme con un pedazo de pan. »

« ¡ Pero tu madre ! » exclamó el Caundiense, vivamente impresionado con tan cruel narracion.

« ¡ Yo no tenía madre ! » respondió Tom, con melancolía. « ¡ Nunca la conocí ! ¡ Murió al darme á luz ! »

« ¡ Acuérdate del peral ! » Tales fueron las expresiones de mi padre la primera vez que le ví, despues de una semana de convalescencia. »



« ¡ Castigo excesivo, hijo mio ! » dijo Villemain.

« ¡ No ! Dios nos enseña á detestar el pecado ; y aquel que no lo detesta, será castigado eternamente. »

« ¡ La cólera de Dios es de un momento, Tom, y su misericordia es eterna ! »

« ¡Ah, Villemain! ¡Mi amigo! ¡La Biblia nos enseña el temor de Dios! »

« El Evangelio, por el contrario, es el libro de la inocencia y de la misericordia. Creame buen Tom, tu mujer, Kate, aunque sencilla de entendimiento, es quien debe á fuerza de persuacion, de cariño, de ejemplo, inculcar en tu hijo, que felizmente no es huérfano, las ideas de honradez y amor á la verdad, no sólo porque la Biblia ú otro libro santo nos prescribe ser virtuosos, sino porque la virtud es bella y atractiva en sí misma. »

« ¡Imposible! Kate le mimó sin discernimiento, como madre; y además, su religion pomposa y falsa, absuelve fácilmente. »

« ¡Calla, Tom; si bien nos es permitido lamentarnos de la religion que observe un alma, no es lícito que nos sirva de mofa! La piedad de Kate más tierna que razonada es digna de tu respeto. Tú te entregas en cuerpo y alma á un deber, no olvidas, que es de nuestro deber igualmente, hacer las cosas pequeñas con grandes móviles. Sacrifica tus virtudes á tu deber, y á partir de mañana, de hoy mismo, vuelve á tu casa á desempeñar tu primer deber: el de padre de familia. Has que Dicky ame la verdad sin los azotes del peral. »

« La regla, el deber, » objetó Tom, « penetran en nosotros por la severidad. »

« Error, hijo mio! Si la ternura apasionada de

Kate tiene inconvenientes que reconozco, tu severidad glacial es irritante y malsana, siendo contraria á la primera de todas las leyes: la ley de amor. La regla debe ser recta como un hilo, no como una barra de hierro.» Al terminar estas palabras, el Canadiense tomó una de las manos de Tom, y estrechándosela cariñosamente, agregó: «Hoy tu deber te manda dejar el puente por tu hijo.»

« ¡ Creo que sí! » respondió Tom pensativo. « Mañana voy á hablar al jefe. »

Y se puso de pié, agregando: « Dentro de algunos minutos debe pasar el tren 14 de mercaderías: son las cinco ménos diez. »

« Cuento con tu promesa, Tom, » dijo Villemain, despidiéndose del Metodista.



Luisa y Berta, que hasta ese momento habian escuchado á su tio con religiosa atencion, viendo que éste callaba y permanecia silencioso y grave,

como afligido por alguna triste reminiscencia, esperaron algunos instantes.

Pero Berta impaciente por saber el fin de la historia, preguntó al anciano: «¿Y qué sucedió después? ¿Cumplió Tom su promesa?»

Suspirando profundamente el Marqués, continuó así su narración:

El día siguiente era Domingo. Tom se preparaba para ir al Templo, cuando entró de improviso en su cuarto Dicky con el semblante angustiado y el vestido en desorden; detrás del niño y en su persecución venía Kate, que parecía encolerizada en sumo grado.

El niño corrió á guarecerse tras de su padre, repitiendo con voz llorosa: «No lo volveré á hacer! No lo volveré á hacer!»

Sin dar reparo á las protestas de su hijo, se adelantó Kate con ademán airado.

«¿Qué ha sucedido?» preguntó Tom, interrumpiendo la ocupación de afeitarse y permaneciendo con la navaja en una mano, mientras que con la otra detenía á Dicky que pugnaba por escaparse, ya de un lado ya de otro, repitiendo siempre su angustiado: «¡No lo volveré á hacer! ¡No lo volveré á hacer!»

«¡Desobediente y cruel!» exclamó Kate. «Por la segunda vez te vas solo al río!»

«¡Solo al río! ¿Cómo? ¿Dicky ha ido solo al río?»

El acento con el cual pronunció Tom estas palabras, fué tan severo, que instantáneamente, olvidando el propio enojo, la madre respondió :

« ¡Sí, pero promete que no lo volverá á hacer ! »

El chiquillo comprendió, por el tono de su madre, no habia ya gran riesgo por ese lado, é intentó sustraerse al vigoroso apretón con que su padre lo asía.

No lo consiguió; ántes Tom, tirándolo fuertemente por el brazo, le atrajo á sí para mirarle de frente; en la lucha cayó en tierra el niño, que, siempre asido por la mano de su padre, ofrecia cierta resistencia; y como al mismo tiempo éste conservaba abierta en la mano derecha la navaja, el ademán brusco imprimió un sacudimiento á la navaja, que, al cerrarse cortó la mano de Tom.

Brotó la sangre y algunas gotas cayeron sobre la cabeza rubia de Dicky, salpicándole el cuello de la camisa.

Kate arrojó un grito de espanto, y creyendo herido á su hijo, se abalanzó en su defensa, con un movimiento de pantera. La madre habia visto sangre y creia que aquella sangre era de Dicky.

« ¡Bárbaro! » exclamó con voz ahogada. « ¡No lo mates ! »

Tom soltó el brazo del niño, y sin prestar atención al tajo que ensangrentaba sus dedos, arrojó la navaja y con acento severo, exclamó:

« Antes preferiria ver muerto á mi hijo y no embustero y desobediente! »

Un segundo habia bastado á Kate para apercibirse de su error, y la buena Irlandesa, olvidando al niño, que, pálido y sin voz, habia asistido sin darse cuenta, á aquel penoso episodio, se afanó por detener la sangre que corria con abundancia de la mano de su marido.

« ¡ No será nada! » repetia Kate con voz nerviosa, mientras envolvía cuidadosamente la herida con su propio pañuelo. « Voy á ponerte un tafetan y podrás luego ir al templo. »

Tom parecia no prestar atencion á las palabras ni á los cuidados de su mujer, y con fruncido ceño fijaba la mirada en Dicky, guardando silencio. Vendado que hubo hábilmente la herida, la cariñosa Kate, presentó á Tom su levita de los Domingos, diciéndole afectuosamente :

« Qué importa que toda la barba no esté afeitada, estás tan fresco como una flor. »

La pobre mujer no estaba por cierto de humor festivo; pero á pesar del temblor nervioso que la agitaba, sentia la necesidad de sobreponerse por un esfuerzo supremo á aquella penosa opresion.

El Metodista tomó en silencio su sombrero, y con paso nervioso salió del aposento. Una vez en la calle, pronunció en voz alta estas palabras : « ¡ Pobre Kate! »

Cuando la madre se halló sola con el niño, las lágrimas, que hasta entónces parecian haberse acumulado en lo más recóndito de su pecho, se abrieron paso libre por los ojos, inundando sus mejillas. El enternecimiento de Kate se comunicó al chiquilin, y éste, abrazándola tiernamente, le decia: «¡Mi mamita, mi mamita querida, yo lo quiero que llores!»

Extraña fué la sensacion que experimentó la apasionada Irlandesa. Con profética y ardorosa ternura, si bien inexplicable entónces, la madre estrechó convulsivamente entre sus brazos al hijo, exclamando: «¡Mi pobre Dicky! ¡Mi pobre ángel!»

¿Por qué aquella lastimera expresion? Kate sabia que Tom no habia dañado ni siquiera un cabello del niño; sabia por lo contrario, que aquel grito de horror al ver gotas de sangre sobre la cabeza de Dicky, era no sólo intempestivo, sino injusto. Todo ésto lo sabia la buena Kate; pero en su corazon de madre, se alzaba una voz plañidera, profética; y sin saber por qué, sin preguntárselo, Kate lloraba á sollozos y cubria de caricias al culpable Dicky, que ya se sentia perdonado y quizá inocente.

El enternecimiento, en vez de disminuir, con las lágrimas vertidas por la madre amorosa, parecia aumentar, y un fuerte dolor de cabeza vino á

obligar á la piadosa Irlandesa, muy contra su costumbre, á faltar á la misa de diez.

« ¡Estoy enferma, Dicky! » dijo Kate á su hijo.  
« Voy á acostarme un momento; no te muevas de la puerta de calle. Así que descanse un rato, te pondré tu camiseta de bombero y te llevaré á la escuela. »

No sin besar ántes repetidas veces las mejillas sonrosadas de su hijo, decidióse por fin Kate á descansar en la cama, en donde se recostó vestida para dormirse en breve profundamente.

---

Asistia siempre Tom al servicio divino, con ese recogimiento, esa serenidad de espíritu que son casi siempre el apanage de un temperamento verdaderamente religioso.

Pero en ese Domingo, su espíritu concentrado, se hallaba en pugna con una impresion dolorosa y persistente, extraña á su naturaleza severa y rígida. Un enternecimiento inexplicable conmovia á pesar



suyo todo su sér y absorvía á la vez sus facultades mentales. El grito de Kate cuando creyó á Dicky amenazado, herido, resonaba sin cesar en los oídos del Metodista, despertando un éco en el corazón del padre, que nada acallaba.

Por la primera vez sentía aquel hombre la superioridad real de la ternura materna de Kate, sobre la suya, y sin poder explicárselo, aquel descubrimiento hacia resouar en su sér fibras ocultas, hasta entónces mudas. Su cariño por la madre y por el hijo, crecía con tal descubrimiento, qué digo, parecia nacer de repente!

La injusticia de Kate para con él, no le ofende, y su espíritu acoge aquella revelacion sin soberbia, sin enojo. Comprende de un golpe, la debilidad de la madre, la flaqueza del niño. Su corazón excusa ciertas faltas, y hoy todas se las explica con caritativa mansedumbre. Abstraído por tales pensamientos, sólo presta distraída atencion al sermón del Ministro.

La escena del peral, aquel recuerdo de infancia, se representa á su memoria con la misma extraña vivacidad de siempre; pero, hoy ya no le dice lo que ántes le decia. Aquel momento amargo sólo difunde en su sér doloroso enternecimiento, en el cual se confunden dos imágenes infantiles: la de Tom el huérfano, y la de Dicky, el ídolo de su madre.

Cuando el guarda salió del Templo para dirigirse al puente, su corazón repetía en cada latido: ¡Pobre Kate! ¡Pobre Dicky! Él también dice: « ¡Pobre Dicky! » ¡Extraña coincidencia!

---

Entretanto, el objeto de aquel doble enternecimiento, sin esperar el despertar de Kate se había engalanado, de motu proprio, con su camiseta roja de bombero.

Esa camiseta era el traje favorito de Dicky, y todos los Domingos, despertaba la envidia de sus compañeros de clase, pues, además del color vivo, siempre grato á los chiquillos, el corte de la camiseta y adornos del cuello eran idénticos al de los bomberos de la Municipalidad, sin que le faltara el *F. B.*, distintivo del *Fire Brigade* prolijamente bordado.

Obedeciendo, en parte, al mandato de su madre, permaneció Dicky parado en la puerta de calle, ocupado en ver pasar las gentes que se dirigían

á la Iglesia; pero como el sueño de Kate se prolongara, no creyó el niño mimado hacer cosa en extremo posible revistiendo sólo sus gulas de Domingo.

« ¿Qué haces ahí plantado como un palo seco? »

« ¡Me fastidio! » respondió Dicky á su vecino Johny, el pilluelo más turbulento del barrio.

« ¡Ven á jugar al *square*, » agregó Johny, « ven conmigo! »

« No, que es Domingo! »

« ¡Miren el Metodista estúpido! Yo soy buen Católico y me divierto el Domingo y el Lunes, » agregó socarronamente Johny.

« Mi mamá también es buena Católica! » observó Dicky con su lógica infantil.

« Ven á jugar, tonto! » agregó Johny. « Los Católicos no se fastidian nunca. »

« Mamá me ha mandado pararme en la puerta. Está durmiendo y despues me llevará á la escuela. »

« Si está durmiendo, » replicó el tentador, « no veo por qué no vienes á ver pasar el Ferry, que todavía no ha pasado. »

« ¡Ah! ¿Todavía no ha pasado? » Dicky pronunció estas palabras con tal expresion, que Johny, viendo la partida casi ganada, insistió: « Ven *old boy*, esta vez para que no te ríñan, no iremos á la orilla del rio; trepando por el parapeto podremos desde arriba ver los pasajeros. »

La tentacion era grande; Dicky sucumbió. Volviendo los ojos á la puerta de su casa, como si le costara perderla de vista, siguió á su compañero que caminaba rápidamente en direccion al rio, silbando un *jig*.

En vez de bajar á la ribera, los niños siguieron el terraplen que costaba el rio é iba elevándose gradualmente en la direccion del puente que custodiaba Tom Crammer.

---

Una vez concluido el servicio divino, el Metodista se dirigió al puente, para relevar al compañero, que venia por complacencia, á reemplazarle casi todos los Domingos, durante dos horas. Era éste un hombre de alguna edad, llamado Livingston y en aquella lúea, de experiencia proverbial.

Tom habia imaginado proponerle tomara enteramente á su cargo el servicio del puente, previa aprobacion del jefe. Pero un solo punto le

inquietaba; Livingston era aficionado al *whisky*, y si bien nunca se le veía en completa embriaguez, no obstante, el Metodista dudaba, y maduraba en sus adentros la gravedad de tal proposición.

«La responsabilidad es inmensa,» se repetía Tom, á medida que se acercaba al puente. «La vida de tantos seres humanos en poder de un borracho. No, es imposible, yo no tengo confianza absoluta en Livingston, fuera criminal ofrecerle mi puesto hoy, porque me apremia el dejarlo. Más vale esperar, hasta que hallemos un guarda digno de la gran responsabilidad que va á asumir.»

Preocupado con éstas y otras reflexiones análogas, prestaba el ebanista distraída atención á dos figuras que se agitaban en lontananza, en la dirección del trayecto que recorren los rieles, costeando el río. Pero si bien su atención no se fijaba en ellas sino de paso, notó que eran dos muchachos, y que uno de ellos vestía una camiseta encarnada como la de Dicky. Los niños seguían el terraplén y se acercaban más y más al puente.

En ese momento Livingston salió al encuentro de Tom para entregarle la bandera.

«¿Qué hay de nuevo, camarada?» preguntó Tom al anciano, cuyo semblante le pareció más encendido y abotagado que de costumbre.

«Por a cosa; el Ferry está en retardo y acaban de telegrafiar que hay un tren suplementario á las doce y treinta y cinco.»

Mirando su reloj, Tom contestó: « Tanto peor para el Ferry; esperará. »

« Hasta la vista, compañero, » dijo Livingston, estrechando la mano á su camarada, marchándose luego en direccion á la ciudad.

Tom pensó en sus adentros: « No, el pobre viejo bebe ya más de lo que pueden resistir sus años, y decididamente » . . . .

En ese momento se oyó un silbido agrio y prolongado.

« El Ferry! » dijo Tom en voz alta, y con un movimiento rápido abrió el puente.

Unos pocos segundos despues desembocó el Ferry á todo vapor y se le vió pasar con su cubierta llena de pasajeros por la ancha abertura del puente movidizo, casi rozando la costa derecha. Tom, de pié, cerca del manubrio, con la gorra en la mano, saludaba á los maquinistas, que al pasar todos los dias le lanzaban un afectuoso: « Adios, Tom! »

El Ferry se alejó inundando de humo espeso la costa en que se hallaba Tom. Resonó un silbido estridente, y en el recodo del camino apareció el tren suplementario á todo vapor. En ese instante vió Tom que uno de los chiquillos, el de la camiseta encarnada que habia seguido corriendo al Ferry, caia de cabeza en el rio, y con la presteza del relámpago, reconoció á Dicky!

Un movimiento instintivo, rápido como la electricidad, impelió al padre hácia el niño; pero algo de más fuerte aún, algo de horriblemente doloroso, pero irresistible: la idea del deber, le detuvo en su puesto, y el Metodista, con mano firme, impelió el manubrio que cerraba el puente y elevó la bandera. Disminuyendo su rapidez, llegó jadeante el tren al puente, que atravesó pesada y bulliciosamente. En tanto el guarda, inmóvil, como petrificado en su puesto, vió pasar uno á uno aquellos vagones repletos de pasajeros indiferentes, desconocidos, á los cuales acabada de sacrificar la prenda más cara de su corazón, y viviendo un siglo en aquellos momentos de atroz dilacion, esperó á que la vía estuviera libre para lanzarse en busca de su hijo.

Corría Tom con vertiginosa rapidez; su pensamiento parecía como cuajado, y los latidos violentos del corazón sofocaban su respiración y agolpaban la sangre á sus sienes!

Un grupo de gente se agolpaba presuroso en la dirección de la escurpa. Oíase rumor confuso de vocerío, y los gritos desahorados de Johny que se lamentaba. Aquellos acentos infantiles derritieron el ténpano que uprisionaba el corazón del padre, y sintiendo que no podía ir más léjos, se detuvo para cobrar alientos. Una esperanza fugitiva, insensata, acababa de asaltarle, vana esperanza, que su corazón subía, ser embustera; pero que era

como el rayo de luz que filtra en la mina oscura y fría.

« ¡Demasiado tarde! ¡Tom, detente! » Tales fueron las expresiones que con tono duro pronunció Livingston, destacándose del grupo de curiosos.

« ¡El padre! ¡El padre! » repetían varias voces, y el tumulto crecía.

Tom se hubiera lanzado de cabeza al río en busca de su hijo, á no haberle detenido el Canadiense y otros compañeros.

« Ya han salido dos botes en busca del cadáver! » dijo una voz, y aquella cruel palabra fué el golpe de gracia para el desventurado padre.

« ¡Kate! » exclamó sollozando el severo Metodista, y sin curarse de la multitud que le rodeaba, cayó como una masa inerte en brazos del Canadiense.



En la Union Americana toda reunion popular reviste luego un carácter de *cosa pública*, y aquellos individuos sentian la necesidad de investigar



seriamente lo ocurrido. Livingston, medio ebriopalo y con la mira de criticar á su camarada, habia exparcido confusamente la noticia, diciendo: «Ha sacrificado su sangre por orgullo, tanto peor para él, tanto peor! ¡Que ahora no se lamenta!»

Un *hurrah* formidable resonó de improviso. La multitud acaba de comprender en ese momento la accion bárbaramente heróica de Tom Crammer.

¡*Hurrah!* ¡*Hurrah!* repetian cien voces, y con cada instante transcurrido, crecia el flujo popular. *Hurrah!* vociferaban las mujeres, los hombres, los niños. ¡*Hurrah!* á Tom el hourado! ¡*Hurrah!* ¡En triunfo! ¡¡En triunfo!!

Fuerza era aquella á la cual nadie podia poner un dique. En vano el Canadiense intentó apaciguar aquel entusiasmo cruel. El pueblo levantó en brazos á Tom Crammer, desmayado, semi muerto de dolor, y le condujo en procesion hasta su *cottage*. Allí le siguió su amigo el buen Canadiense, y gracias á la influencia de sus reiteradas súplicas, consiguió Villemain, que la turba entusiasta abandonara á su héroe en la puerta de aquella morada, en la cual acababa de penetrar el infortunio.

«¡Al City Hall!» fué la voz que repitió la muchedumbre al desbandarse. De allí debia emanar la peticion que acordara al guarda fiel, la recompensa tan penosamente merecida. Si Tom Crammer

hubiera podido usar libremente de sus facultades mentales: si todo su sér embargado por el dolor, hubiera dejado un espacio á su voluntad ofuscada por aquel acto de sobrehumana abnegacion, su primer movimiento hubiera sido huir, huir léjos de la vista de Kate. ¿Pero cómo efectuar aquella fuga, cómo sustraerse á la dolorosa necesidad de enfrentarse con la pobre madre? El dolor solo, un dolor sin medida absorvia las facultades del padre y anonadaba en él todo vestigio de voluntad.

La Providencia, con mano benigna amortiguó el golpe más récio que aquel cruel deber parecia imponer al padre: los reproches de la madre.

Poco ántes de la llegada del extraño cortejo, Kate supo de improviso la muerte de su tesoro por la lengua envenenada de una vecina. Aquel dolor apagó de un golpe las potencias intelectuales de la bella Kate, y con la vida de Dicky, huyó la razon de la madre. Kate ignoró siempre que Tom hubiera podido salvar á su hijo!

---

Al día siguiente, cuando la Municipalidad envió una delegación á felicitar á Tom Crammer, prometiéndole pedir al Congreso la medalla conmemorativa de su acción, el *collage* estaba cerrado. Kate había sido trasladada al asilo de dementes y Tom había ido como de costumbre á ocupar su puesto . . . en el puente.

Nada ha podido desprender al fiel guarda de aquella cruel tarea. En vano su amigo, el buen Canadiense, ha intentado por repetidas veces sustraerle al recuerdo vivo de su acción heroica. Tom ya no es ebanista, no es sino guarda: encerrado en místico silencio, vive como un autómatas, abriendo y cerrando con rígida escrupulosidad el puente fatal. Aquel deber doloroso parece haber remachado para siempre el severo Metodista al manubrio de su puente.



Dicky duerme en el cementerio de . . . bajo un grupo de frondosos castaños. Desde la estrecha tumba se divisa el río con sus riberas pintorescas

y animadas, aquel río que tanto gustaba al desobediente Dicky, y que debía serle fatal!

El silbido de la locomotora, y del Ferry, despertando los ecos de la ribera, parecen saludar aquella sepultura de niño; el humo denso de las máquinas traza surcos misteriosos y envuelve en vaporosos pliegues aquel asilo de paz, como si una mano gigante agitara, al pasar, sobre las tumbas, colosal un incensario.

Tom va todas las noches al cementerio; nadie sabe lo que allí pasa. La nieve no cubre nunca la tumba de Dicky; el musgo afelpado la tapiza; y cuando viene la primavera, las flores esmaltan el musgo.



Kate, canta y ríe; su demencia es suave y misteriosa. Habla siempre de un coro de ángeles que la custodian y conducen en su viaje. Cree siempre que está en movimiento, á pesar de la invencible repugnancia que muestra á toda locomoción efectiva.

Ha perdido la memoria y con ella la facultad de sufrir.

El Canadiense visita diariamente á Kate, y no pierde la esperanza de verla un dia recobrar la razon perdida. Tiene más por la de Tom; pero se guarda bien de decirlo á nadie: se haria lapidar!

.....

---

Al llegar á este punto de su narracion, el Marqués fué interrumpido por la turbulenta Berta.

« ¡ Qué historia tan horrible! » dijo la jóven.  
 « ¡ Qué cosas tan atroces pasan en América! »

Luisa, su hermana, que á pesar de tener ménos edad es mucho más reservada, preguntó: « ¿ Y Tom, tío, no visitaba nunca á Kate? »

« ¡ Nunca! » respondió el Marqués.

Berta irritada, exclamó:

« ¡ Esos puritanos son odiosos! ¿ Cómo? ¿ Después de haber sacrificado al hijo? »

Luisa agregó: « Yo comprendo á Tom! »

« Yo nó, » dijo Berta, « y le hallo odioso. »

« ¿ Pero cuál es la moral de esta historia ? » preguntó el viejo Nemrod.

« La moral, » repuso el Marqués, « cada uno puede buscarla y hallarla á su guisa. Yo me he limitado á contar la muy lamentable historia de un hombre honrado, que sacrificó su hijo en aras de un deber. »

« ¡ Deber ! ¡ Deber ! » murmuró el Baron.

« ¡ Deber ! » repitió el Marqués, con gravedad.

« Entónces, » dijo Berta, con su lógica femenina.

« ¿ Vd., mi tío, haria otro tanto, si se hallara en el caso de Tom ? »

« No, hija mia, porque yo vacilaria; y en ese caso el no vacilar fué lo que constituyó heroica la accion. »

« Es heroismo que no comprendo ! » repuso Berta.

« Te lo concedo; pues todo héroe es más grande que natura, y para comprenderlo es menester . . . »

« ¿ Qué es menester ? »

« Lo que á tí te falta ! » respondió el Marqués, que deseoso de interrumpir la discusion se dirigió al jardin.

FIN DE KATE.







---

SOMBRA.

---

*A MI AMIGO E. C.*

---



« Mi hijita; hoy es día feriado, no iré al Ministerio; hemos cerrado, como dicen los tenderos. »

« ¡Qué suerte, mi cielito! Iremos juntos al Museo; ya sabes que me lo has prometido. »

Y para hacer el recuerdo más vivo, la cariñosa Malvina acercó su boca sonrosada, de labios carnosos y húmedos, como cereza que el sol aún no ha acariciado, al bigote sedoso de su maridito, y con el corazón palpitante, esperó la taimada . . . Resonó un beso amoroso: y el canario que comenzaba un chuiiik, enderezó su pescuecito amarillo, guiñó un ojito y lanzó una nota sobreguda que hubiera hecho la fortuna de una diva.

Malvina y Julian llevan ya cuatro meses de matrimonio; se han casado muy enamorados, y nada hasta entónces les cupañado, ni de paso, la inmensa dicha que ambos se prometían al unir sus existencias.

Malvina no echa de ménos las galas que un

pretendiente alemán, de cabellera rubia y ademanas un tanto vulgares, hiciera resplandecer con singular empeño, ante sus ojos.

Su Julian no es más que un simple empleado de Ministerio, con poco sueldo y . . . en fin, cierto apego á lo buco, y ésto quien no le tiene? Su maridito la adora, sí, la adora, literalmente, y no cesa de repetírselo noche y día, y con cuántos mimos!

« No sabes, queridita mía! » dice Julian pasando su brazo por la cintura redonda de Malvina, « cuánto deploro no poder llevarte al Museo; parece una fatalidad; nunca puedo hacer lo que más vivamente deseo. »

« No puedes! ¿ Y por qué, lucerito mío? » Un beso en la pálida frente de Julian, que estersa y bella, coronada por cabellos negros, el encanto de su mujercita, acentúa la interrogación.

« No puedo, paloma mía, porque el Instituto Geográfico tiene una sesión extraordinaria y . . . creo que van á nombrarme Secretario y » . . .

« ¡ Ambicioso! » Se arroja la esposita en brazos del Secretario futuro ó posible, y . . . un alud de besos sonoros, prolongados, cierra los labios al candidato.

« Te he arrugado la camisa, mi hijito; deja que te ponga yo misma la corbata larga con el prendedorcito . . . te acuerdas? »

Diciendo y haciendo; las manecitas regordetoncitas, blancas como leche, colocan primorosamente la corbata de raso azul marino que sienta á las mil maravillas al esposito; la querendona no puede deshacerse de aquellos brazos que la estrechan, de aquellos bigotes fascinadores . . . .

Suenan las dos en un reloj vecino.

« Las dos! » exclama Julian, precipitándose sobre su levita. « ¿ Qué van á pensar mis amigos? . . . pronto los guantes! » Y con paso rápido, se aleja de su amorosa tórtola.

« Pero el sobretodo, mi hijito; te vas á resfriar! »

« No! no! » rechazánjola dulcemente. « Hasta luego. » Y de un salto se precipita en la escalera.

« ¡ Hace tanto friol » exclama la jóven, « y no me has dado el último beso » . . . . Julian no la oye ya . . . .

Pensativa cierra la puerta, Malvina, y le parece que el sol no brilla como ántes.

Julian no se pone nunca el sobretodo de día, tiene ligeras tendencias á la obesidad, detesta los gordos; pero su mujercita lo ignora.

Corren las horas lentamente; como es día de fiesta, Malvina no cose ni teje, ve pasar la gente detras de los vidrios, piensa en Julian, lee con gran distraccion un artículo de Revista, que trata de música; lo halla insulso, quizás lo es; se pasea impaciente, cambia de lugar las sillas de la sulita,

altera la simetría de los floreros y frioleritas que adornan la chimenea; se mira al espejo un rato y se fastidia mucho.

« Si la señora me lo permite, despues que sirva la comida quisiera salir con la cocinera. »

« ¿ Bueno, Juana; pero para volver? »

« Si á la señora no le parece mal, dormiré en casa de mi tia, y mañana temprano vendré para abrirle al panadero. »

« Bueno, Juana! »

Malvina está distraida, muy distraida; y como tiene buen corazon, no le ocurre negar á su mucama aquella salida; y sin pensar en los inconvenientes que ha de acarrear necesariamente, dice:

« Ponga la mesa: así comeremos más temprano. »

Corre, vuela Juana, como si tuviera alas; chocea vasos, platos, derrama sal y en un decir Jesus, adereza mal ó bien los enseres para la comida de los esposos.

« Encenderé el gas, ya Julian no tardará. » La cuestion es hacer algo. La luz brilla, la puerta se abre con estrépito y Malvina arroja el fósforo sabo Dios dónde, al sentirse dulcemente aprisionada.

¡ Cómo palpita su corazon! »

« ¡ Estás muerto de frio, amor mio! Ven aquí, á mi lado, con besos y más besos to voy á calentar; quitate los guantes, así, así! » . . . Y esos labios que tan bien saben besar, devoran las heladas

manos del Secretario, pues lo es, declarado tal por unanimidad.

Malvina, al oír tan fausta nueva, toma de asalto las rodillas de su señor y cubre de besos locos, frente, boca, mejillas y cabellos. Paga Julian con usura esas caricias, y por algunos instantes sólo se oye en el estrecho aposento un continuo arrullar de palomas . . . .

« Está la comida ! » anuncia Juana.

Los esposos se separan bruscamente, y alifando las pesadas trenzas castañas que caen en desorden sobre sus espaldas, dice Malvina confusamente, pues tiene dos orquillas entre los dientes: « Ya te diré por qué comemos temprano. »

Julian responde: « Bien, muy bien, » dando á su corbata la posición vertical que ha perdido, y la enamorada pareja entra al comedor, cambiando expresiva mirada y picaresca sonrisa.

Devora el amante dueño su plato de sopa que está caliente y sabrosa; en tanto su compañera, que encantada lo contempla comer según ella, « como jamás comió ninguno, » toma apenas una cucharadita.

« Veo que tienes apetito, apesar de ser temprano, mi hijito; pero como Juana me pidió licencia » . . . .

« Perfectamente, mi negrita; yo tengo por fuerza que irme á Colon, con esos señores del Instituto. ¡ Perfectamente ! » Dilátanse los rasgados ojos y

sé oye un : « ¿ Te vas esta noche ? » capaz de entornecer las piedras.

Dos lágrimas ruedan por la afelpada mejilla, y Julian, que está luchando con las espinas de un pejerrey frito, no ve el llanto ; pero el acento le acongoja.

« Mimosa mía, me voy por un rato . . . ya sabes, en mi posición debo mostrarme, frecuentar la sociedad, los hombres tienen necesidades » . . .

« ¡ Malditas espinas ! ¿ No habría medio que la cocinera ? » . . . Fijando en su mitad una mirada algo severa. « ¿ Pero que tú no pruebas bocado ? Verdad es que el pejerrey ! » . . .

« Lévese la fuente, Juana ! » murmura Malvina con voz doliente ; y Juana corre feliz á la cocina á contar á la cocinera, que los patronos se están peleando.

El asado y el guiso, no están comibles ; pero Julian declara que no le importa, pues ver llorar en la mesa no abre el apetito ; Malvina llora entonces de veras y salen ambos del comedor con caras graves.

« No iré á Colon, si tanto te aflige ! »

Enjuga Malvina sus lágrimas con gesto infantil y sonríe amorosa.

« Pero » . . . agrega Julian ; « quedaré en ridículo ; lo habia prometido. »

Las sombras cubren de nuevo aquel corazón amante que valeroso responde, sin embargo :



« Andá, hijito; pero prometeme no mirar á la cazuela. »

« Ya lo creo, alma mia! ¿ Quién puede interesarme en la cazuela ni en los palcos? . . . Mira; no llevaré antejo. »

« ¡ Eres un cielo ! »

El cigarro envuelve en nube azulada á los esposos que callan y el tiempo pasa.

« Ah, Julian! Hay una carta para tí, lo habia olvidado. »

Julian rompe el sobre y resulta ser una invitacion para el baile de la Beneficencia.

« ¡ Esta sí que es broma ! » exclama el flamante Secretario.

« Con no ir ! » . . . observa suavemente Malvina.

« Sí, y pasar por un guarango y que en el Ministerio crean que no me han convidado; eso es, justamente! » Y subiendo el diapason acentúa el *crescendo*.

« No te enojas, mi bien, que no yendo yo, tú podrias decir que » . . . .

« Eso es, que tus celos ridículos me tienen atado á tu traje y que . . . . en fin, pensarán quizá que es por no dar los doscientos cincuenta pesos, ¡ Oh pobreza! ¡ Esto sólo me faltaba ! »

Julian se pasea furioso de un lado á otro de la habitacion, como oso enjaulado . . . .

Silencio y suspiros . . . .

De repente el airado esposito saca el reloj y dice con ironía :

« Es hora de irme, ñi he de oír la introduccion. »

Malvina oye los pasos de la cocinera, que sale cuchicheando con Juana y siente que el corazon se le oprime: « Voy á quedarme sola . . . tendré miedo! » piensa la pobre niña. Julian se le acerca sonriéndole caridosamente.

« Hugamos las paces, mi hijita, » dice el seductor; y fija en la amante niña su mirada más irresistible.

« No te vayas, hijito! » murmura dulcemente la miedosa, colgándosele del brazo; me quedo tan solita; no te vayas! »

« ¿ Pero y Juana? »

« Le dí licencia. »

« Es inaudito, parece cosa hecha adrede, y tus celos absurdos, estúpidos, me han de enloquecer. »

« Te aseguro que . . . las lágrimas terminan la frase. »

« Eso es, llanto, escena ahora; al diantre las . . . » y Julian arroja furioso su cigarro medio apagado, que quema, sinembargo, un buen pedazo de la alfombra.

« ¡ Cielo mio! No te enojas, tienes razon, no lloraré; mira, ya no lloro. Ponte los guantes que ya siento el tramway . . . dame unos besitos y . . . no vuelvas tarde; por favor. »

La corneta del vehículo parece devolver al joven esposo su habitual placidez; resuenan dos besos, oyesse un « No tardo mi visita! » y el venturoso Julian se precipita fuera de la habitación.

Malvina acongojada, medrosa, se queda triste y sola con el canario . . . dormido.



El tiempo es largo, es interminable ó es rápido, fugaz, según se mida.

Julian entra á Colon con varios amigos y toma asiento en la primera silla de un palco de avant scène y apoya delicadamente su mano, estrechamente calzada de nuevo, sobre el rojo terciopelo, fijando distraídas miradas en la sala. Compró de paso en la tienda de Hazille, guantes perla, los otros eran oscuros y usados.

Malvina se ha quedado sola, el golpe que cerró

la puerta de calle, ha resonado lúgubrementemente en su corazón; le parece que está como enterrada viva; cruel sensación de extraño desaliento se apodera de su espíritu. Lloro y llora á sollozos, como lloran los niños; pero ese llanto es demasiado vehemente para ser duradero. Su dolor se calma con las lágrimas y su corazón renace á la esperanza.

« Julian me ha prometido no mirar á la cazuela ni á los palcos! » exclama en alta voz y para afirmar su creencia, corre á ver si el antejo está en su lugar. ¡ Oh gozo! . . . la caja de marroquin verde oscuro, sin que sea necesario abrirla, revela desde lejos que el antejo está allí prisionero; Malvina, con infantil curiosidad, la abre. Saca los gemelos, los dirige hácia el espejo, en el cual se retrata su propia imagen, profusamente iluminada por un pico de gas. La celosa se encuentra preciosa, y lo está.

Hace una muequilla coqueta y sus labios sonrien enseñando unos dientes blancos y menudos como granos de arroz.

« Así me miraba Julian, cuando me festejaba, » piensa la coqueta, y aquel recuerdo dulcísimo apaga, sin embargo, la sonrisa de su linda boca. Toma de nuevo el antejo, vuelve á mirarse y se encuentra despeinada, con el cuello ligeramente ladeado, pues en la amorosa liza, perdió el alfiler y aún el lazo que lo sujetaba.

« Estoy atroz! » dice, y deja furiosa el antejo volviendo la cara á otro lado, no sin hacer ántes, debo reconocerlo, una mueca poco graciosa al espejo.

Nada dispone peor el humor de una mujer que el hallarse fea; ante el propio juicio crítico, todo queda pálido y descolorido: no hay cumplimento que haga olvidar el terrible fallo del espejo.

« ¿Qué haré para matar el tiempo? » piensa con cierto mal humor Malvina. « Si no fuera día de fiesta, bordaría aunque fuera de noche; pero, mientras otros se divierten, también fuera sonsera » . . . « Otros » es Julian y todo Colon; no cabe duda.

Oscuras sombras cubren el semblante de la esposita y un pensamiento celoso, intuitivo, cruza como relámpago por su cabecita despeinada: « ¿ Si habrá ido Pepa? »

Esta idea cobra tal cuerpo, tal fuerza, que la celosa siente necesidad de pasearse de un lado á otro durante algunos momentos.

Se oye un organito que toca una mazurka; Malvina la reconoce, y de improviso brillan sus ojos. Su memoria le retrata fielmente la noche venturosa de su triunfo radical sobre Pepa.

« ¡ Ah! Fué conmigo que bailó esta mazurka y al día siguiente me pidió, » exclama arrobada; y á pesar del frío recio, abre la ventana la celosa: no, que ya no lo está! y llama con su *chú* expresivo al organista, corriendo presurosa en busca de un

peso, que halla felizmente, aunque algo viejo, en el fondo de su cartera, regalo de Julian.

El italiano agradecido, repite: « Grazie tante ! » y la mazurka hace las delicias del barrio durante media hora.

Malvina escucha embelesada; aquella melodía vulgar evoca imágenes deliciosas que agitan su corazón, y el recuerdo de sus días de novia le hace olvidar hasta la ausencia de Julian.

Cesa el organito su mazurka, el almacén de enfrente acorta su luz y Malvina, como quien despierta de un sueño, dice: « Ya debe ser tarde ! »

El reloj del Cabildo da lentamente las nueve, y la pobre solitaria se apercibe cuán poco ha consumido de aquel tiempo interminable; y con doloroso estremecimiento mide las horas que aún debe pasar sola sin su marido.

Pero Malvina es valiente, y con un « paciencia ! » acompañado de hondo suspiro, se dirige á su cuarto, y emprende la magna tarea de arreglar su ropero, que sea dicho de paso, deja que desear como prolijidad y aliño.

Nada ocupa de una manera más grata á una recién casada, y Malvina lo era, que esa revista minuciosa de sus galas.

Si la joven es rica, la vanidad se lleva en ello una buena parte, si no lo es, como Malvina, la coquetaría suple áquel vacío. Además, ahí está el traje de

novia, de blanca gasa, con su velo trasparente, algo arrugado y todavía con los alfileres que lo sujetaban, y los zapatitos al lado de la corona, lo cual no es muy racional, pero quizá emblemático. Malvina lo comprende bien, y pone los azahares que contempla enternecida pero sin pena, en la tabla más alta del ropero, ayudada por una silla; mientras que los zapatos quedan en la de abajo . . .

« Por si hay algun baile! » Tal ocurre á la esposita. Esta idea del baile, le recuerda el de la Beneficencia á que irá, mañana Sábado, su Julian adorado . . . .

Nueva sombra cubre su rostro, y las camisas y los pañuelitos que están en confusion, así quedan.

¡ Tanto peor! ¡ Quién piensa ya en esas cosas!

« Otra noche de tristeza, » piensa la pobrecilla; « pero ¿ quién anda ahí? » . . .

No tiene duda, en el comedor ha oido pasos. Su terror toma proporciones colosales; siente pasos, sí, los siente. « ¡ Qué horror! ¿ Si serán ladrones? ¡ Qué va á suceder! . . . ¡ Dios mio, Dios mio! »

Corre instintivamente la pobrecilla en direccion á la salita, con la idea de llamar al vigilante; pero una vez abierta la ventana, le da vergüenza; piensa que es temprano para ladrones y el viento frio que refresca su cara, parece volverle el valor.

« Hau de ser las lauchas . . . . Juana me ha dicho

que va á comprar una trumpita! ¡Qué floja soy!  
¡Qué diría Julian de mí si supiera! . . . »

Sonríe la melódica; pero no se aparta de la ventana, le parece que los pasantes la acompañan y que la luz del farol es más alegre que la de su aposento. En la salita está á oscuras y para ir á buscar los fósforos, hay que ir donde oyó los pasos; no va por nada . . . que temprano ó no temprano, quien puede asegurar que los ladrones . . .

¿Qué hace Julian entretanto?

¡Oh! El antejo de un amigo es excelente, y como todos miran á las bailarinas, escotadas y rollizas sirenas; él cree que puede y debe hacer lo que hacen todos, sin faltar á su promesa conyugal. De la cazuela lo miran; el irresistible lo sabe y de vez en cuando se atuzo coquetamente su bigote, que sea dicho en obsequio de la verdad, es irreprochable. Allí está Pepa. ¡Pobre Pepa! Julian reconoce que se ha portado mal con ella, y la saluda con especial urbanidad y cierta contrición . . .

¿Qué será que ya no pasa gente y el tranway se hace desear?

«Ha de ser tarde!» piensa para sí Malvina, que tiene mucho frío y se fastidia, y de buena gana se acostaría. Pero no se atreve á moverse de donde está; mal ó bien, desde los vidrios y haciendo un esfuerzo suele verse el vigilante de la esquina.



La pobre esposita ha notado que aquel tiene capote, que los botones brillan cuando la luz le da de costado, que un gato va y viene por el medio de la calle y que en el almacén van á cerrar . . . ya han cerrado. ¡Cómo lo siente! A pesar de que la vista de un queso amarillo, que habia sobre el mostrador le causaba un no se qué en el estómago; la luz del almacén y los dos muchachos que parecían jugar á la baraja tras el mostrador, la divertían.

Malvina cree que tiene como . . . . hambre, y la pobrecita exclama entre bostezos: « ¡Si no he comido! » Esta idea parece aguzar más su apetito, y la miedosa, con el corazón palpitante y la respiración anhelosa, toma la viril resolución de ir al comedor, á ver si hay pan.

Pobre Malvina! que á trueque de morir de miedo ha pasado la terrible puerta y no halló sino migas y aún éstas con olor á laucha. ¡Ah! ¡Ah! . . .

El reloj del Cabildo ha dado horas: pero no las ha contado la hambrienta esposita, y como el frío la hace tiritar y un poco el miedo, decide acostarse, pero vestida.

Pasa el tiempo lentamente; el gas que por economía ha reducido á pequeñas proporciones, lanza una luz mortecina.

« Si pudiera dormirme! » piensa Malvina; « pero sin Julia no puedo, no puedo! » y el llanto corre de nuevo.

Suelen dormirse los niños después de mucho llorar; eso le pasó á Malvina, que así gastó como una hora de aquella velada interminable.

Cruje la puerta. ¡Oh dicha! ¡Oh dulce despertar en brazos del amante dueño!

«¿Vestida? ¡Qué locura! Pronto, pronto á la cama, monona mía, que hace frío y mañana tengo que madrugar.»

Un beso. Un «te adoro,» un suspiro . . . Y todo queda en silencio y sombras! . . . .

Julian había cenado en el café de París con sus amigos del Instituto!

«¡Cómo! almorzando todavía y nosotras ya hemos oído misa y hemos estado en el mercado!»

«Sí, almorzando, mamá: pero ya Vds. lo ven, me despacho y me largo al Ministerio.»

«¡Pobre mi hijo!» exclama la enjuta matrona.

Y mirando compasiva á su vástago, que no parece sufrir en lo más mínimo, fija una mirada inquisitorial en su nuera, que come de buena gana un par de huevos fritos:

« ¡Qué tragona! » agrega riendo la cuñadita, « no te aprovechu; estás con cara de naranja chupada; y Julian, aunque no ha hecho sino sorber un huevo sin pan, parece una camelia. Á propósito, hijita, vieses qué ramo tan divino ha comprado Pepa en el mercado, para el baile de esta noche! ¡Es una delicia! »

« ¿Cuál Pepa? » Estas palabras las pronuncia Malvina con voz temblorosa.

« Pero cuál Pepa, zozza? Pepa Salas . . . ya te has olvidado; á fe que buenas rabias te ha costado! »

« Y con toda justicia! » exclama la suegra, « pues Pepa es una jóven muy seria y religiosa, que nunca hizo caso de Julian, aunque él se bebiera los vientos por ella. »

« ¡Ya lo creo! » afirma caritativamente Rosa la cuñada, boton agostado ántes de abrir, cuyo semblante y carácter, desunienten sin cesar el bello nombre que le dió su madrina.

« ¿Qué dijo Pepa? »

« Que anoche habia visto á Julian en Colon muy buen mozo y que en la cazucla todas decian: ¡Cómo se habrá quedado Malvina de rabiosa! »

« Qué ocurrencia! » balluceó tratando de sonreír la celosa.

« Nada tiene de particular, » objetó la suegra. « Es notorio que tienes al pobre mi hijo como una

víctima, y que hasta para salir con un amigo, le cuesta pasar por duras penas. »

« Yo, señora, le aseguro, » respondió Malvina, « que aunque lo quiero mucho, con toda mi alma, » y al decir tal su semblante se coloreaba suavemente, « por verle contento y alegre, haria cualquier sacrificio y . . . . »

« Eso es! » exclamó Rosa, « y pondrias cara de entierro y le quitarías á él la gana de divertirse. Bueno. ¿Y esta noche? . . . Pepa le mandó la tarjeta, ella misma la escribió de su letra. »

« ¡Ah! » suspiró Malvina.

« Como que es de las que ayudan al ornato, » agregó la suegra, « y en todo está; y las damas de la comision para todo la consultan; tiene un gusto! ¡Oh! Si de mí hubiera dependido! » . . . . »

« ¡Ah! maná, no diga! » exclamó Rosa, « vea que Malvina se pone verde. »

En efecto, la jóven sintió que algo de opresivo parecia impedir su respiracion; por algunos instantes cerró los ojos y quedó como aletargada.

« No lo tomes á lo serio, » dijo la suegra dilatando su boca desportillada. « Pepa es hija de una amiga de la escuela, y vos, aunque buena niña, no lo niego, sos . . . . y como vacilara, la cuñadita agregó: « Sos del otro lado del charco. »

Malvina es oriental, gran pecado.

« Hasta luego hijita; nos vamos á las tiendas, y

á eso de las cinco vendremos á comer; se me ha salido la cocinera y si no incomodamos . . . la suegra frunció el ceño cual otro Júpiter tonante y esperó!

« Señora, Vds. no incomodan nunca, bien lo saben. »

« Sí, pero no estés con cara de entierro, » agregó Rosa. Y con tal flecha se retiraron riendo y criticando, madre é hija.

Suspiró Malvina dolorosamente, y esta sombra cruzó por aquel corazón amante: « Vienen á comer; ¡á qué hora podré hablar con mi Julian! »

« Pero no hay tiempo que perder; Juana, Juana! llame á la cocinera. »

« Ha salido! » responde de adentro Juana.

« ¿ Cuándo volverá? » . . .

Siempre de adentro: « No ha dicho! »

« ¡ Jesús me valga! ¡ Y si no vuelve! » . . .

Llega Juana bajándose las mangas. « No se aflija, señora, dijo que iba á lo del médico, tiene la hija enferma. »

« ¡ Pobre mujer! » exclama la sensible niña, « con la hija enferma y viene á cocinar! »

« ¡ Oh! Los pobres, señora, no tenemos tiempo para esas cosas. »

« Es cierto, Juana! » y una lágrima brilló en aquellos lindos ojos pardos.

« ¿ Qué quiero que haga yo, señora? Ya he oído

que las otras vienen á comer. Si la cocinera no está acá á la una, yo le cocinaré; ¡ya verá qué perdices!

« ¡Qué suerte, Juana! ¿Pero, y las perdices? »

« ¡Oh, se compran! »

« ¿Pero, y plata? ¡Ayer dí para el mercado, y como Julian no está! »

« Deje no más, señora, yo tengo, y por diez pesos nadie se muere. »

« ¡Ay! Pero yo no los tengo . . . hablaré á Julian. »

Una noche de cualquier modo se pasa, dice el adagio, y con mayor razón, puede el dicho aplicarse al día.

Cuando el sol brilla, canta el canario, y las manos pueden ocuparse en alguna labor gruta, las horas vuelan. Así pensó Mulvina, cuando de nuevo vió llegar á sus amables parientas, que entraron alabando los colores de sus mejillas y el buen gusto del bordado que en las manos tenía.

Todo, gracias al cielo, estuvo pronto á la hora oportuna, y Julian tuvo la dicha de abrazar á su amada prenda, sin oír más críticas que estas: « Vamos, que esas son cosas de novios, y los casados no tienen para qué estarse besuqueando como palomas. »

« Está la comida. » ¡Santa palabra!

Y la suegra se lanza al comedor, seguida de los espositos á quienes Rosa hace sentir sus espaldas, repitiéndoles:

« Nada de besos, caramba, y á la mesa ! »

Malvina, feliz y linda como una flor, hace los honores de su mesa con indecible encanto; todos están contentos y comen con apetito; sólo la cocinera exclama, al ver las fuentes de regreso: « ¡ Vaya un comer ! »

« Qué sacar el reloj ! » observa Rosa. Ya Malvina lo ha notado, sin atreverse á temer. El corazón necesita á veces engañarse voluntariamente.

« Es que hay Cámara de Diputados, y el Ministro me ha recomendado no falte. »

« ¡ Ah! el señor Ministro ! » dice la madre orgullosa, mirando embelesada á su hijo.

« ¡ Sí ! » responde Julian, huyendo las miradas de la pobre Malvina, que hace sobrehumanos esfuerzos para no llorar; pero en vano.

« Jesús qué cara ! » dice Rosa, y rie sin piedad.

« ¡ Pero mi vida ! » . . . . Julian se acerca á su amada; Malvina solloza con violencia.

« Esto sí que es para causar á un santo ! » repite la madre.

Y Rosa agrega: « Quiere tenerlo á la pretina. »

Acaricia Julian en voz baja á Malvina y le promete venir temprano á . . . vestirse. Malvina reprime sus lágrimas como puede, y sale del comedor en compañía de su maridito.

« Divertirse ! » repiten en coro madre ó hija, y se preparan para marcharse.

Haciendo un violento esfuerzo, se arranca Julian de los brazos que lo encadenan, y su despedida es:

« Van á verte llorar y qué dirán? . . . Que nos hemos peleado . . . »

Malvina permanece en la puerta de calle siguiendo con la vista, con el alma, á su maridito, que los faroles de gas recién encendido le permiten ver hasta muy léjos.

« ¡Ven á pasear con nosotras, zonza! » dicen á duo suegra y cuñada.

« No! Me duele la cabeza! »

« Buen provecho! »

« ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! »

Sombras y sombras . . .

La pobre niña se siente muy enferma, corre á su cuarto, y Juana, que oye un ruido insólito, viene á socorrerla.

« No será nada, señora, la comida no le ha sentido bien, le haré una tacita de manzanilla, y así, acostada y bien suelto el corsé, tal vez le pasará. »

Cuando llega Juana con la manzanilla, duerme tranquila Malvina y la buena sirvienta la contempla con marcada admiracion.

« Qué bonita es! » dice Juana, « pero. . . no es dichosa, y sin más reflexiones, corre á comer y á hacer su servicio.

El sueño es panacea para los males del cuerpo, y aún suele calmar los del espíritu.



Despertó contenta y sana la esposita; su primer pensamiento naturalmente fué Julian.

No la abruna sospecha celosa, y por el contrario, recuerda con cierta vanidad que su maridito está desempeñando una misión importante, por lo ménos, ella así la cree; y en la vida eso es casi siempre lo esencial. Arregla sus cabellos con cierta coquetería, se mira detenidamente al espejo y aún se cambia el cuello, la coqueta. En seguida toma su bordado, que es una batita muy pequeñita, y suspirando dulcemente, piensa que algún día esas manguitas cubrirán dos bracitos sonrosados. El pensamiento de una mujer al penetrar en esas regiones, se eterniza en un eden florido: nada puede rivalizar con la virginidad de sus ensueños maternos.

Terminaba Malvina su batita, despues de haber trabajado sin levantar cabeza, durante tres horas, cuando oyó un ronquido destemplado que rompió la magia de sus pensamientos.

« Es Juana que se ha dormido. ¡Pobre muchacha! »

« ¿ Pero qué hora es ? »

El reloj del Cabildo daba horas en ese momento. « Las once. ¡Imposible! » Corre Malvina á la sala, allí verá si han cerrado en frente; pero en ese instante llega Julian, y el tiempo no tiene ya para la enamorada, valor apreciable.

« ¡Qué barullo, mi hijita! ¡Es una derrota completa! ¡Qué caras las de algunos tipos! »

---

Malvina abraza á Julian con sin igual ternura, y sin escuchar siquiera lo que éste le dice, pronuncia con acento misterioso un: « ¡Si supieras, mi vidita, si supieras! »

Julian, besándola: « Ya sé, ya sé, mononita, pero es hora de vestirme, despues hablaremos! » y el esposito comienza á quitarse el jaquet.

Siéntese herida Malvina al ver aquella prisa, y sin pronunciar una palabra, abandona el brazo de Julian, que aún está cubierto por la manga del jaquet.

El secretario penetra en el aposento y comienza la ceremonia; pero Malvina permanece en la salita, pensativa, con el corazón envuelto en sombras: por la primera vez las lágrimas no humedecen sus ojos. Tormenta seca, rayos sin lluvia benéfica. Sigue Malvina con oído atento los ruidos bien conocidos de la *toilette* de Julian y su corazón celoso, va poco á poco despertando.

« Y mi corbata blanca ¿ mi hijita ? » ...

« Voy á buscártela. » Y la víctima va, ella misma, á engañar al verdugo.

¡ Julian es todo un buen mozo! El frac le sienta á las mil maravillas y su enamorada tórtola, al verlo de punta en blanco, exclama mimosa: « No vayas, mi cielito, por favor, no vayas! » ¡ Ay! El esposito, que no le permite acercarse á arrugarle la camisa, responde riendo: « Anda, tonta, que parece tener cinco años; ¡ vaya una madre! »

Fija Malvina en su amado una mirada de reproche, y murmura:

« Por eso misma no debieras ir tú! » ...

« ¡ No faltaba más! mira, monona. » Y tal diciendo Julian, pasa cariñosamente la mano por la cabeza de Malvina, que se ha dejado caer sobre una silla: « Voy sólo por un momento, te lo prometo, acuéstate y que Juana se quede en el comedor. »

Malvina no responde.

Sombras opacas oprimen el corazón de la jóven esposa, desgarrado por agudos celos.

No repara siquiera en la partida de Julian y queda como anestesiada por el exceso de la pena.

Presuroso corre el esposito tras el rápido tramway, y con un: « ¡ Pobre Malvina! » pronunciado mentalmente, tranquiliza su conciencia y endereza el lazo de su corbata. ...

Malvina sufre un tormento extraño; le parece

de improviso que se halla en la sala del baile, sin que su presencia sea notada, salvo por un hombre pequeño de cara sonrosada, semblante risueño, modales inquietos y corbata blanca, más blanca, se le figura á la jóven, que todas las demas corbatas. El hombre lleva anteojos de oro, que relucen más, mucho más, que las preciosas piedras ostentadas por la riquísima señora de A. . . y la opulenta señora de P. . . Son dos estrellas inquietas que chispean sin cesar y penetran como acerada punta de estileto en el corazon de la esposita.

El individuo de los anteojos no se aparta de Malvina. De continuo le toma la mano, como si su intencion fuera invitarla á bailar. Imposible. Aquella boca sardónica, aquellos cabellos despeinados, incultos, aunque de color dorado, no revelan un bailarín, sino. . . « ¿Qué oficio tendrá este buen señor? » dice para sí la esposa, que casi ha olvidado á Julian, en su extraña preocupacion de penetrar el misterio que envuelve al inquieto personaje. Todos le saludan, todos le conocen y él sonrio familiarmente á todos, llamándoles por sus nombres.

Aunque no baila, se divierte, á no dudarlo.

Aquel hombre parece conducir á Malvina por un hilo eléctrico, y la sensacion nada tiene de penosa. No oponè resistencia la esposita; y como

quien flota entre nubes, sin obedecer á la ley de gravedad, sigue al afable doctor, pues tal lo es, que todos le dan ese título, hasta penetrar en un sitio encantado, á lo ménos así lo halló ella, que allí estaba el encantador por excelencia, el dueño de su alma, el esposo adorado, en fin, su Julian.

Corre Malvina presurosa hácia el objeto amado; pero Julian no repara en ella; y á pesar de que dos brazos amorosos le enlazan apasionados, el esposito parece que nada ve, que nada siente.

¡Martirio cruel! Malvina toca con sus labios la frente húmeda de Julian y éste lanza una carcajada, exclamando: « ¡Yo enamorado de mi mujer! . . . ¡No Pepa, usted no lo cree! » . . .

¡Horror! la esposita lo ha oído, y aquellas palabras feroces, han herido de muerte algo, que sin un lamento, sin un estremecimiento, deja de tener vida y en un tiempo inapreciable ha pasado el límite insondable.

. . . « Estoy soñando! » . . . dice Malvina, « esto es una pesadilla horrenda. ¡Dios mío! haz que me despierte, que me despierte! »

El exceso de la angustia volvió á la jóven la conciencia de sí misma, y su primer sensación fué un agudo dolor en el costado. Llevó la mano al sitio dolorido, suspiró y de nuevo cayó en una noche oscura y sin sueños.

¡Sombras! . . . . .

Oye Juana un quejido y despierta solícita. Llégase al lecho. La respiración anhelosa de su señora alarma á la buena muchacha, que exclama *sotto voce*: « Y el otro en el baile. . . ¡ Ay, Juana! no te cases! » corriendo en busca de una vela.

« ¡ Jesús me valga, y qué será esto! » Y la pobre Juana cayó de rodillas delante de la cama, en la cual se agitaba devorada por la fiebre la celosa Malvina.

Entretanto, en la sala del baile la consabida mazurka resuena de repente.

Ciñe Julian el talle, no muy delgado de Pepu, y ambos, unidos, se lanzan al animado torbellino.

Un suspiro, un ¡yo también padezco! . . . y quién podrá decir que Malvina no tuvo razón. . . .

¡ Sombras!

« Y creo Vd., doctor, que esta muchacha tan? . . . si no sé cómo llamarla! » . . .

« Tan impresionable, » agregó el doctor, « podrá mas tarde recobrar lo perdido? »

« Vaya que si lo creo. . . ésto es nada. Un poco de reposo, el calmante que prescribo, y que Julian baile ménos. »

El doctor levantó la cortina y durante algunos instantes fijó su mirada escudriñadora en el rostro pálido de Malvina. La esposita abrió los ojos y reconoció al misterioso personaje del baile.

« Hubré soñado! » Su imaginacion perezosa no fué más allá.

« ¡Chit! » y poniendo el índice de la mano derecha sobre sus labios abultados, el médico agregó en voz baja: « Por ahora silencio » . . . Dejó caer la cortina y sin ruido se ajejó. . . .

Malvina cerró de nuevo los pesados ojos y se durmió. . . De vez en cuando, creía oír una voz que decía: « Esta muchacha no sirve ni para eso! »

Pero otra cariñosamente respondía: « ¡Pobrecita! Ya verá Vd., ya verá Vd! » y todo se borraba entre sombras! . . . . .

Brilla en lontananza una luz azulada que crece y se acerca.

¿Sueña aún Malvina? . . . Nó! . . .

Dos manecitas rechonchitas le acarician tiernamente, mientras una vocesita plateada, le dice al oído: « Soy Juliancito » . . . . .

¿Qué ha pasado? . . . Nada y todo: el tiempo ha marchado; y ese amigo fiel de los que sufren, ha consumado su obra. ¡El misterio de los misterios!

La vida por la vida. . . .

Nubes sonrosadas!

FIN DE SOMBRAS.





---

BEPPA.

---

*A MI HIJO RAFAEL.*

---



Son las seis de la tarde. Hace frío, mucho frío; que estamos en Nueva York, y el fin del Otoño, en aquel clima, es muy rigoroso.

Óyese resonar el *gong* atronador, que sacude el aire violentamente, y con sus vibraciones terribles, parece conmovier hasta los muros graníticos de esos inmensos hoteles, dónde se alberga el pueblo Americano.

Por las anchas escaleras lujosamente entapizadas, bajan en grupo pintoresco, damas elegantes, con vistosos trajes y elaborados peinados; á la luz del gas profusamente difundido, brillan sus joyas, y ya se percibe el grato murmullo, que producen las voces femeninas de la raza Sajona. Pretenden los Americanos y los Ingleses, que las damas del Mediodía, hablan algo recio: quizá tengan razon.

Apénas van llenándose las mesas del vasto comedor, y ya se oye *the music*, la infaltable música, compañera inseparable de esas *meals* (comidas.) ¡Música execrable! Pero el Yankee, como el Inglés, paga bien, aunque juzga mal, el divino arte, ó mejor dicho, no lo juzga. Violines agrios, arpas

destempladas, voces roncadas y desahinadas, forman el concierto obligatorio de *virtuosos* ambulantes, que acuden á las puertas y ventanas de los hoteles, mañana y tarde. El Yankee es caritativo y poco nervioso.

En el invierno, penetran los músicos en el ancho vestíbulo y entónces el ruido es insoponible.

« *Sull mare lucica* »

« ¡ Mamá! Mamá! Oyes la barcarola napolitana? »

« Sí, mi hijito. ¿ Pero quién toca ese violin chillon y destemplado? »

« Es un Italianito! » responde una voz infantil.

« Que venga! »

Corre solícito el niño rico en busca del niño pobre y lo trae por la mano. ¡Qué contraste! Rubio, sonrosado, con mejillas afelpadas, es el rico; viste traje de terciopelo o turquí y corbata de blanco encaje, su talante es apuesto y sus cabellos perfumados relucen como el oro. Una luz chispea en sus ojos: es la esperanza de socorrer un infortunio, que el joven violonista, macilento, escuálido, con largos cabellos lacios, endurecidos por el frío, encorvado y casi jiboso, es la imagen de la miseria.

Está nevando; la chaquetilla roja descolorida, estrecha, con pratenasos; alumares desgredados,

cubierta de copos de nieve, que el calor de la habitacion reduce á manchas, parece una ironfa, pues si muchos son los remiendos, más son los agujeros. Brillan los dientes del pobre, que sonrio de frio, su piel atezada se colora de un tinte amarilloso y sus ojos lacrimosos deslumbrados por el gas, pestañean de continuo. El violincito, que el niño músico oprime con sus manecitas cárdenas y húmedas, lanza gemidos dolorosos; la alegre barcarola, hija del caprichoso mar azulado de Italia, se trueca en angustioso lamento de un alma en pena, prisionera dentro del violin, ó más bien en quejidos de hambrienta criatura.

«Taci per carità carino,» (calla por favor, hijito) dice la dama, y el niño no comprende la dureza materna.

«Che vuoi?» (Qué quieres?)

«Dami un soldo,» (Dame un sueldo) responde el niño mendigo, sin dejar su actitud de virtuoso.

«Non ne ho.» (No tengo,) dice la dama.

«Si che ne hai, e pur de franchi.»—(Si que tienes, y tambien francos.)

No comprende el por qué de la discusion el niño rico, y mirando con extrañeza á su madre, exclama en inglés: «¡Dáale mi franco del Domingo, mamá!»

«¡Poverino!» murmura la madre, abrazando con una mirada á los dos niños y poniendo en la

manecita del Italianito dos relucientes monedas de plata.

Lanza una especie de gemido ahogado el violinista, y con esa gracia teatral de su raza, se arrodilla, besa el traje de la dama, y exclama: *Madonna mia dei fiori!* (Nuestra Señora de las flores!) y comienza á tocar de nuevo el destemplado *Sull mare lucica!*

« ¡Basta, carino! » ¿Come ti chiamo? (¿Cómo te llamas?)

« Gino. »

Gino deja de tocar; el niño rico, alentado por la blandura materna y con aquel instinto de la infancia, naturalmente generosa, comienza á recoger las naranjas, las bananas, las almendras y los dulces, que en vistosas y tentadoras pirámides se elevan sobre la mesa.

Con ojos curiosos y ávidos, sigue Gino los movimientos del niño rubio y éste va poniendo en manos del violinista, su apetitoso botín. Pequeñitas son las manos, que no abandonan ni arco ni violin, estrechos y andrajosos los bolsillos del pobre, de suerte que bananas olorosas, naranjas doradas, almendras y dulces ruedan por el suelo . . .

Ambos niños se afanan por recogerlos: sus cabellos y sus manos se confunden entónces como sus almas. ¡Caridad y reconocimiento! Notas celestes desprendidas de la eterna armonía!

« Dáale más bien pan, » dice la madre; y el niño rico, que vuelve á no comprender, halla dura la expresion de su madre.

Un Americano práctico, ofrece un diario para envolver las dávidas y Gino se va contento y muy cargado.

Esta escena, con pocas variantes, se repite de continuo.

Arrecia el frio, que el invierno llega, y cada noche aparece Gino más desenchujado y helado.

« ¿ Voui restar con me, curino? » (¿ Quiéres, hijo, quedarte conmigo?) Dícele un dia la dama.

Hablaré á su padre, piensa la caritativa señora, y trataremos de hallarle alguna colocacion.

« No! » responde Gino.

« ¿ E perche? ¿ Non hai freddo? » (¿ No tienes frio?)

« ¡ Si! »

« ¿ E allora? ( Y entónces?) » « Non hai fame? » (¿ No tienes hambre?)

« ¡ Si! »

« ¿ E perche mai? » ( Y por qué, pues?)

« Per non lasciare Beppa. » ( Por no dejar á Pepa. )

« ¿ E chi è Beppa? » (¿ Quién es Pepa?)

« La vedrete! » Y con este misterioso « la ve-  
reis, » se marchó Gino con sus naranjas, sus co-  
bres y su pan.

De repente dejó de venir Gino. La primera vez el niño rubio exclamó: «¡Qué será de Gino!» La segunda lo olvidó y la tercera dió naranjas y bananas á otro Gino, que no era Gino, y que en vez de violin cantaba con el arpa.

Una noche, á pesar del frio intenso, acerudo y de la gran cantidad de nieve que habia caido, decidieron los padres del generoso rubio ir con algunos amigos á hacer una visita en las cercanías. La luna que se destacaba sobre un cielo luminoso, sin nubes, recordaba la « vela cándida » del poeta; el niveo manto, que todo lo cubria, poetizando con su blancura nítida, hasta el más feo barrote de hierro, aclaraba de tal suerte los objetos, que suprimia las sombras.

Parecia un rival de la luna, rival opaco; pero rival poderoso.

Caminaba el grupo lentamente, sin ruido. La nieve, que cambia el aspecto de una ciudad, altera hasta el tañido de las campanas.

Condensado el aire les da mayor vibracion; en el suelo nada resuena, la capa algodonosa en que el pié se hunde, todo lo amortigua. Oyéense sólo las campanillas cristalinus de los trineos, que advierten á los transeuntes de la llegada del úgil vehículo, cuyo silencioso rodar tiene algo de fantástico de sobrenatural, que sobrecege.

De repente, al cruzar *Union square*, donde los



rayos de la luna caían casi perpendiculares, una masa oscura que se destacaba sobre la blancura de la nieve, llamó la atención de los paseantes. Era un niño dormido ó muerto. Al sentirse tocada, aquella masa inerte, se agitó de improviso y resonó el tan conocido *Sull mare lucica*.

« ¡Es Gino! » exclamaron todos á un tiempo.

El Italianito dormía sobre la nieve, pero al despertar, su instinto de mendigo le asaltaba, y con voz doliente repetía:

« ¡Dumi un soldo! »

¡Infeliz criatura! ¿Qué hacía en aquel lecho helado, expuesto á morir de frío?

« ¡Gino! ¿Gino, che fai cul? » (¿Qué haces aquí?)

« Io suono. » (Yo toco.) Respondió tranquilamente el pobre niño, y la barcarola resonó con más brío. De improviso, se oyó un ligero chasquido: era una cuerda del violín, que se reventaba. El *virtuoso* exclamó: « Peccato? Come far! » chupando, presuroso la sangre que brotaba de sus dedos cortados por la cuerda.

La fina batista de un pañuelo guarnecido de encajes, vendó la herida, y Gino agradecido imploró de nuevo á su patrona: ¡*La Madonna dei fiori!*

El frío era recio, cortante, y estar de pié en las calles de la metrópoli Americana, con cuatro grados bajo cero, no es cosa tentadora.

« ¿Perche non vieni cù al hotel ? » ( ¿Por qué no vienes ya al hotel ? ) « ¡ Ah ! » respondió el niño, tomando la limosna que el grupo caritativo ponía en su manecita entumecida.

« Perche il padrono non vuole ! » ( Porque el amo no quiere. )

¿ Ma tu ? ( ¿ Pero tu ? ) . . . preguntó uno de los presentes. « ¡ Ah io . . . per non lasciare Beppa ! » ( Yo, por no dejar á Pepa. ) Y el Italiano comenzó de nuevo su melodía.

Llegaba en ese momento la providencia del desvalido que no tiene pan ni asilo, en la Unión Americana : el Policeman ; y al percibir al desventurado violinista, exclamó : *¡ Poor little fellow !* ( Pobrecito ! ) y lo tomó por un brazo blandamente.

Después de recomendar al Policeman al pobre Gino, que aterrizado abría tamaños ojos y de repetirle : « Non temere ( no temas ) vieni domani » ( ven mañana ) la comitiva se alejó, entrando poco después en una de esas mansiones admirables, que son la más acabada expresión del lujo y de la elegancia.

Reinaba allí la alegría, todo invitaba al contento en el suntuoso recinto, más el recuerdo de Gino, oprimía un corazón con mano férrea. Era un corazón de madre.

Al siguiente día, Gino no fué al hotel ; y al

subsiguiente, el niño rubio y los suyos partieron para Pennsylvania.

¡Pobre Gino! « ¡Per non lasciare Beppa! » ;

¿ Pero quién era Beppa ?

¡ Nunca lo sabremos !!

.....  
.....

FIN DE BEPPA.

---



## 4

## INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
Similia similibus . . . . .	5 á 38
El ramito de romero . . . . .	61 á 87
Dos cuerpos para un alma . . . . .	89 á 144
La Loca . . . . .	147 á 199
Kate . . . . .	201 á 250
Sombras . . . . .	253 á 283
Beppu . . . . .	285 á 295

---